



UN DISCURSO (I)

SRES. ACADÉMICOS:

En el libro de actas de la Real Academia Española, llevado, como todos sabéis, por aquella pluma que cansada de arrancar triunfos á la escena, y de inscribir con letras de oro nombre sobre nombre en el catálogo de sus glorias, no desdeña consignar en humilde prosa nuestros acuerdos; en ese libro seco y modesto al parecer, pero en cuyas páginas buscará seguramente la posteridad, con las noticias de nuestros trabajos académicos, acabados modelos de buen decir y peregrinos ejemplos de castiza literatura, se da cuenta en el acta correspondiente á la sesión del día 29 de Enero de 1891, de cómo una de nuestras más eminentes y venerables personalidades, de las que más y mejor encarnan los timbres

(1) Congregóse en la tarde del miércoles 3 de Mayo la Real Academia Española para proceder á la adjudicación del premio de los Marqueses de Cortina al egregio dramaturgo Sr. Echegaray. Lucida concurrencia asistió al solemne acto; el insigne Conde de Cheste pronunció breves y elocuentes palabras, y el Sr. D. Alejandro Pidal leyó un admirable discurso, nuevo y gallardo testimonio de los varios talentos de su autor. Á la tarea de extractar la hermosa oración preferimos la más sencilla de copiarla íntegramente para que nuestros lectores puedan saborearla y unir sus aplausos á los muchos y estruendosos que recibió el Sr. Pidal.

(N. de la R.)

y las tradiciones de esta Academia, el sabio admirado de propios y envidiado de extraños, nuestro bibliotecario perpetuo (1), sometió á nuestra consideración el siguiente interesante documento, tan sublime por lo sencillo:

«Sres. Académicos: Teníamos un hijo muy aficionado á la poesía en general, y á la dramática con predilección, y en nuestro cariño de padres, naturalmente ciego, creíamos que ese hijo podría llegar á brillar en la esfera literaria.

Lo hemos perdido antes de que cumpliese diez y ocho años, y los triunfos por nosotros soñados para él hemos querido que los disfruten los que, más afortunados, han tenido la dicha de vivir.

Para esto hemos formado el pensamiento expresado en la nota adjunta, y rogamos á los Sres. Académicos que, si les parece aceptable, lo acojan y le den vida, quedándoles muy agradecidos por ello.»

MARQUESA DE LA CORTINA, C. ESPINOSA.

Madrid, 28 de Enero de 1891.

La nota á que se refiere esta carta, dictada por un dolor tan intenso como resignado, contiene las bases de la fundación que se proponían instituir estos desventurados padres en memoria de su malogrado hijo, para premiar las obras dramáticas originales escritas en castellano, que á juicio de la Academia, en cuyas manos entregaban en absoluto la fundación, fuesen merecedoras de premio.

El acta de la Academia á que me refiero añade á continuación: «La Academia se enteró con profundo respeto de tan noble propósito, acordando unánimemente no sólo aceptar el patronato de fundación tan laudable y obligarse á cumplir todas las reglas establecidas por los fundadores, sino dar también á los Marqueses de Cortina testimonio de íntima gratitud por la confianza de que creen merecedora á esta

(1) Alude en este párrafo, respectivamente, á D. Manuel Tamayo y Baus y D. Aureliano Fernández-Guerra.

Corporación, y fervorosos plácemes por la inestimable merced que ha resuelto dispensar al teatro español.»

El cumplimiento solemne de esta obligación contraída por la Academia es lo que aquí nos tiene congregados para otorgar el premio adjudicado por fallo definitivo de esta Corporación, dado en Junta pública el martes 25 de Abril de 1893, y lo que al par que, os convida á presenciar esta solemne ceremonia, os condena á oír por breves momentos mi palabra, forzada cariñosamente á la obediencia por órdenes emanadas de aquel que, más que con la autoridad que nuestros estatutos le prestan, nos preside con la propia y personalísima que le dan su nombre esclarecido en la república de letras y en la religión de las armas, su saber comprobado en obras que han enriquecido copiosamente el tesoro de la literatura nacional, y sus años empleados día por día, bajo la mirada complacida de Dios, en servicio del Rey y en defensa de la patria.

Pocas serán, las menos que acierte á trazar mi pluma, las que emplee para manifestar los sentimientos que animan á nuestra Corporación en estos solemnes instantes; pero aun en ellos me habéis de perdonar si al llevar la voz de la Academia no acierto á despojarme de mi propio modo de ser, de ver y de sentir, que no es cosa, ya que carezcan de autoridad, quitarles también la sinceridad, único aliño con que puedo yo sazonar mis trabajos.

Y hecha ya en vuestro honor esta salvedad necesaria, entremos de lleno en el asunto.

Si hay dolor sobre todo dolor en este valle de lágrimas, en que desterrados peregrinamos; si hay voz que penetrando en lo más íntimo de las entrañas de nuestro ser nos despierte del torpe sueño en que, aletargados, vivimos, llamándonos á levantar los ojos al cielo, y á poner en otra vida mejor el logro de nuestros consuelos y esperanzas, son sin duda alguna las que se encierran en el doloroso gemido que arranca por ley de nuestra naturaleza á los desgarrados corazones de unos padres cristianos la muerte inesperada de un hijo.

Y si este hijo es hijo único por añadidura, y además es

hijo digno por sus talentos y virtudes, entonces... entonces sólo la sublime y sencilla resignación cristiana á la voluntad soberana de Dios, sólo el bálsamo suave de la divina religión, que se lo muestra en el cielo entre los brazos de su Padre celestial, rogándole por aquellos que esperan llorando sobre la tierra el momento de reunirse con él, para no separarse jamás, en el día eterno de la gloria, es capaz de calmar un tanto la horrenda desesperación que forzosamente tiene que causar, en las almas de un padre y de una madre, la muerte del hijo.

Este es el caso de Manuel Espinosa y Cortina.

«Era una criatura angelical, tan interesante por la belleza del rostro como por la hermosura del alma; estaba en los albores de la juventud; alegrábale el amor de unos padres que idolatraban en él; sonreíale el porvenir más brillante y halagüeño; corría por sus venas la sangre de personas que enaltecieron el foro y la tribuna, y habíale dado el ser una madre ejemplo de sólidas virtudes.»

Tal es el retrato que nos dejó de él otro de nuestros queridos compañeros, también arrebatado por la muerte, y cuyo vacío en la Academia no será posible llenar mientras vivamos los que de él guardamos memoria.

«Poner en limpio sus mejores versos para consultarlos con literatos ancianos y de buena voluntad—sigue diciéndonos nuestro inolvidable Cañete, que tan de cerca le conoció, y que tan entrañablemente le quería;—oir su parecer respecto á los planes y bosquejos de los poemas dramáticos en que se ocupaba, era el fatigoso y constante objeto de su invencible pesadilla mortal durante el triste é inquieto delirar de sus últimas horas.»

Y era que, según nos cuenta su viejo amigo y nuestro cariñoso compañero, la poesía en general, y la dramática en particular, constituían la vocación del malogrado joven Espinosa, que, á juicio de todos cuantos le conocieron y estudiaron sus obras, había merecido del cielo el divino y tremendo don de haber nacido poeta.

El amor á su madre, que fué la imperiosa pasión de su vida, le llevó á desahogar en poesías líricas, frescas, con toda

la virginal lozanía de su juventud generosa, los trasportes de su cariño; y la voz interior, eso que pudiéramos llamar el *instinto del alma*, si no fuera la voz de Dios en la naturaleza creada, le llevó á escribir nada menos que trece composiciones dramáticas en los tres últimos años de su existencia; y es de advertir que el joven Espinosa subió al cielo á los diez y siete años de edad.

Sus ensayos, si inocentes, como tenían que serlo en esa época de su vida por necesidad y por fortuna, no adolecían, al parecer, de esos defectos en que abundan los de todos los jóvenes que escriben para rendir tributo á la edad, y á quienes conocidamente no llama Dios por ese camino. Antes prometían abundante cosecha de sabrosos frutos cuando los madurase con sus rayos de fuego el sol de la vida.

«La mayor parte de estas producciones, dice Cañete, están escritas en verso, muestran arte y facilidad en el diálogo, discreción suma al esmaltarlo con pensamientos y máximas adecuadas á la índole especial de las diversas situaciones, y más parecen obras de hombre experto que de niño.»

Aunque cultivó con éxito todos los géneros, desde el poema épico al madrigal, y aunque su alma de artista le llevó también á dar gallarda muestra de su inspiración en la pintura, y aunque en sus exámenes demostró con notas sobresalientes su aptitud para la filosofía y las ciencias, su vocación especial era, como hemos dicho, el teatro: á él le llevaba un secreto instinto de adivinación, según Cañete, sus inclinaciones á la filosofía moral, y sobre todo, el aprecio que hacía de un medio tan eficaz y tan fecundo de influir en la civilización y las costumbres.

Si tales muestras daba ya de sí y tales esperanzas prometía el malogrado ingenio, agostado en la flor de la edad y en las primicias de su vocación, ¿qué mucho que sus padres, inconsolables con la pérdida que acababan de experimentar, después de acudir por la oración á Dios, buscando alivio á su desconsuelo en los brazos de la religión, lo buscasen también en las letras, perpetuando su memoria en una fundación que llevase su nombre, donde se premiase á los cultivadores del género que constituyó su especialidad, y que

buscando prendas y garantías de acierto, encargaran solícitos de llenar los fines de esta fundación á esta Real Academia?

La Academia, como acabáis de ver por las palabras del acta que os he leído, no vaciló un momento en aceptar tan honroso encargo y en prestar su concurso á tan generoso pensamiento.

El homenaje debido al dolor paternal, la función literaria de esta Corporación, la justa correspondencia á tan honrosa confianza, el brillo y esplendor de las letras, por que todos clamamos, la decadencia y postración de la escena española, que todos sentimos, nos imponían el deber de aceptar con reconocimiento el honor de contribuir á tan levantados propósitos, y ni hubo ni pudo haber un instante de vacilación ni de duda en nosotros, como no la ha habido jamás ante ninguno de los esfuerzos y sacrificios que tan á menudo se nos imponen, en testimonio al gran prestigio y autoridad de que goza en ambos hemisferios esta Corporación ilustre, á pesar de los tiros obligados de toda pretenciosa nulidad que no encuentra, en su concupiscencia por entrar en este recinto y en su justo temor de no hallarle fácil entrada, otra manera de llamar que apedrearnos la puerta, sin que hasta ahora hayan podido servir, gracias á Dios, tan incalificables procedimientos más que para recordar á todo el que en la república de las letras busca garantías de acierto y de justicia que, en medio de las universales discordias, hay en España como un templo literario, verdadero oasis de fraternidad en que, como si transmigráramos á otro planeta, dejamos en sus umbrales, al entrar, todo compromiso de partido ó escuela, atentos sólo al bien común de la Corporación, al progreso y cultivo de las letras y á la limpieza y esplendor del habla castellana.

Pero si no vaciló un instante la Academia en acudir al puesto de honor á que su obligación la llamaba, no por eso dejó de reconocer un momento las graves dificultades de la empresa para que se requería su auxilio.

Son los certámenes literarios y artísticos, por obra de su misma naturaleza, muy difíciles de juzgar con otro juicio que

el que entraña el aplauso espontáneo de la opinión ó el fallo imparcial de la posteridad.

Aun descartando por la vulgar honradez de todo Jurado que se estime toda razón ó móvil personal, el clamoreo con que traten de imponerse por una opinión artificial los que viven de la costumbre de amañarla, y el invasor imperio de la moda, siempre quedan como obstáculos á la bondad de la decisión el modo peculiar de sentir la belleza de cada individuo y el punto de vista particular á que cada uno está sujeto por razones de escuela.

Porque, al fin, cuando el público en masa de una nación estalla en aplausos espontáneos ante una obra y persiste en su aplauso más de lo que consiente una intriga, es señal de que ha sido herido su corazón; y como esto es una de las finalidades del arte, hay serios motivos para presumir que el artista acertó con su cometido; y cuando la fría posteridad, después de varias alternativas, apagadas las razones de secta y de pandillaje, coloca una obra sobre un pedestal, es que hay algo en ella que no puede morir, algo de imperecedero y de eterno, algo que, sobreponiéndose á la atmósfera de tiempo y de lugar, la coloca en la región etérea de las bellezas objetivas consagradas por el consentimiento común de la humanidad, que es uno de los más firmes criterios de la lógica.

Pero si á estos inconvenientes propios de todo certamen artístico ó literario se unen los que además presentan los certámenes teatrales, entonces la dificultad sube de punto. Por de pronto se corre el grave riesgo de poner enfrente dos fallos precisos, manifiestos y justos en la apariencia, los dos de dos distintos tribunales: el del público que asiste á la representación, y el del Jurado que por su lectura lo juzga. Ciertamente que el público se puede engañar, cierto que puede tener el gusto corrompido ó estragado, cierto que puede ser un público sugestionado por críticos amigos del autor ó arrastrado por alabarderos; pero no por eso es menos cierto que al fin y al cabo la obra dramática de que se trata tiene esta sanción, milita en su favor este hecho, y no se puede desconocer que ha cumplido con una de las principales condiciones dramáticas, la que los preceptistas llaman «interés» en los tratados

de poética. Y no hay que olvidar que este fallo, por lo mismo que no es hijo de la seria meditación, del estudio y del análisis detenido de las condiciones de la obra juzgada por la lectura en las soledades del gabinete, sino hijo espontáneo de la impresión que resulta de la comunicación inmediata de los espectadores en masa, cara á cara con las realidades de la escena, está más en armonía con las condiciones y con el fin del arte dramático, que no puede perder de vista un autor mientras no se proponga cosechar silbas por todo premio, que no otra cosa quiso, á nuestro parecer, decir el buen Lope cuando afirmó que «el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto,» pues lo verdaderamente necio á mi ver sería hablarle de modo que no lo entendiera, cosa que sólo podrían aplaudir los escasos iniciados en el conceptismo intrincado y la jerga culta, ó los que aplauden ante todo la oscuridad para darse tono de que la penetran, con lo que claramente dan á entender que no aplauden propiamente la obra, sino que se aplauden á sí por la superioridad de inteligencia que afectan sobre los demás.

Pero como, por otra parte, tampoco se puede desconocer que, aun dejando á un lado todo éxito amañado ó supuesto, y limitándonos á lo verdadero y lo real, han tenido lugar en el teatro hechos cuya gravedad no se puede desconocer, como las silbas que obtuvieron en París y en Madrid obras maestras de Shakespeare, no es posible ni lícito atemperar ciegamente á lo que por mera impresión del momento decide un vulgo, mal preparado, en la escena.

Porque hay que tener en cuenta, como ya lo demostró Platón en uno de sus diálogos inmortales, que el fallo de todo Jurado en general obedece á la naturaleza de los individuos que lo componen; cosa que se puede comprobar fácilmente con toda clase de ejemplos en la historia, desde el célebre asno de Heráclito, prefiriendo con sabiduría asnal el saco de paja al montón de oro entre que le daban á elegir, hasta el que nos presenta el mismo pueblo escogido optando por Barrabás en contra de Jesús, como sujeto más en armonía con sus sentimientos y costumbres. Sabido es además que los Jurados suelen perder en profundidad lo que ganan en exten-

sión, y que á medida que aumenta el número de los jueces se tiene que descender en la escala del mérito que los distingue. Por esto debió escribir Quintiliano:

Felices artes si de iis soli artifices judicarent;

y aun por ello debió alabar Cicerón á aquel poeta de Claros que como viese desertar al público que le escuchaba, manteniéndose atento sólo Platón, continuó impávido su lectura, como si en realidad para él constituyese sólo Platón la totalidad de su auditorio. De Antigenidas nos refiere él mismo también que como viese decaer el fuego sagrado de un discípulo suyo ante la frialdad con que el público acogía los primores que ejecutaba en la flauta, le animó gritándole con calor: «Ánimo, hijo mío, toca para mí y para las musas solamente.»

Hasta tal punto parecía averiguado para la docta antigüedad que si «todo lo bello es difícil,» es necesario encomendar los juicios definitivos en bellas artes á los notables entre los mejores por su talento y su virtud, conforme con el dicho de aquel poeta: «Si no puedes agradar á todos, procura en lo posible agradar á los menos, porque malo es que los más estén contentos con lo que haces.»

Enlázase mucho con esta dificultad, á mi ver, un problema suscitado ya entre los críticos, y que por estrecha manera se relaciona también con el asunto que tratamos: el problema de si la obra dramática debe ó no debe representarse, ó si, por lo contrario también, debe ó no debe imprimirse; con lo que, como claramente se ve, quedaría resuelto si debe juzgarse de los merecimientos de una obra por la representación ó por la lectura.

Confieso que, educado en aquella escuela literaria que consideraba á la poesía dramática como un género subjetivo y objetivo á la vez, como mixto del lírico y del épico, que veía, por lo tanto, en el drama la representación de una acción, y en el gesto la declamación y el aparato escénico, auxiliares eficaces de la palabra para la interpretación de la obra, y perteneciendo además á una escuela filosófica que

considera el fin entre las causas que determinan los medios, dudaba si exageraban esta verdad los que, apoyándose en el dicho de uno de los más profundos escritores modernos, sostenían que las obras dramáticas no deberían imprimirse, porque de este modo se evitarían muchos defectos en que suelen incurrir los autores por acordarse demasiado del lector y del crítico; pero jamás me había cabido en la cabeza que críticos eminentes por su talento y su saber, y lo que casi me suena á profanación y sacrilegio, escritores dramáticos unánimemente acatados como monarcas absolutos de la escena, se inclinasen, por lo menos en las intimidades de la conversación y en el calor de la disputa, á sostener que las obras dramáticas, lejos de no deber imprimirse, lo que no debían era representarse, no sólo porque por su lectura se juzgaba mejor de sus merecimientos y deficiencias, sino porque apenas había un autor que, si escribía pensando en el público, no sacrificase al vil aplauso del vulgo soberano la mejor y más noble parte de su inspiración creadora.

Claro está que, aunque esto último fuera cierto, y es más, aunque fuese necesario, no por eso se seguiría para mí que no se debieran presentar las obras, pues de las faltas ó de los excesos de lo particular no se siguen reglas generales que pugnan y destruyen la naturaleza real de las cosas.

Los dramas son acciones representadas, que se escriben para ser declamadas en la escena. Á este fin concurren todas sus condiciones, desde las tres unidades consabidas, hasta su plan, su extensión, cierta parte de su verosimilitud y hasta su elocución dialogada; y el autor dramático que escribiera sólo para el lector, renunciando al espectador, habría equivocado de todo punto el camino prefiriendo el drama á la novela. La novela es la narración, la descripción, la pintura que hace el autor de una acción, valiéndose como signo de la palabra escrita solamente. El drama es su representación actuada, valiéndose para ello de otra acción simulada, que la representa fielmente, dándole realidad en la escena. Por eso el arte dramático en absoluto no comprende sólo el arte de la composición, sino el arte de la declamación igualmente. Uno y otro son como el alma y el cuerpo

del arte de representar como reales las acciones posibles.

Síguese de aquí de una manera evidente que el autor dramático debe escribir para el público, y sólo indirectamente para el lector, y si escribe fija la mente en el crítico, sin tener presente los efectos de sus palabras y de sus acciones en la escena, se parecerá, á mi juicio, al orador que escribe sus discursos en el gabinete, en lugar de improvisarlos ante el auditorio. El chiste que á solas le hizo sonreír, en público resulta insulso ó chocarrero; ridículo el apóstrofe que le entusiasmó, por no haberse caldeado á una el orador con el público; sensiblería afectada la espontánea sensibilidad, y en definitiva el divorcio entre el orador y los oyentes tan absoluto y radical que, en vez de una inteligencia que piensa y un corazón que siente por todos juntos, resulta un declamador que se escucha con indiferencia, cuando no con hostilidad.

¿Debería seguirse de aquí que porque es indispensable la improvisación habría que suprimir la oratoria? Ciertamente que no. Pues lo mismo sucede con el arte dramático en la escena. Si el autor escribe para el teatro, tiene que tener en cuenta los efectos de la representación ante el público para quien se representa; si escribe pensando sólo en el crítico que le ha de juzgar por reglas convencionales, se expone al fracaso en vez del éxito que ambiciona. Pero suprimir por esto la representación es mutilar el arte dramático, es despojarle de su integridad, es privarle de lo que propiamente constituye su fin, es condenar al edificio á que permanezca trazado en los planos del arquitecto sin dejarle alzarse á las nubes en el espacio con toda la realidad de un edificio construído.

No por esto dejamos de conocer el peligro que existe en la representación de confundir la belleza artística de la obra con el placer que causa la acción dramática en la escena, y menos dejamos de comprender el tormento que debe sufrir un autor cuando ve destrozadas sus concepciones por una ejecución parricida; sólo por esto disculpamos el parecer de los partidarios de la lectura, y hasta parece que nos inclinamos á su opinión oyéndoles recordar cómo fracasaron en el teatro, á manos de malos ó distraídos actores, joyas precia-

das de nuestra literatura nacional, que admira y saborea el crítico en su gabinete.

Pero aparte que no se sigue de aquí que en el teatro se juzgue necesariamente del mérito de la obra por el del actor y que el éxito dependa exclusivamente de la compañía; aparte de que, aun cuando esto suceda, sucederá necesariamente por deficiencias del público, lo que el autor dramático debe hacer es sojuzgar al público y al actor, avasallándolos con su genio; respecto al actor, sugestionándolo con su papel, de modo que se le imponga y le compenetre, que los héroes suele hacerlos en la realidad la ocasión, casi tanto como la naturaleza, y es más fácil posesionarse de su papel cuanto éste es más natural, más idéntico y más perfecto en el grado de perfección que debe representar en la obra; y en cuanto al público, lejos de sacrificar servilmente á su gusto estragado sus creaciones, imponérselas y hacer poco á poco su educación con el ejemplo y la costumbre de las grandes bellezas literarias.

Si el público silba sin razón, que silbe, el mal será para el público; pero porque un público silbe mal alguna vez, no hemos de condenar en absoluto la escena: también los críticos se suelen equivocar. Si en Madrid y en París se silbó en alguna ocasión á Shakespeare, antes que el público lo había silbado Voltaire y lo había *siseado* Moratín, que eran dos críticos eminentes, y la posteridad, sin embargo, ha colocado al gran dramático inglés por encima de críticos y de públicos, como uno de los mayores genios que han honrado á la humanidad.

La obra dramática, como el discurso, para blasonar de perfección, tienen que ser contrastados por la realidad, y la realidad para ambos está entre los azares de la multitud para quien se escribe ó se habla.

No mutilemos, pues, el arte dramático: él abarca desde el ideal que resplandece en la mente del poeta hasta el que despierta en la mente del espectador, más aún, en la masa del público, la realidad viviente de la representación en que se encarna. Claro es que el actor debe responder al autor con la debida congruencia; pero por ventura, sin las blancas

moles de mármol arrancadas de las canteras del Pentélico ó de Carrara, ¿lucirían albas y espléndidas como son las estatuas de Fidias ó de Miguel Angel? Pues si en las artes plásticas destinadas á perpetuar un momento determinado de la acción se requiere el concurso de la materia adecuada, ¿cómo no se ha de necesitar cuando se trata del arte dramático, llamado á desenvolverse ante nuestros ojos en toda su integridad una acción que sólo se aprecia debidamente presenciándola? Todo arte requiere medios de expresión que limitan al encarnar el ideal, la belleza concebida por el artista, y hasta la música, vaga y aérea como es, necesita de la madera, ó del metal, ó de unas tripas retorcidas para vibrar como reina de las ondas sonoras en el espacio y no permanecer amordazada en los signos musicales del pentágrama en que está escrita.

Con lo dicho y con lo mucho que dejo por decir, y que todos habréis adivinado, queda comprobado lo que venía diciendo, esto es, lo arduo y lo difícil que es juzgar en esta clase de certámenes.

Añádanse á esto las dificultades materiales de la ejecución, como el que no es fácil que la Academia asista en masa al teatro, lo penoso de una lectura en alta voz, interrumpida con paréntesis de ocho días, la incuria de los autores en remitir sus obras al certamen, la negligencia de las autoridades en dar cuenta á la Academia, como lo habían ofrecido, de los estrenos en provincias, y mil otros pequeños obstáculos que sólo se aprecian en la práctica, y todos tendrán que reconocer que no ha sido escaso el valor de la Academia al echar gallardamente sobre sus hombros la tarea de adjudicar el premio tan generosamente fundado por los Marqueses de Cortina.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

(Concluirá.)



HISTORIA DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO ⁽¹⁾

Conocíamos los estudios con que de largo tiempo estaba preparándose el insigne autor de la *Harmonía entre la Ciencia y la Fe* para la composición de su obra novísima; cordiales relaciones de no pocos años nos habían comunicado el pensamiento, la trama y los medios del cristiano espíritu y fin de un libro concebido y trazado por devoción profunda entre las meditaciones del sacerdote, las investigaciones del crítico, las lecturas del literato y las amargas enseñanzas de la vida, anatomía cruel del corazón humano; revistas y periódicos venían publicando interesantes episodios de la *Historia de la Pasión*, entre alabanzas á la dulzura de sus afectos y á los encantos de sus descripciones; y con parecer que casi no podría ser *nueva* una obra por tantos medios conocida antes de ser editada y aun casi antes de estar compuesta, resulta de extraordinaria novedad en el hermoso volumen con que acaban de presentarla al público las famosas prensas de Rivadeneyra.

Bien sabemos que el mejor homenaje que los indoctos po-

(1) Esta obra, escrita por D. Miguel Mir, presbítero, de la Real Academia Española, forma un elegante tomo en 8.º de 640 páginas, encuadernado en tela á la inglesa, y que se vende á 6 pesetas ejemplar.

díamos tributar á libros como la *Historia de la Pasión de Jesucristo* sería abstenernos respetuosamente de comentarla, ya que ni nuestras consideraciones lograrán exponer justamente lo que significa y vale dicha *Historia*, ni nuestros elogios igualarán á sus merecimientos.

Pero la obra del erudito biógrafo de B. L. de Argensola inaugura en las letras patrias, no obstante la rica fecundidad y grandeza con que nuestros místicos presentaron la figura de Cristo Redentor, tan nuevo plan y método de estudiarla y describirla, que excusa nuestro atrevimiento; y aun pone la pluma en nuestras manos en la presente ocasión de considerar la urdimbre de tal libro el recordar los juicios expuestos hace cinco años, ya que todas sus páginas forman una como prueba y verificación experimental de lo que entonces dijimos, anunciando de antemano la difícil originalidad del libro que se estaba preparando singularmente para la tierra española, y la conveniencia oportunísima de la *Historia de la Pasión* que tenía forjada tan preclaro ingenio, estimulado por el propósito de satisfacer á las necesidades que sienten los espíritus amargados y no satisfechos por el escepticismo religioso; historia escrita conforme á la tendencia psicológica y literaria de tiempos gravemente necesitados de volver sus ojos hacia la verdadera fuente y sentido de las cosas divinas, estudiadas á través del movimiento y mecanismo de las pasiones humanas.

La incredulidad, hábil para destruir, nada ha podido edificar, y ante la inmensa bancarrota de todos los artificios, de todos los sofismas y de todas las violencias y pretextos desatados contra Jesucristo y su obra, hacen falta manos amigas que conviertan suavemente los pueblos á la antigua y eterna fe del Hijo de Dios, promoviendo el estudio de una muerte que los llevará como al Centurión del Calvario desde la admiración por la santa humanidad de Jesús crucificado, á la confesión de su divinidad y á la participación de las misericordias derramadas sobre el mundo por las virtudes del Evangelio.

Tal estudio, este propósito y aquella obra divina, según que fué desarrollándose para un fin providencial, forman el

argumento de la *Historia de la Pasión*, y este argumento, analizado y puesto en primoroso relieve y con amor celosísimo de la reconquista de las almas, encamínase á este mismo fin, verdaderamente social y de los más trascendentales.

Porque hoy no caben ya dudas sobre los orígenes y proceso del desequilibrio moral ni sobre la falta de principio ético que el mundo padece; la cuestión social ha nacido de la cuestión religiosa, y la cuestión religiosa acaba en la incredulidad traída por la multitud de concausas que la engendraron. Combatirlas es curar sus efectos, y dirigir el corazón de las naciones al conocimiento de la Cruz es ponerlas en camino de amarla y en camino de la única salud y esperanza de los pueblos.

Este conocimiento y esta conversión exigen, por mal ó bien de nuestros días, nuevos medios que llamen y reúnan en torno de quien enseña aquel conocimiento, y procura esta conversión á gentes que viven tan alejadas de los libros magistrales de la fe, como necesitadas de la verdad católica, y tal aproximación y llamamiento realizará seguramente para muchos la *Historia de la Pasión de Jesucristo*.

Porque si bien las obras ascéticas conducen á tal fin, sus acciones requieren gusto espiritual tan exquisito que es excusado pedirlo ni á los hombres del gran mundo ni menos á los del pueblo, incapaces unos y otros de paladear los suaves jugos de las contemplaciones de la vida de Jesús, que inspiraron á nuestros místicos sus ardorosos arrobamientos místicos.

Triste es confesarlo, pero es la verdad: aun cuando la razón teológica y filosófica ha sentado con demostraciones inconcusas desde todos los puntos de vista críticos é históricos la divinidad de Cristo y de su Iglesia, los razonamientos incontestables de muchos de nuestros grandes escritores antiguos ó no agradan ó no son leídos. Y esto mismo puede decirse de muchos de los modernos. Porque aun cuando los estudios apologéticos sean tan sabios, tan originales y tan completos hoy, por la universalidad de sus datos y de sus argumentos, que comprenden todas las ciencias, acaso no los co-

nocen los que los necesitan, y caso de conocerlos, obtienen más aplausos por la erudición que rendimientos de la voluntad y actos de fe religiosa.

Estas consideraciones justifican la conveniencia de que el sumo ingenio de la caridad y del amor de los hombres por Dios acuda á conquistarlos por nuevos caminos y aun se sirva para esto de sus propias aficiones. En haber puesto en práctica tal conveniencia consiste la originalidad del plan adoptado por el Sr. Mir y las excelencias de su obra, en la cual ha sabido su ingenio hallar nuevos medios para cautivar los entendimientos, insinuándose entre los hombres con análisis y observación que interrumpa algunos instantes el atolondramiento universal que agita á los que creen con pura exterioridad de fe y á los que no creen por una ignorancia religiosa inconcebible, avivando el sentido de lo *verdaderamente humano* para restituirles el de *lo divino*, atrofiado por el egoísmo de todas las concupiscencias, llevando toda su atención hacia la obra redentora de Cristo y á su grandeza divina, que resplandece á través de las pasiones humanas, adoptando para exponer misericordia tan inefable un método que podría llamarse *psicológico*, caminando desde los milagros de la Cruz á los desfallecimientos de nuestra conciencia, á fin de que campee y sobresalga y triunfe la absoluta realidad histórica de la persona, de la vida, de la enseñanza de Jesucristo en su pasión cruentísima, y así comience en unos, se restaure en otros y se avive para todos fe inextinguible en los entendimientos y adoración fecunda en los corazones.

Que la traza y la ejecución de semejante obra encierran dificultades y escollos casi invencibles no hay para qué decirlo; pero quien acertó á concebirla tenía ya enriquecido su claro entendimiento con los estudios más universales y completos: historia, tradiciones, costumbres, geografía del Oriente y ritos del culto israelita; literatura judaico-rabínica, la clásica, la evangélica, la de los escritos de los padres apostólicos, de las obras canónicas y apócrifas, de los historiadores del pueblo judío y del imperio romano, la crítica bíblica y los trabajos más notables de la Cristología moderna en Inglaterra, Alemania y Rusia, de católicos, de protestantes

y de racionalistas; y la lectura durante muchos años de los grandes místicos de nuestro siglo de oro para aprender en ellos el dejo de su estilo, la sinceridad de sus afectos y la grandeza de sus meditaciones. Así, pues, la fe de un alma creyente y de un corazón mortificado; la cultura de un entendimiento adoctrinado por los más especiales y selectos estudios; la pluma educada por los grandes maestros de la palabra, son en realidad de verdad los autores de la *Historia de la Pasión de Jesucristo*. Y con tales medios no es maravilla el resultado de la obra, ni dudosa ya la eficacia de este gran ejemplo de predicación evangélica, ni fría y desinteresada la acción que con admirable unidad se desenvuelve en esta historia, desde la magnífica introducción que expone el pensamiento de la historia, hasta la conclusión que refiere la transformación de la naturaleza y de la vida humana por la sobrenatural resurrección de Cristo, con su obra de gracia y de gloria, la cual ha de consumarse en la eterna adoración del Cordero por todos los bienaventurados, durante siglos de siglos.

La pasión de Jesús es argumento inagotable y sumamente atractivo é interesante, si ha de narrarse no con los arrebatos de la fantasía, sino á la luz de la realidad, de los móviles y trama de los hechos, que formaron la vida del pueblo deicida, con los pormenores que da de sí la historia externa é interna de la pasión cruentísima del Salvador, con los datos y circunstancias que especifica el texto evangélico y con los detalles que la tradición, los libros sagrados y profanos y los monumentos de Palestina conservan. Este método es el adoptado por el autor de la *Historia de la Pasión de Jesucristo*. En esta forma, ahondando en el estudio y examen de los tiempos, instituciones y régimen político de Israel en los días de Tiberio; investigando costumbres y doctrinas, las escuelas filosóficas y religiosas el carácter de las personas y sus jerarquías; reconstruyendo, conforme á los más fieles datos, la sociedad judaica con sus glorias, sus esperanzas, sus partidos, su decadencia, su nacionalidad, sus virtudes y sus vicios de raza; presentando su gobierno y sacerdocio, el templo y las sinagogas, el pueblo y los jueces, el Sanhedrín y el

Imperio, la conducta pública y los hechos privados de los príncipes de Israel y los tumultuosos movimientos de la muchedumbre judaica, con trama tan viva y palpitante que nos traslada á los tiempos antiguos, y nos hace presentes en los sucesos que describe, y nos coloca enmedio del pueblo amotinado por las secretas intrigas de los fariseos, para pedir en su ofuscación que sobre él y sobre sus hijos caiga la sangre del Justo; con tales medios ha preparado D. Miguel Mir el terreno sobre el cual ha levantado la hermosa fábrica de su libro, con líneas tan majestuosas por la grandeza de sus razones como por el atildamiento de su palabra.

Sobre tal escena va presentando, con rasgos cuya amplitud no desfigura la silueta de las personas, todas las que preparan y consuman el drama augusto del Calvario. Así desfilan ante nuestros ojos los fariseos con su altanera hipocresía, su utilitaria intransigencia y su dominadora arrogancia; los herodianos con su bajo acomodamiento á los gustos del que manda, especie de eterno *ministerialismo* judaico; el sumo sacerdocio con la suspicacia de quien siente la inseguridad de un poder que se extingue; el Sanhedrín con sus complacencias serviles para una plebe que á tal precio tolera la conocida venalidad de sus tribunales; Judas con los horrores de su codicia y los móviles de su envidia, que fraguan en su alma el más inicuo de los odios, que ha de llevarle al trato de su traición, al beso fementido de Getsemaní y á la infernal desesperación que le ahorca; el pueblo con su eterna inconstancia y con sus veleidades que en todo tiempo le hacen clamar *Hosanna* y *Crucifige*; los apóstoles con las vacilaciones de una fe incierta, verdadero documento *humano*, no obstante haber sido tres años testigos de las maravillas divinas, de las obras y enseñanzas del Maestro, alardeando de valor invencible en el Cenáculo y negándole ante una mujerzuela en casa del Sumo Sacerdote, sin curiosidad para buscarle en el sepulcro y sin creerle en su resurrección, varias veces anunciada; las mujeres, las santas mujeres, con una piedad que adivina, por la pureza de su afecto, toda la augusta economía de los grandes misterios de la muerte de Cristo, y que las hace estar presentes en el camino del Calvario, al pie de

la Cruz y en la sepultura del Maestro desde los albores del sábado; Jesús, en fin, el Maestro divino, con la incomparable majestad de su persona, la sublimidad de su doctrina y la mansedumbre de su corazón, con las obras y palabras propias de un Dios omnipotente, venido al mundo para salvar á la humanidad apesar de los mismos hombres.

Los cuadros que componen la *Historia de la Pasión de Jesucristo*, la entrada triunfal en Jerusalén, las confabulaciones del Sanhedrín, los orígenes y desarrollo de la apostasía y venta de Judas, el espectáculo de la Ciudad Santa en las fiestas de la Pascua, las disputas de los discípulos, el dulce retiro de Betania, la institución del Sacramento del amor divino, la descripción de tal noche con las pláticas del Maestro camino de Getsemaní, las escenas del Huerto de las Olivas, del Pretorio y del Calvario, todo es en el libro de D. Miguel Mir de tan suma verdad y belleza, que hechos y personas aparecen según la realidad y vida que tuvieron. ¡Y con qué arte, con qué gracia y maestría están descritos estos cuadros! ¡Qué efecto maravilloso causan en el alma! ¡Qué variedad de afectos excitan, ora elevando el corazón con los más generosos movimientos, ora deprimiéndolo y llenándole de lástima y pavor, ora exaltándole con la visión de las sobrenaturales virtudes de Jesús, ora lastimándole con las horrendas figuras de sus enemigos, con la hipocresía de los fariseos, con las maldades de los saduceos, con las cobardías de Pilato, con las ciegas concupiscencias y furoros de la plebe!

Evitados felizmente los peligros de la ejecución para que la obra no resultase hinchada, empalagosa y de un género de piedad y de afectos fingidos por una vaga fe cuya frialdad no pudieran remediar las galas del lenguaje, la acción, el pensamiento y el estilo, todo, en fin, en la *Historia de la Pasión de Jesucristo* está coordinado y ajustado al fin que con ella se pretende. En este gran cuadro los evangelistas y los más sazonados conocimientos históricos dan los colores á la paleta; una inteligencia nutrida por sólidos estudios teológicos, filosóficos y literarios los combina, y una pluma de corte clásico los distribuye con rica variedad y prudente economía. Nada de *efectismo*, que falsifica hechos y caracteres; nada de vanas

declamaciones, que ni son historia ni persuaden; nada de amaneramientos culteranos, que hacen del escritor un rebuscador en vez de un artista de la palabra. En la *Historia de la Pasión de Jesucristo*, doctrina y estilo se completan, siendo pensamiento y dicción sabios, sobrios y graves, y corriendo la vena literaria por las descripciones de los hechos y por la pintura de los caracteres con tan difícil facilidad, que el embeleso de la narración contribuirá seguramente á los triunfos de la fe cristiana. Así no tememos asegurar que en la grande empresa del renacimiento católico que todos anhelamos ocupará puesto de honor el libro del insigne hablista, que ha explicado las causas de la grandeza y perfección de la lengua castellana en el siglo de oro de nuestra literatura, que ha descrito las maravillosas y fecundas armonías que unen las verdades de la ciencia con las definiciones del dogma y que hoy nos presenta en la *Historia de la Pasión* la más fecunda alianza de las galas y esplendores, de nuestra lengua con las ideas y con los hechos más consoladores de la fe cristiana.

ANTONIO HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS.

Zaragoza. Abril de 1893.





DERECHO DE CASTIGAR ⁽¹⁾

V

En la ley penal se condensan todas las ventajas que el estado social proporciona, por lo mismo que tiene la misión de garantizarlas. En este sentido nada hay de inexacto en la afirmación de Pacheco de que «no hay ley alguna en la historia del género humano que pueda disputar á la ley penal la preferencia en el orden cronológico» (2), porque si es verdad que antes que exista delito ha de haber una ley á la que se oponga, un derecho que se viole, es tan esencial y propia de la regla jurídica la posibilidad de su perturbación, que necesariamente en la primera ley debió contenerse una sanción para sus infractores. Tan triste es la condición humana que son en la vida inseparables el *mal* y el *bien*: el hombre aprecia, generalmente, el *ser* por el *no ser*, como Lao-tse creía, y el *bien* propio de la ley sólo aparece claro á nuestros ojos cuando nos imaginamos el *mal* que de su infracción puede seguirse. En nuestro estado más perfecto la ley impuesta por Dios á Adán y Eva de no tocar la fruta del árbol prohibido, tuvo su sanción al arrojarles del paraíso.

(1) Véase la pág. 30 de este tomo.

(2) Pacheco, *El Código penal comentado y concordado*, tomo I, introducción, página VI.

«Por cuanto oíste la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás en ella todos los días de tu vida» (1). Tales son las palabras del *Génesis*. En ellas, aparece claramente definida la sanción correspondiente á la infracción de la ley divina de que fué garantía mientras se cumplió y debido castigo á la violación cuando se quebrantó.

El pueblo preferido, el depositario de las verdades religiosas, el pueblo hebreo, marca con su legislación rigurosísima el primer aspecto en el desenvolvimiento histórico del derecho penal. Dos son los caracteres que, en general, presenta la legislación penal mosaica: márcase el uno con la pena del Talió; corresponde el otro, la confusión del delito y del pecado, á la confusión, en esferas más altas, de la moral y del derecho. La ley del Talió se consigna en el *Éxodo* en términos bien claros: «mas si se siguiera su muerte (dice hablando del caso de que se haga abortar á mujer preñada, á que se ha referido en el versículo anterior), pagará vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe» (2). Ya que no escatimamos las censuras que por este precepto merece Moisés, preciso es, al recordar lo exagerado de esa pena, que recordemos también la poca frecuencia de los crímenes que castiga, el sentimiento religioso y las ejemplares costumbres del pueblo hebreo, y en último término, que ese principio del Talió será todo lo odioso que se quiera, pero en el espíritu que lo informa responde, ante todo y sobre todo, á un instinto de justicia innato en el hombre.

«El que sacrificase á dioses, salvo el que sólo es el Señor, será castigado de muerte» (3), dice el *Éxodo*, en cuyas páginas se encuentran á cada paso preceptos semejantes que prueban la confusión en él reinante de los conceptos de «delito» y «pecado.» Sin embargo, en el *Levítico* se observa una

(1) La Biblia, *Génesis*, cap. III, vers. 17, pág. 30.

(2) La Biblia, *Éxodo*, cap. XXI, vers. 23, 24 y 25, págs. 411 y 412.

(3) La Biblia, *Éxodo*, cap. XXII, vers. 20, pág. 417.

tentativa de distinción entre ambos principios. El *Levítico* parece entender por delitos «los pecados cometidos en todo conocimiento, y principalmente los que miran al agravio del prójimo» (1). Claro es que semejante distinción no es exacta ni responde á principios verdaderamente científicos; pero es de todos modos digno de elogio el intento no soñado siquiera por ninguna de las otras legislaciones de Oriente. En último extremo, y sin desconocer los profundos inconvenientes de tal confusión, justo es que tributemos á la legislación mosaica nuestro aplauso: pueblo que de ese modo pudo vivir, imponiéndosele como obligatorios los superiores preceptos de virtud que la Religión predica, no es pueblo que merece el desprecio, sino la admiración de la Historia á la grandeza de su legislación y á la pureza de sus costumbres.

Algún progreso se opera en el derecho penal al pasar del período oriental á la antigüedad clásica, porque en Grecia, entre los preciosísimos desarrollos de la filosofía, surge su primera manifestación científica. Son ideas aisladas, pero ofrecen al cabo la base de posteriores desenvolvimientos. Verdad es que en la legislación de Esparta observamos prácticas como la de legitimar el infanticidio de los niños endebles (que Aristóteles aprueba); verdad es que si se pena al adrón, no se le pena por inmoral ni antijurídico, sino por torpe, considerándose el robo como una industria de superior habilidad; pero también es cierto que, en relación con las circunstancias, las leyes de Solón, que reservan la pena de muerte para ciertos delitos y emplean para ejecutarla el suave procedimiento del veneno; que inician la tendencia, hoy generalizada, del favorecimiento del delincuente, dando al procedimiento un carácter tan demasíadamente benévolo que convierten el juicio en una disputa entre acusador y acusado sobre la pena que mejor conviene á éste, y que los jueces determinan definitivamente ejerciendo una especie de arbitraje, representan un visible adelanto.

En la esfera científica, las doctrinas penales de Platón ofrecen el germen de la teoría correccional, olvidada hasta

(1) La Biblia, *Levítico*, cap. VI, págs. 533 y siguientes.

nuestros tiempos. En uno de los más hermosos diálogos socráticos, defiende Platón el sistema preventivo, afirmando que la pena «no castiga por faltas pasadas, porque no es posible que lo que ha sucedido deje de suceder, sino por las faltas que pueden sobrevenir para que el culpable no reincida y sirva de ejemplo á los demás su castigo» (1). En el diálogo de Gorgias, discutiendo Sócrates con el sofista Pólux, y procurando convencerle de que «cometer una injusticia es cien veces peor que sufrirla,» expone de la manera más acabada el sistema correccional. «El hombre injusto y criminal, dice, es desgraciado siempre; pero lo es más si no sufre ningún castigo y sus crímenes quedan impunes... El criminal debe hacerse mejor en cuanto al alma... ¿Es cosa agradable ponerse en manos de los médicos para recobrar la salud?... Pues la injusticia no se purga sino con dolores y sufrimientos» (2). Mejor que expresión de un estado social rudimentario, como lo es desde muchos aspectos considerado el de Grecia, ¿no parecen estos conceptos eco fiel de las doctrinas de algún entusiasta penitenciario de nuestro tiempo?

El carácter absorbente del principio jurídico en el pueblo romano dió á su organización general un tinte de utilitarismo que el derecho penal reflejó claramente. Los delitos que más rigurosamente se castigan son los que pueden poner en peligro la existencia del Estado; á los de alta traición, lesa majestad, soborno de los magistrados corresponde, generalmente, la pena capital. No quiere decir esto que el pueblo romano desatienda el castigo de los delitos contra la religión, especialmente los atentados contra el pudor de las vestales y la guarda de las mieses, en honor al respeto debido á Ceres, su protectora, ni que las infracciones en el orden privado se menospreciasen; pero, en general, el pueblo romano no desmintió los principios capitales de su vida en todos los órdenes, y su penalidad tiene por principal ob-

(1) Platón, *Diálogos socráticos*. Protágoras ó los Sofistas, tomo II, página 36.

(2) Platón, *Diálogos dogmáticos*. Gorgias, tomo, I págs. 177, 188, 192 y 178.

jeto la conservación del Estado y la seguridad social. *Omni animadversionem et castigationem ad reipublicæ utilitatem pertinere*, dice Cicerón. Altamente injustas son las penas contra los deudores. «Se creen porque están escritas, afirma con razón un ilustre escritor; pero son tan inhumanas, que no hay medio de explicarlas de modo que resistan á la naturaleza y al buen sentido» (1).

Extinguido el plazo de treinta días que la ley señala para el pago, el deudor es llevado ante el magistrado, y si no paga ó no le afianzan, queda sometido al poder ilimitado del acreedor, que le lleva á su casa, le pone grillos de quince libras en pies y manos, y si no puede atender á su subsistencia, le suministra, como graciosa donación... una libra de harina. Después de exponerlo tres días en el mercado, el acreedor puede matarlo ó venderlo al extranjero, y es de advertir que si los acreedores son varios, están, aunque sea únicamente en el nombre, autorizados para dividírsele en pedazos. El principio general del derecho romano es, sin embargo, interpretar benévolaente las leyes penales. *In penalibus causis benignius interpretandum est*, dice Paulo en una de sus respuestas.

No faltan tampoco entre los romanos hermosas manifestaciones del derecho penal en la esfera científica. Séneca expone los que, en su opinión, deben ser fines del derecho penal en la forma siguiente: «Tres son los objetos que deben perseguir los príncipes con el uso de las penas: corregir y enmendar al que la sufre, hacer mejores á los demás y proporcionar seguridad á los buenos» (2). Mas apesar de estos felices atisbos, preciso es reconocer que el derecho penal no se ha formado todavía en el mundo antiguo. Las necesidades de la vida social obligan á los legisladores á señalar castigo á los delitos ó á lo que ellos consideran tales; pero nada más; no hay que buscar principios superiores y científicos de que tales determinaciones se encuentren informadas y que establezcan las relaciones de proporcionalidad entre la in-

(1) Benito Gutiérrez, *Examen histórico del derecho penal*, pág. 39.

(2) Lucio Anneo Séneca, *Ópera, de Clementia*, lib. I, XXII, pág. 580.

fracción y la pena que le corresponde, porque ocurre en la vida histórica del derecho penal lo que ocurre en el desarrollo de los hombres en sus primeras edades: en la infancia se atiende á las necesidades instintivamente, y hasta que se llegue de lo sensible á lo inteligible, hasta que el *plenum animi iudicium* aparezca, hasta que se procure que la satisfacción de esas necesidades sea racional, muchos progresos habrá que realizar, muchos obstáculos, por consiguiente, que vencer, y ni siquiera nosotros, que tan distantes estamos de los tiempos antiguos, podremos vanagloriarnos de haber alcanzado ni en la legislación ni en la ciencia ese ideal de penalidad que la humanidad constantemente ha perseguido.

VI

Con razón ha dicho Duruy que «la historia de la Edad Media se asemeja á una de esas catedrales góticas en que la vista se detiene admirada de un arte sin unidad y sin límites; libro inmenso y confuso que se deletrea siempre y no se lee jamás» (1). Porque se operan en ella acontecimientos tan contradictorios, que es empresa realmente difícil adoptar un criterio único con que juzgar la variedad de sus manifestaciones. Trazar un cuadro del derecho penal en esta época es, por este motivo, punto menos que imposible. Sin embargo, los principios y los hechos que influyen en una época determinada y la prestan carácter atraviesan antes de que el tiempo y las leyes históricas les presten ocasión de manifestarse plenamente un período de larga gestación, y por eso antes de marcarse con todas sus grandezas y con todos sus caracteres odiosos el apogeo de la vida medio-eval, encuéntrase en los bosques de Germania el *micro cosmos* de esta edad, como el presentimiento de las ideas que la determinan y caracterizan. Las costumbres penales de los germanos se sintetizan en dos prácticas muy generalizadas entre ellos: la *faida*, *fredum* ó *felide* y el *wergeld*. La *faida* (guerra

(1) Duruy, *Historia de la Edad Media*, pág. 2, prólogo.

privada) no es, como dice Montesquieu, la recompensa de la protección acordada contra el derecho de venganza (1), sino el rescate, la satisfacción pecuniaria entregada, no al individuo ofendido ni á su familia, por el contrario, la cantidad que representa ese rescate se deposita en manos del jefe de la tribu, representación embrionaria del Estado. De suerte que la *faida* constituye ya una verdadera pena; es el *quantum* que se ha de pagar al poder en castigo al crimen cometido. Pero aparte del poder existe, protegida por Odino, dios de la guerra que mora al lado de Friga ó Freir, diosa de la paz, la facultad de vengar la ofensa en el ofendido y en sus próximos parientes; cuando se renuncia esa facultad, el criminal satisface una cantidad denominada *worgeld*. Muestra de la verdad de estos dos caracteres es el hecho de que cuando el dañador es irresponsable por cualquier causa, v. gr., en el caso de legítima defensa, se paga el *wergeld*, y, sin embargo, no se hace efectivo el *fredum*. Claro es que semejante legislación es reprobable considerada científicamente; pero si de las instituciones se debe siempre juzgar teniendo en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo, sin lo cual pudiera resultar la apreciación errónea, preciso es reconocer que los principios penales de los pueblos germanos representan, respecto de los que antes se pusieron en práctica por el hebreo, el griego y el romano, un avance considerable hacia el ideal. Es repugnante que se ponga precio á la impunidad y queden los más ricos á salvo del castigo que merezcan; pero si entre la composición y el Talión comparamos, creo preferible á la extrema injusticia del segundo la desigualdad y el positivismo, muy tristes, pero muy humanos, que representa la primera.

Este principio de la composición informa el derecho penal de toda la Edad Media. Desde la ley de Gombeta, de los borgoñones, que consigna en sus páginas castigos tan extraños como el correspondiente al que roba un halcón, que ha de dejarse comer por éste seis onzas de su carne ó abonar seis sueldos, hasta nuestros fueros municipales, en los que se

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, tomo V, pág. 152.

encuentran preceptos como éste: *todo home que uvas furtare de noche ó qual cosa se quisiere, si verdad fallaren alcaldes, jurados et voceros, enfórquenlo*, según dispone el de Cáceres, la severidad de las penas es otra nota característica del derecho penal en los tiempos medios. Pero lo que verdaderamente singulariza la penalidad de la Edad Media es la injusticia y odiosidad del procedimiento.

Al lado de ese principio de desigualdad de que nadie sea juzgado sino por sus pares, que permite establecer una penalidad especial para los nobles y entregar á los pobres *villanos* á todas las arbitrariedades de la justicia señorial; al lado del juicio, la denuncia y la acusación secreta erigidos en pruebas, existe el procedimiento inconcebible del tormento, que tan gráficamente ha calificado La Bruyère de «*invención maravillosa y segura para perder á un inocente débil y salvar á un facineroso robusto*» (1).

Y para que resulte más patente el retroceso de la penalidad en la Edad Media, ni siquiera se oyen aquellas voces aisladas que predicaban tan hermosos ideales, y cuando en el siglo XII resucita el derecho de Roma, como presentimiento del renacimiento posterior de toda la vida clásica, los *glosadores* desdeñan el derecho penal, al que sólo se había hecho merced, como miserable regalo, de unas cuantas páginas en la Instituta.

VII

La concentración de poder, que es consecuencia de la formación de las grandes nacionalidades, influyó, como no podía menos, en los caracteres de la penalidad, al advenimiento de la Edad Moderna. Y esa influencia fué, indiscutiblemente, favorable al progreso, pues se procura la uniformidad del procedimiento y los esfuerzos de la Iglesia hacen que se modifique beneficiosamente el sistema de enjuiciar, pero continúa en toda su extensión el odioso régimen inqui-

(1) Citado por Lardizabal en su Discurso sobre las penas, pág. 153.

sitivo y se desatiende la uniformidad de las penas, pudiendo decir Voltaire, refiriéndose á época tan cercana á nosotros como la correspondiente al reinado de Luis XV, que «el que corría postas en Francia, cambiaba de leyes más veces que de caballos.» Pero la ciencia renace ya completamente y algunos estudios de derecho penal se encuentran, aunque incluidos en tratados filosóficos y teológicos. El más ilustre representante del escolasticismo, Santo Tomás de Aquino, trata en diversas partes de sus obras de los fines de la pena, justificando admirablemente la naturaleza de *bien* que, mediatamente, reviste. Sobre todo, son notables los principios penales de Santo Tomás, cuando distingue la culpa de la pena, afirmando que «es de razón en la pena el dañar al agente en sí mismo, del mismo modo que es de razón en la culpa el dañar al agente en su acción» (1).

Disculpable es, por otra parte, que no diese Santo Tomás un concepto claro del delito y que lo confundiese, en ocasiones, con el pecado (v. g., al decir que «el pecado es lo que hace al hombre reo de la pena»); aparte de que una definición satisfactoria del delito ni aun en nuestros tiempos ha acertado á formularse, á quien menos podía pedirse una completa y acabada distinción entre esas ideas era á Santo Tomás, que examinaba la cuestión desde el punto de vista teológico.

Prescindiendo de las doctrinas penales incidentalmente expuestas por Juan Bodin, por Selden y por Leibnitz, que tienen de común el considerar la expiación como el origen, el fin y la medida de la pena, justo es reconocer que el primero en estudiar sistemática y científicamente la materia del derecho de castigar y la naturaleza del castigo es Hugo Grocio. Inicia este ilustre escritor una tendencia de emancipación del derecho y de la filosofía jurídica del menguado servilismo en que se hallaban, encadenados á la ciencia moral y teológica, que impedía el libre desenvolvimiento de sus naturales principios. Pero no sabe contenerla en sus justos

(1) «De ratione paene est quod noceat agenti in se ipso; sed de ratione culpae quod noceat agenti in sua actione.» Santo Tomás, *Summa Theologica*, tomo I, questio XLVIII, art. 5.º, pág. 548.

límites é incurre en la exageración contraria, privando al derecho de la base moral, sin la cual no puede existir, que al fin y al cabo para seres nacionales se da, y seres racionales la formulan. ¿Significa otra cosa que desconocer esas relaciones de la moral y el derecho, suponer que no es necesario aplicar la pena cuando el crimen es poco conocido, y afirmar que el derecho de castigar procede únicamente y únicamente lo justifica la razón del mal que el criminal ha causado? Por eso estimo que el autor insigne de *El derecho de guerra y de paz* se contradice al afirmar después que los objetos de la pena son: el bien del delincuente, la utilidad del que está interesado en que no se cometa el crimen y el sentimiento personal de venganza; pues si estas dos últimas manifestaciones de la finalidad del Estado al castigar son una consecuencia de su doctrina, la afirmación como uno de esos fines del bien del delincuente sólo se explica en quien sostiene, dentro del derecho y como necesario á la vida de éste, ese particular *eticismo* que lo caracteriza y fundamenta (1).

Puffendorf traduce y comenta á Grocio, reproduciendo sus doctrinas. Nada nuevo añade; el que, según Leibnitz, debía considerarse *vir parum jurisconsultus et minime philosophus*, es un sucesor poco digno de Grocio, que se reduce á introducir en la doctrina de su maestro los elementos nuevos de que vive la ciencia de su siglo; tal es, por ejemplo, la fundamentación del derecho de penar por la teoría del contrato social. Y así vive la ciencia del derecho penal durante mucho tiempo; deduciéndose del mismo principio capital é indiscutible entonces del pacto, las más opuestas doctrinas.

Pero llega á fines del siglo XVIII la reacción en favor de la libertad que inspira las ideas de la Enciclopedia, y á esa reacción responde en la esfera de la penalidad un movimiento, cuya intensidad y empuje nadie mejor que los hombres del siglo XIX podemos apreciar, dado que la obra entonces iniciada continúa aún y está en parte por realizar. Y así como Montesquieu, el investigador concienzudo de

(1) Grocio, *Le droit de la guerre et de la paix*, tomo II, págs. 48 y siguientes.

las instituciones históricas, y Rousseau, el filósofo de admirable inventiva y proyectos impracticables, representan los dos elementos, experimental é ideológico, al nacimiento de la idea política á la vida del derecho moderno, Bentham y el Marqués de Beccaria, aun respondiendo al mismo carácter y á idéntica aspiración, sus doctrinas dirigen y simbolizan dos tendencias diversas, dos escuelas radicalmente opuestas. Los hombres de talento analítico, en quienes predomina la fría reflexión; los que creen que «la virtud sólo es un bien en cuanto á los placeres que se derivan de ella y el vicio un mal por las penas de que es causa» (1), según las palabras del propio Bentham; los que ponen su supremo ideal en la felicidad del mayor número y establecen como base del bienestar social la teoría del placer, forman, con Bentham á la cabeza, la escuela utilitaria. Por el contrario, la fe en los grandes ideales, la pasión, el entusiasmo, tienen para el derecho penal su personificación en Beccaria. «He oído el ruido de las cadenas que sacude la superstición y los gritos del fanatismo, que ocultan los gemidos de la verdad,» dice el ilustre escritor italiano. «He querido defender la humanidad sin ser su mártir» (2). Y estas frases tuyas son el programa y el resumen de su obra. Es preciso compadecer al delincuente y no desconocer su cualidad de ser humano; es preciso remediar los males que sufre la humanidad con la práctica de la justicia.

*
* *

La tendencia representada por Beccaria es la que afortunadamente ha triunfado. La escuela penitenciaria, con su lema «aislamiento, trabajo é instrucción,» ha llevado sus soluciones á la práctica, iniciando el movimiento histórico del derecho criminal moderno, que tiene por principal carácter el favorecimiento del delincuente. Muy científica, muy conforme á la moral y al progreso es la teoría, y á ella, en

(1) Bentham, *Principios de legislación*, pág. 3.

(2) Beccaria, *Carta al abate Morellet*, pág. 3.

último término, responde la escuela positivista aunque de ese origen reniegue; pero, aun con todas las bondades que encierra, su exageración ha motivado el que sus mismos partidarios se crean en el caso de pronunciar la palabra ¡basta! Y para comprender esta exageración basta examinar las conclusiones del Congreso penitenciario de Roma de 1885, por ejemplo; allí se sostiene la necesidad de que el trabajo de los presos sea voluntario en lo posible y escogido por ellos, y ese trabajo lo constituirán, según las conclusiones citadas, *las cartas á la familia, la escultura en madera, las conferencias científicas, el dibujo, la música, etc.* Y comentando este acuerdo, aconseja con razón Ferri que no se publique, que no se entere de esas doctrinas á los pobres campesinos; esos, mientras permanecen honrados se ven en la miseria más dolorosa y no reciben de ninguna sociedad de patronato los conocimientos más elementales; esos, no oyen las conferencias científicas, ni las lecciones de dibujo y música que el Congreso se apresura á facilitar á los presos de aficiones artísticas ó técnicas (1). Y en realidad, al pensar en la situación de los condenados en los establecimientos penitenciarios de Holanda ó de Suecia, por ejemplo, donde disfrutan de una habitación de 30 á 40 metros cúbicos de aire, lámpara opaca de gas, elegantes armarios, timbre eléctrico, calorífero y de todas las comodidades que el más refinado gusto pudiera desear, acude á la mente del hombre más pacífico y amante de sus semejantes, no sólo el disgusto moral recordando el crimen cometido, sino el temor de que cuando ese condenado salga de la cárcel y vuelva á la vida con los demás hombres, sienta dentro de su alma, ahogando la voz de la conciencia y del deber, la nostalgia de la celda.

¿Por qué no ha de enderezarse el movimiento histórico del derecho penal hacia sus naturales fines, hacia los ideales que las circunstancias de la época van imponiendo como realidades poco á poco? Procuremos la extraterritorialidad de las leyes penales; en la esfera del derecho criminal, cuando se trata de intereses que á todos son comunes, los egoísmos

(1) Ferri, *Estudios de antropología criminal*, págs. 44 y siguientes.

nacionales podrán poco. Es preciso que desaparezcan también las penas no correccionales, instituciones odiosas que, si tienen su fuerza en menguadas tradiciones, no satisfacen verdaderas necesidades sociales. Si lo alcanzamos, cuando no quede de esas instituciones vestigio alguno, cuando hasta de la mente de las generaciones que nos sucedan se haya borrado su recuerdo, entonces habremos dado un gran paso, un paso quizá decisivo, para que sea libre, digna y racional la vida jurídica. Si no lo alcanzamos, siempre habrá lugar á que sobre la tumba de esta sociedad neo-genésica, grabe la Historia una inscripción semejante á aquella que colocaron sobre el sepulcro de Phaetón las náyades de Hesperia: «Aquí yace Phaetón, conductor del carro de su padre, que si fué un mal gobernante, pereció al menos víctima de una noble audacia.»

ANTONIO GOICOECHEA.





LA CUESTIÓN SOCIAL EN ESPAÑA ⁽¹⁾

Aquella gran masa de religiosos, diseminados por diversos pueblos de Europa, sin permitirles fijarse en ninguno y expulsados de todos como viles criminales, sufrieron todo género de insultos, vejámenes y miserias, que sobrellevaron con heroica resignación, admirando, con su humildad y su paciencia, hasta á sus propios enemigos, que algunas veces se vieron obligados á hacer justicia á su virtud y su mérito.

Al fin, después de mucho vagar y de infinitas contrariedades, hallaron asilo y seguridad donde menos podían esperarlos.

La protestante Alemania y la cismática Rusia les dieron albergue y medios de adquirirse la subsistencia. Las palabras que pronunció el rey Federico II de Prusia, al permitirles establecerse en sus Estados, forman el más cumplido elogio de los Jesuitas: *Á mí no me estorban, dijo aquel Rey ex-céptico y burlón; por el contrario, pueden servirme de mucho.*

Vencido el Papa Clemente XIV por los ruegos de los soberanos que habían verificado la expulsión de los Jesuitas y que querían legalizar la medida, tal vez por remordimientos de conciencia, y teniendo en cuenta la poderosa razón de

(1) Véase la pág. 156 de este tomo

Estado, que le ponían por delante, accedió á suprimir canónicamente la Compañía, como lo hizo el año 1773 por breve pontificio, que firmó derramando lágrimas, y que causó la amargura del resto de su vida.

Aunque la Compañía de Jesús quedaba disuelta de hecho, sus individuos no quisieron considerarla como tal, y vivieron reunidos donde podían hacerlo, conservando su organización y sus jerarquías, observando sus estatutos y manteniendo activa correspondencia con todos sus hermanos, que se hallaban esparcidos en varios puntos del globo. Así pasaron todo el tiempo que duraron los grandes trastornos que conmovieron la Europa, hasta que, trascurrida la época de los disturbios y revoluciones y asegurada algún tanto la paz, pudieron lograr la rehabilitación de sus derechos y volver á ocupar su antiguo lugar en la esfera eclesiástica, donde hoy se encuentran, sin que les falten enemigos, animadversión y persecuciones por parte de algunos pueblos y Gobiernos muy adelantados y muy cultos.

No creemos que el ligero elogio que dejamos hecho de la Compañía de Jesús pueda ser tachado de apasionado y parcial. Nuestras creencias políticas y la distancia á que nos hallamos colocados de aquella asociación, apartan de nosotros semejante sospecha. Los Jesuitas, por su admirable organización, por su cultura, su sabiduría, la extensión de sus conocimientos, los eminentes servicios que han prestado y prestan, su finura y amable trato, público y particular, merecen la gratitud de la humanidad. Así lo reconocen y confiesan los hombres de recto criterio, cualesquiera que sean sus opiniones y creencias. Sólo la ignorancia, la mala fe y el ciego espíritu de mal entendido partido, aun entre personas que se juzgan inteligentes y de probada competencia, pueden promover y sustentar la sistemática guerra que se les hace, aunque con escaso fruto y resultado.

¿Cómo ha llegado la Compañía de Jesús al asombroso estado de extensión, poder, riqueza y prosperidad en que hoy se encuentra?

De una manera muy sencilla. En primer lugar, por el trascurso de un tiempo siempre bien aprovechado; por la uni-

formidad de pareceres y la sujeción á una voluntad común, creada por todos sus individuos, y que aleja las contingencias de disputas, disensiones, deseos de imposición, superioridad y sed de mando, que es el cáncer que corroee las entrañas de nuestros siempre discordes partidos políticos, y que anulando los más grandes pensamientos, les ha hecho, hace y hará ser incapaces de producir ningún beneficio práctico al país, puesto que unos y otros marchan por la senda trillada y rutinaria por donde los demás han ido.

Por la verdadera y estricta observancia del más precioso de los dogmas de la democracia, la fraternidad, que tantos tienen en la boca y que nadie, por lo regular, practica, y mediante la cual todos son para uno y uno para todos.

Por la economía y el ahorro, la supresión de gastos inútiles y el aprovechamiento de cuanto se conceptúa despreciable y en todas partes se arroja. El aprovechamiento de residuos que nadie creyera poder utilizar ha sido muchas veces la base de una verdadera riqueza.

La Compañía de Jesús al establecerse era tan pobre y encontrábase tan privada de recursos, que no podía sostener un sirviente, ni le tuvieron sus asociados hasta que, tomando incremento la Obra, fueron afiliándose hermanos coadjutores ó legos, que no dedicándose al estudio ni al sacerdocio, desempeñaban los oficios mecánicos de la casa. En el humilde convento que ocuparon en Toledo Ignacio de Loyola y sus primeros socios, todos ellos, después de cumplidas las obligaciones del ministerio sacerdotal, dedicábanse á practicar las faenas domésticas.

Más de una vez se vió por las calles de la imperial ciudad al que fué duque de Gandía, marqués de Lombay y virrey de Cataluña y caballero mayor de la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, D. Francisco de Borja, ir vestido de la raída sotana, cargado con una espuerta de pan, para el consumo de la casa, sin rubor ni temer al ridículo, porque se empleaba en el servicio de sus compañeros, que á su vez se ocupaban en el suyo.

Los Jesuitas no desperdiciaban nada y lo aprovechaban todo; desde el tiempo hasta los más insignificantes objetos

materiales. Llevando siempre por base de sus operaciones el ahorro, y basada la asociación, además, en la mutua cooperación, procuraban, para obtener mayores resultados, que *todo se quedase en casa*, como vulgarmente se dice.

Así pues, cuando se establecieron conventos de alguna importancia, en ellos se encontraban individuos que trabajaban en todos los oficios precisos á la vida y hasta la comodidad, y aun se contaba con artistas notables y de mérito, sin necesidad de valerse de oficiales extraños á la Compañía, y cuyos jornales quedaban en beneficio del fondo común. Esto, aunque erróneamente se ha supuesto lo contrario, en nada perjudicaba á la industria y la riqueza del país; pues, aunque verdaderamente se produjese todo en aquellas casas, conforme en otro lugar hemos dicho tratándose de este asunto, las primeras materias de construcción habían de adquirirse fuera, lo cual ya supone gasto y circulación de metálico entre las demás clases de la sociedad.

Para demostrar hasta qué punto llegaba el mencionado ahorro, aun tratándose de residuos que en todas las casas se arrojan á los sumideros, vamos á presentar un ejemplo, tomado entre otros muchos que pudiéramos citar. Los Jesuitas, hasta su expulsión en 1835, poseían en Madrid dos Seminarios para la educación de la juventud: el de Nobles, donde se instruían los hijos de la Grandeza, y el del Colegio Imperial, en que se educaban los jóvenes de familias del estado llano, aunque bien acomodadas, que podían satisfacer la pensión reglamentaria. Los seminaristas de ambas casas eran en gran número, y como se les suministraba copiosa manutención, resultaban abundantes residuos. Los de las ensaladas crudas se recogían en un aparato fabricado *ad hoc*, y sujetándolos á una presión conveniente, se extraían las gotas de aceite contenidas en ellos, lo cual, al cabo de algún tiempo, suponía cantidades regulares que se destinaban á alimentar las lámparas de los templos. ¿Puede llevarse á más alto grado el espíritu de especulación y de ahorro?

Aunque en las casas de la Compañía quedaban en buen número sobras de alimentos, empleados en la manutención de los animales domésticos de los corrales, los Jesuitas no sumi-

nistraban á los pordioseros, como las órdenes mendicantes, la *vergonzosa sopa*, de que más adelante nos ocuparemos; porque, estimando como se merece la dignidad humana, comprendían todos los inconvenientes de esta mal entendida limosna. Esto no quiere decir que la Compañía de Jesús no practicase la caridad con los verdaderos pobres. Nada de eso, hacía muchas y muy buenas obras, aunque ocultas todas con el velo del secreto.

En la época del absolutismo, después de la reacción de 1823, cuando tantos empleados y militares habían quedado *indefinidos* (1) y cesantes, y reducidos á la mayor miseria, la Compañía de Jesús fué el apoyo de aquellos desgraciados, proporcionándoles á ellos y á sus familias mucho tiempo y casi á diario el necesario sustento; generosidad que muchos no pagaron por cierto con la debida gratitud.

No dejaremos de recomendar el punto capital del ahorro y la acumulación de beneficios á los economistas que tratan de buscar soluciones á la cuestión social, cuando no hay ninguna que no esté basada en aquellos principios, derivados del capital colectivo, grande ó pequeño, de los afiliados á una asociación, y cuyos resultados sólo pueden tocarse por el trascurso del tiempo, porque el que lastimosamente se ha perdido desde que en España empezaron á agitarse estas cuestiones, ha hecho que nos hallemos colocados al principio del largo camino que aún es preciso recorrer para llegar á un fin que todavía no se vislumbra.

En cuanto á los socialistas y anarquistas, creemos excusado hablarles de cuestiones económicas, porque ni ellos ni sus jefes, ni sus oradores y tribunos, buscan soluciones de tardía realización, y como las clases desheredadas no pueden esperar y tienen prisa por llegar á un fin que ya estarían disfrutando á mediar mejor tino y dirección, límitanse á soliviantar los ánimos, sobreexcitar las pasiones y crear odios, animosidades y rencores que cada día agravan más la difi-

(1) *Indefinidos*. Dióse este nombre á los oficiales expulsados de los cuerpos, que no tenían situación fija ni sueldo, aunque sí el uso de su deteriorado uniforme, vestidos con el cual se les veía pedir limosna.

cultad de adoptar medidas conciliatorias que lleven al logro del ideal, que por hoy es un delirio.

En las reuniones socialistas y anarquistas que algunas veces hemos presenciado, no hemos oído tratar ninguna cuestión económica, ni desenvolver ningún tema que tienda á la pronta organización de sociedades colectivistas y cooperativas donde, presidiendo la honradez, la buena fe y el deseo del bien común, del que depende el particular, llegaran, tal vez, en breve plazo á producir algún resultado práctico. No; en dichas reuniones no se oyen más que declamaciones contra el egoísmo, crueldad y excesos de la burguesía, azuzando los ánimos para lanzarse contra los verdugos y opresores del proletariado, y producir, cuando se presente una ocasión favorable, escenas terribles y sangrientas, como las ocurridas últimamente en Andalucía.

Los apóstoles del socialismo y el anarquismo y las masas que los siguen tienen, como hemos dicho, mucha prisa, porque el pavoroso fantasma del hambre toma cuerpo, se agiganta más cada día é impulsa con fuerza á marchar adelante. No es tiempo, pues, de proponer y estudiar soluciones económicas de resolución tardía, como el ahorro. Hay socialistas que cuentan disfrutar los ahorros hechos de antemano por la burguesía y que se encuentran guardados en las gavetas de los ricos y en las cajas de los Bancos.

Por semejante camino no se va á ninguna parte, ni se consigue otra cosa que producir una inquietud general; hacer que aumente el malestar del proletariado; dar la voz de alarma á los ricos para que pongan en seguridad sus capitales, y hacer que los Gobiernos mantengan una paz armada por si llegase el momento de estallar un conflicto que esperan, pero que no temen, entre los pobres y los ricos.

V

Otra manifestación, la más repugnante y vergonzosa del socialismo, y que prueba que en España hemos sido y somos más socialistas de lo que se cree, es la distribución de la sopa

de los conventos á los mendigos, cuyo reparto en común trae á la memoria la famosa *salsa negra* que el Gobierno de Esparta distribuía gratis á sus ciudadanos para habituarles á la sobriedad y hacerlos incapaces de la gula y el regalo.

La costumbre de socorrer con algunos alimentos á los pobres es de origen santo y laudable. Se remonta á los primeros tiempos del Cristianismo, en que los fieles, reunidos en la oscuridad de las Catacumbas, y después en los atrios de los templos, celebraban en común sus *agapes* ó fraternales banquetes, donde los ricos, confundiéndose con los pobres, les servían con el más grande amor y tierna solicitud, remediando sus necesidades físicas y prodigándoles toda clase de consuelos morales.

La limosna es santa, no cabe duda, porque se deriva de la caridad cristiana, la mayor de todas las virtudes; pero ésta se convierte en un mal y puede ocasionar grandes abusos cuando se emplea malamente, sin discreción y sin examen.

Cuando fué progresivamente alterándose la primitiva sencillez del Cristianismo y los pueblos iban adelantando en las vías de la civilización, los vicios también fueron corroyendo el seno de las sociedades, en particular el vicio de la ociosidad y la vagancia, que parece ser una condición ingénita á la naturaleza humana.

El hombre es indolente y apático de por sí; nadie trabaja por gusto é inclinación, y sólo lo hace por la imperiosa necesidad de ganarse la subsistencia con el sudor de su rostro. Asegurad á toda la humanidad un medio de cubrir las atenciones de la vida, siquiera el auxilio que se le suministre sea muy escaso y frugal, y no encontraréis un solo hombre que quiera dedicarse al más pequeño trabajo. Todos vivían como los salvajes, que se diferencian muy poco de los brutos.

Cuando las comunidades religiosas, en especial las mendicantes, creyendo cumplir un precepto de la caridad y amor al prójimo, dieron en suministrar un alimento casi á diario á los que suponían careciesen de él, no faltaron bandadas de pordioseros que acudieran á recibirle á las puertas de los conventos.

Hemos dicho pordioseros, y no pobres, porque son dos cosas muy distintas, que no explicamos en obsequio de la brevedad á que tenemos que ceñirnos. El verdadero pobre no pide limosna ni importuna. Sufre sus miserias y privaciones sin dejarlas, por lo común, traslucir.

Jesucristo dijo en cierta ocasión á sus discípulos que siempre habría pobres en el mundo. Sin embargo, no les dijo que habría vagos y holgazanes.

España ha sido siempre el país clásico de los vagos, así en lo antiguo como en lo moderno. La mendicidad ha sido una verdadera profesión, perfectamente organizada y bastante lucrativa, como lo prueban ejemplos muy recientes, contribuyendo á ello la sencillez y la buena fe de las almas piadosas, que creyendo hacer una obra meritoria, la hacen perjudicial, porque la practican sin examen, fundándose en el conocido adagio, el único falso que tiene nuestro idioma: *Haz bien sin mirar á quién.*

El reparto de la sopa ha sido en España una costumbre que ha pasado sin alteración ni variedad al través de los siglos. La tradición se ha conservado inalterable. Nosotros la hemos visto distribuir del mismo modo que se verificaba hace cuatrocientos años. Al contemplar semejante escena, la imaginación se traslada á la Edad Media, á las diferentes épocas de los frailes, y creemos ver redivivos los mismos personajes que en ellas figuraron.

Con bastante antelación á la hora del reparto, en todas las poblaciones, grandes y pequeñas, donde hubiese un convento que repartiera la sopa, reuníase junto á la puerta donde se tomaba una chusma de mendigos de ambos sexos, sucios, desharrapados, asquerosos y repugnantes, que reían, bromeaban, se dirigían unos á otros chanzas cínicas y vergonzosas; se burlaban de los transeuntes, y no pocas veces criticaban con la más vil ingratitud á los mismos que les proporcionaban el alimento.

Al resonar la plegaria del mediodía, abríase la puerta del patio del convento y aparecían dos legos llevando un enorme caldero lleno de un bodrio, mal ó menos bien condimentado. La presencia de los legos era saludada con un aplauso,

ó mejor dicho, con un aullido general, y todos los vagos pordioseros lanzábanse en confuso tropel, presentando sus pucheros, cazuelas ó fiambreras, queriendo ser servidos los primeros. Los legos, después de sostener mil disputas, porque nadie quedaba contento, iban repartiendo con un cazo aquella comida que en el lenguaje técnico de la canalla se denominaba la *gandinga*.

Los mendigos que tenían hambre, ó que eran muy glotonnes, despachaban su ración sobre el terreno. Pero la generalidad, más precavida y especuladora, se la llevaba á sus miserables tugurios para juntarla con otros restos de comida, lo cual constituía su diaria alimentación.

Antes y después de la hora del reparto de la *gandinga* los pordioseros tenían la *intención libre*, como dicen los curas; esto es, se arrogaban el derecho de importunar á todo el mundo, pidiendo limosna, bien en la vía pública, ó bien penetrando en todas las casas. La caridad mal entendida de los tiempos de fe y la bondad de las almas piadosas socorría abundantemente á los mendigos con ropas de desecho, sobras de comida y dinero. Esto era lo que más apreciaba el pordiosero, porque el metálico le proporcionaba el goce de los más asquerosos placeres.

No se crea que el mendigo se alimentaba siempre con los pedazos de pan duro y los restos de viandas que recogía; pues, aunque lo hubiera hecho, siempre resultaba un gran sobrante. El mendigo de antes y de ahora comía mejor y más regaladamente que multitud de honrados jornaleros, que, aun trabajando de continuo, apenas pueden cubrir sus más precisas necesidades. El mendigo vendía la ropa que le daban, porque en su interés y su táctica estaba andar siempre sucio y desharrapado para mover á compasión, é igualmente vendía los restos de alimentos á los que criaban aves y otros animales en los corrales, ó bien se dedicaba por cuenta propia á esta lucrativa industria, donde todo era ganancias; de aquí resultaba no haber mendigo que dejara de poseer algún capital en buenas monedas de oro, cosidas en los remiendos de los harapos que vestía. Aquellas cantidades permanecían improductivas y sin circulación, porque aunque

casi todos los mendigos eran malgastadores y despilfarradores, había muchos que eran avarientos y que gozaban en poseer oculto el dinero, sin dar parte á nadie, muriendo muchas veces sin descubrirlo y quedando aquellos capitales perdidos para siempre, á menos que los enterradores no escudriñasen los cadáveres, lo cual no era muy raro que sucediese.

Algunos mendigos eran prestamistas de pequeñas cantidades á la usura, con lo cual triplicaban y aun cuadruplicaban en poco tiempo su caudal. Otros se hacían propietarios, en particular de fincas rústicas, en los pueblos donde habitaban, lo cual no debe extrañar, ni creerse imposible, porque ejemplos bien recientes tenemos de ello. En una de las pocas batidas que nuestras descuidadas autoridades suelen dar contra la vagancia pordiosera, y que cuando lo hacen es á impulsos de la vergüenza que causa tolerar tanto cinismo y tanta calculada miseria, enmedio del lujo y esplendor de una brillante corte, fueron detenidos varios mendigos y llevados á los depósitos. Algunos de ellos, aunque vagos y holgazanes, en buena edad, sanos y robustos, eran mendigos de verdad: vivían al día y nada llevaban consigo, amén de contados céntimos. Pero á otros se les encontraron cantidades en efectivo no despreciables; resguardos de la Caja de Depósitos, cartillas de la Caja de Ahorros y títulos de propiedad de algunas casitas en los suburbios de esta capital que tenían alquiladas, sin contar los que eran dueños de corrales de aves y cebaderos de cerdos.

Donde había, y aun hay que ver, porque la tradición canallesca no ha variado, según hemos dicho, todo lo repugnante y soez del mendigo de oficio, era por la noche, en sus miserables tugurios y después de terminada la postulación diaria. La noche era la hora de expansion y de recreo para los vagos explotadores de la caridad pública. Ninguno de ellos pedía ni pide de noche; pues aunque hoy, que el género de vida ha variado mucho, haciéndose de la noche día, vemos pulular por donde quiera multitud de mendigos, éstos son los llamados pobres de levita y pobres vergonzantes que cubren su rostro con tupido velo, diciendo los unos ser em-

pleados cesantes y sin sueldo, y pretextando las otras ser honradas viudas y huérfanas sin pensión. Todos éstos, vestidos con cierta decencia y pulcritud, que no deja de producir efecto, se colocan en las avenidas de las calles principales de los teatros y cafés, donde no les permiten la entrada. Estos no piden ni importunan, en honor de la verdad: son mendigos bien educados. Limítanse á alargar la mano y á hacer en voz baja la exposición de su clase, sus méritos y servicios.

En una pieza húmeda, lóbrega y ahumada, cuyas paredes hace ya muchos años no han tocado la piqueta ni la llana del albañil; en una pieza de esas casas ruinosas, sitas en los extremos ó las afueras de la capital, y que la codicia de los propietarios alquila en más de lo que vale á los pobres, sin cuidarse mucho de las ordenanzas de policía urbana, de las reglas de higiene y salubridad, se ven reunidos como animales inmundos, sentados sobre el santo suelo, ó á lo más sobre una sucia y rota estera, algunos individuos de tal facha y catadura, que á primera vista un naturalista se vería muy apurado para definir el género y familia á que pertenecían.

En aquella estancia no hay muebles de ninguna especie, y la cocina y sus utensilios son desconocidos; porque los mendigos no necesitan guisar, porque ya se les da la comida hecha; y cuando la compran para satisfacer su gula ó su regalo, las tabernas y bodegones se encargan de suministrarla.

Las camas consisten en algunos sacos de burda tela, llenos de paja, polvorienta y medio podrida, ó bien sólo en la paja hacinada en un rincón, sobre la que se tienden, como piara de animales inmundos, machos y hembras indistintamente, cubriéndose con alguna desgarrada manta en que hierven miriadas de repugnantes insectos. ¡Y con tales elementos pueden descansar y dormir tranquilos seres humanos! Esto no es pobreza: éste es el último grado de la especulación, á la que se sacrifican todas las consideraciones del honor, la vergüenza y la dignidad humana.

En aquel espantoso recinto, comparadas con el cual serían habitaciones confortables las *grilleras* (1) de la antigua

(1) *Grilleras*: horribles calabozos subterráneos de la cárcel sita en la plaza de Santa Cruz, en el lugar que hoy ocupa el Ministerio de Ultramar, y

Cárcel de Corte de Madrid, alumbrado por la débil luz de un nausebundo candil, los *tertulios* se juegan los cuartos, producto de la limosna, devoran manjares groseros que saborean con deleite y beben con profusión, hasta embriarse, vino y aguardiente, amenizando la sesión con blasfemias, interjecciones del peor género y el inmundo *argot, sui generis*, de la canalla mendiga.

Y para mantener este estado, tan permanente como anormal, servía en primer término la *sopa de los conventos*. Para sostener un ejército, siempre en pie de guerra contra los bolsillos de la gente honrada y laboriosa, de vagos y haraganes, que no querían ganarse por sí la subsistencia, aunque se les ofreciese trabajo; para crear, en fin, lo que hoy pudiéramos llamar el *quinto estado*; porque en España, donde la mendicidad no se ha extinguido ni se extinguirá nunca, por más que se intente, los pordioseros constituirán una verdadera potencia.

No se crea, por lo dicho, que condenamos la limosna, nada de eso. Como de origen divino, honra al que la da y consuela al que la recibe. Buena es cuando se emplea en socorrer al anciano inútil para el trabajo, al enfermo sin recursos y al huérfano desamparado; pero dársela al hombre sano y robusto, que la pide para vivir en la ociosidad, es hacerse cómplice el que la suministra del delito de vagancia.

La sopa de los conventos sufrió un largo período de suspensión, desde que quedaron suprimidas las comunidades religiosas. Los pordioseros alzaron la voz contra los herejes y descreídos que les privaban de aquel recurso, y hubieran armado seguramente un motín, á lograr ponerse de acuerdo. Las almas piadosas y sencillas también deploraron aquella falta como un atentado á los fueros de la caridad. Pero

en los cuales se encerraban por castigo los presos díscolos é incorregibles. Nada había comparable, al decir de los que los vieron, á lo que eran aquellos antros, privados de luz y de aire, de cuyas tapias, húmedas y salitrosas, se desprendía continuamente el agua, y donde más de una vez, olvidados los presos, morían de hambre, encontrándolos luego devorados por las ratas.

El Rey Fernando VII, cuyo corazón por nada se conmovía, en una visita que hizo á la cárcel, se horrorizó al ver las *grilleras*, y mandó suprimirlas.

dicha falta no acabó con la postulancia de los vagos, ni los pordioseros dejaron de molestar á todo el mundo con sus importunidades y clamores. Al contrario, su contingente se aumentó en espantosas proporciones con los muchos mendigos que afluían á los grandes centros de población, huyendo de los pueblos en que vivían y en que decían haber perdido sus pobres recursos, á consecuencia de la guerra civil, que por entonces desolaba el país.

Para acallar los clamores y quejas de los mendigos y sus protectores y limpiar á la capital de España de la fea mancha que imprime la vista de la mendicidad, el celoso Corregidor de Madrid D. Joaquín Vizcaíno, Marqués viudo de Pontejos, á quien tantas mejoras debe la Corte, fundó un asilo para recoger los pobres en el desocupado convento de San Bernardino, situado en las afueras, y que resultó entonces una verdadera novedad, puesto que en la vecina y culta Francia, á quien imitamos en todo, la mendicidad estaba tolerada y consentida.

No hay quien ignore que en el mencionado asilo, y hoy en sus sucursales, se daba y se da á los acogidos vestido limpio y decente, regular cama y sana alimentación. Era de creer que los que carecían de todo recurso, según decían en sus lacrimosas peticiones, apreciarían en todo su valor aquellas para ellos inmensas ventajas, y se apresurarían á disfrutarlas.

Sin embargo, no fué así. El mendigo odia la sujeción y el régimen, y prefiere á una situación modesta y tranquila, donde se le proporciona cuanto necesita para cubrir sus justas atenciones, no las de la crápula y el vicio á que se halla acostumbrado, prefiere la libertad que le proporcionan el céntimo y los mendrugos de pan. Ninguno quería ir voluntariamente al asilo; era preciso detenerlos en la vía pública y conducirlos por la fuerza, considerando ellos esto como una verdadera calamidad, y procurando fugarse apenas tenían una ocasión favorable. Igual, exactamente igual, que sucede hoy.

Al ser restablecidos en España los frailes, en virtud del concordato celebrado con la Santa Sede, y aunque el número de conventos fué aumentándose progresivamente, el repar-

to público de la sopa no volvió á restablecerse. Sólo los Padres Escolapios continuaron dando á los mendigos las sobras de su mesa y de las de sus colegiales, teniendo al fin que suprimir el reparto á causa de los escándalos y poco edificantes escenas que en la calle producía la insolencia de los mendigos.

Los actuales religiosos, dotados de un excelente criterio, conociendo las exigencias de la actual época y de la sociedad culta, y evitando presentar en público escenas repugnantes y que se produzcan escándalos en la calle, y no queriendo faltar á las prescripciones de la verdadera caridad cristiana, han abolido el reparto de la *sopa* á los mendigos. En su lugar distribuyen diariamente cierto número de raciones de pan y de vianda hecha *ad hoc*, entre personas de notoria honradez y conocida necesidad que no piden ni molestan, y que sin que nadie se entere van á recoger á los conventos á las horas marcadas tan caritativo donativo. Ésta es una verdadera limosna que no se hace al son de bombo y platillos, anunciándola en los reclamos de los periódicos, que remedia muchas necesidades ocultas y desconocidas, y que seguramente es la más aceptable á los ojos de aquel que ha dicho: *Que tu mano izquierda ignore el bien que haga la derecha, y que la limosna que se divulga es más orgullo que caridad.*

No obstante, para que no faltara á nuestra España uno de sus principales caracteres, el que la hizo apellidarse el *país de la sopa boba*, y para que los contemporáneos puedan tener una idea de lo que era esto en otro tiempo, la *sopa* no ha desaparecido aún de entre nosotros, aunque ya está bastante limitada.

En Madrid, por ejemplo, cuando llega la estación rigurosa del invierno, cuando los fríos y las lluvias paralizan los trabajos y la escasez y aun el hambre se dejan sentir en la mansión de los pobres, varias señoras ricas, distinguidas y caritativas, promueven una suscripción que siempre da buenos resultados por el fin á que se dirige, y con sus productos se instalan *los comedores de la Caridad*.

En estos comedores, que funcionan hace ya algunos años, y que están diariamente abiertos tres meses por lo menos, se

da á todos los pobres que se presentan una abundante ración de sopa bien condimentada y un pedazo de pan tierno, que debe consumirse allí mismo para evitar abusos. El que tiene apetito, puede repetir, porque las señoras que presencian el reparto no se niegan á ello, aunque comprendan que es en muchos una exigencia de glotones. El reparto no se hace en la vía pública; los pobres entran por tandas en los comedores, dejando lugar á otros cuando han terminado los primeros.

Diariamente se da cuenta en los periódicos del número de raciones que se han distribuído, tanto para conocimiento de los suscritores, cuanto para que el público se entere de lo útil y filantrópico de esta fundación.

Y, sin embargo, también se abusa de ella, porque este beneficio, á nuestro modo de entender, debiera hacerse con conocimiento de causa.

Los jornaleros sin trabajo, á quienes principalmente se halla consagrada dicha fundación, casi son los que menos de ella se aprovechan, porque el trabajador honrado siente rubor de presentarse á recoger la humillante limosna. Nosotros hemos presenciado entre los que esperan turno á la puerta de los *comedores de la Caridad* escenas que recuerdan las que pasaban en los conventos en los buenos tiempos de la *sopa*.

Una multitud de mozuelos, entre otras personas de varias edades todos sucios y desharrapados, se hallan tendidos en las aceras, haciendo tiempo y tomando el sol, hasta que les llega su turno. Los que están en puerta se atropellan, se codean y arman mil pependencias, las que suelen dirimir los agentes de la autoridad encargados de mantener el orden. El lenguaje de toda aquella gente es cínico, soez y asqueroso. Con las chanzonetas de mal género alternan las blasfemias, y mucho es lo que deben sufrir los castos oídos de las piadosas damas que hacen aquel bien, escuchando á sus patrocinados.

El reparto de esta sopa, y dada la significación política de las personas que practican tan valiosa limosna, es, á nuestro modo de entender, una protesta elocuente contra la conduc-

ta de los Gobiernos actuales, que cuidando sólo de las intrigas, embolismos y enredos de la política, dejan en el mayor abandono las más graves cuestiones económico-sociales. Efectivamente, Gobiernos que disponen de tantos recursos, que tantos gastos inútiles hacen y tantas repentinas fortunas han constituido para sus parientes, amigos y paniaguados, no debían consentir en modo alguno que la iniciativa particular y la caridad pública se encarguen de auxiliar á los necesitados.

Si hay hambres, crudos temporales y falta de trabajo, el Gobierno tiene para auxiliar á los verdaderos pobres su fondo de calamidades públicas, cuyo capital é intereses acumulados deben ser enormes, á juzgar por lo poco que relativamente se gasta; y las Diputaciones provinciales y los Ayuntamientos, aun de insignificantes aldeas, tienen, ó deben tener, algunos medios para socorrer á sus pobres en los casos de apuro extremo.

Pero estos Gobiernos fugaces y transitorios que hoy son y mañana no existen, dejan hacer á todos, con tal que nadie les pida nada. Si los pobres y jornaleros no tienen trabajo ni alimento, que se las compongan como puedan, porque la necesidad de todos los días es difícil de remediar, y si se mueren de hambre, los fosos de los cementerios cubren todas las miserias. La cuestión social preocupa muy poco á nuestros gobernantes, pues si llegase el caso de lanzarse tumultuariamente á la calle las masas proletarias en demanda de socorro, cosa que, por fortuna, aún no se ha visto en España, como en otras partes, para eso están los cañones, los fusiles y las cargas de caballería, para dar plomo y hierro al que pide pan y trabajo.

Dedúcese de todo lo dicho que, por más que se afanen las almas piadosas y caritativas para socorrer á los pobres; por más que se celebren Juntas, conferencias y consultas entre los que de economistas blasonan; por más que los Gobiernos estén diciendo siempre que se hallan dispuestos á estudiar y resolver la cuestión de la mendicidad, y por más que la Junta de Caridad y las Asociaciones piadosas, y los «Amigos» y «Protectores de los pobres» distribuyan socorros y funden,

con mejor deseo que acierto, asilos y recogimientos que espantan á los mendigos, ni la solución se encuentra, ni el remedio se pone, ni la lepra social de la pobretería se extingue: antes bien se extiende y aparece por todas partes.

Siempre habrá pordioseros en España y nunca dejarán de repartirse los mendrugos y la *sopa*.

No vemos en nuestra escasa inteligencia más remedios para extinguir el antiguo mal é inveterado abuso que energía y buena voluntad en los Gobiernos; una ley severa y ejecutiva contra la vagancia y la formación en nuestras posesiones ultramarinas de colonias agrícola-penitenciarias para acostumbrar al trabajo á los pordioseros jóvenes y de mediana edad, sanos, robustos y haraganes.

LUIS VEGA-REY.

(Continuará.)





DON JUAN

I

Esto pasó... en cualquier parte, donde el lector quiera. ¿Que en Grecia? Pues figúrese usted al protagonista de mi cuento con la amplía y escultural vestimenta, la arrogante hermosura y el ingenio fácil y escéptico de Alcibiades. ¿Que en Roma? Pues ha de parecerse á César cuando, joven, audaz y arruinado, se ensayaba enamorando doncellas y matronas para cuando hubiese de enamorar pueblos. ¿Que en Inglaterra? Pues se llamará Lovelace. ¿Que en España? Pues pertenecerá á la noble estirpe del *Burlador de Sevilla*.

La escena puede pasar en cualquier parte y en cualquier año, porque *D. Juan* pertenece á todos los tiempos.

II

Era invencible en las batallas de amor. No poco le ayudaba en ellas su hermosa figura, pero más, mucho más debía al ingenio y á la audacia.

Su ciencia era empírica. Se fundaba en hechos de la propia experiencia, y de ellos inducía una sola ley, la negación de toda ley. «En amor, decía, no puede darse ninguna regla

general, porque si bien el amor es siempre el mismo, la mujer es distinta en cada caso. Nunca dos de mis empresas amorosas se han parecido. No comprendo cómo se habla de *la mujer*, así en abstracto, y se dice: *La mujer es de tal condición ó con la mujer debe uno portarse de este modo. La mujer no existe, sólo existen mujeres*, y entre ellas, fuera del sexo, no hay nada de común. Por eso hay que inventar y aplicar sobre el terreno una estrategia distinta en cada caso. En las guerras de amor no sirven los generales de gabinete.»

Hablaba de sus victorias sin orgullo, como de la cosa más natural. Con frecuencia sus mismos triunfos le entristecían. Mariposa con alas incombustibles, vivía entre llamas sin quemarse, y muchas veces hubiera deseado, para calentar su aterido espíritu, un poco de aquel fuego que él mismo encendía en los corazones femeniles.

Era como el eslabón que hace saltar de la piedra la brillante chispa mientras él permanece insensible y frío; como el cómico que se hiela durante una representación, junto á una fogata enorme pintada en el telón de fondo. Mientras sus amantes suspiraban, él bostezaba. En fin, que el bueno de D. Juan se aburría como todo el mundo, y aun algo más que todo el mundo...

III

D. Juan tenía un amigo. Y, cosa rara, el inseparable del *dandy* superficial y enamorado no era otro de la misma cuerda, sino un sabio, un verdadero sabio, gran conocedor de las ciencias naturales y un sí es no es nigromante ó brujo. Que de la unión de piezas de tan distintos colores se forma el extraño mosaico de las amistades. Y aún más extraño resulta que D. Juan, indiferente hasta el cinismo á las censuras de todos, oyera temblando las de su amigo, y mostrándose de ordinario orgulloso de su conducta pecaminosa, ante él tratara de justificarse.

—Yo no soy malo—solía decirle,—nada de eso. Hasta algunas veces comprendo el mal que hago, y me arrepiento de

hacerlo. Pero soy irresponsable, completamente irresponsable. Y si no, vamos á cuentas:

»No hay mujer, por divina que la supongas, á la que no le falte algo, y algo esencial, para ser perfecta; y por eso, yo, que busco la perfección con ansia generosa, yo, que sólo en lo perfecto podría saciar mi sed de amor, me aparto con hastío de cuantas mujeres enamoro, no tardando en comprender la distancia que las separa del ideal con que sueño. Por eso soy inconstante, por ver si me dan todas las mujeres lo que una sola no me puede dar... La abeja que no encuentra bastante néctar en una flor para labrar su miel, la busca en varias. ¿Y alguien la acusa por eso? Pues ¿por qué se ha de culpar á D. Juan porque, no hallando el amor que necesita en una mujer, procure encontrarlo en muchas?

»¡Ah!... Si á mí me diera Dios amplias facultades, haría fácilmente de dos ó tres docenas de mujeres la mujer de mis sueños. Con exquisito cuidado escogería de una la boca riente, fresca y sana; de otra los ojos profundos y serenos; de una rubia el pelo espléndido de oro pálido; de una morena el cutis de entonación caliente; á una alma poderosamente artística la dotaría de un temperamento que tendiese al amor, como el ave tiende al espacio, y hasta buscando cuidadosamente ya encontraría para completarla un corazón femenino medianejo. Y con una mujer así, el terrible *don Juan* se convertiría en un marido pacífico y bonachón, dedicado tan sólo á cuidar de su mujer, y quién sabe si de sus hijos...

»Tú, mi mejor amigo, ya que eres tan sabio, ¿no podrías?...»

—Hombre—dijo en cierta ocasión el nigromante, después de oír por centésima vez esta perorata,—quién sabe si podría satisfacer tus deseos. Ya hace tiempo que no hago milagros, porque es cosa un tantico aburrida, y además, porque estoy convencido que el milagro es un abuso de confianza. ¿Por qué te asombras?.. Sí, señor, un abuso de confianza. La naturaleza nos revela á unos pocos escogidos sus más caros secretos; y si esos pocos, abusando de estos secretos, generosamente revelados por la madre común, fuer-

zan y tuercen sus leyes, se portan como unos traidores. Pero, en fin, por esta vez le faltaré á la amiga, para servir al amigo. Déjame darles un limpión á los chirimbolos del oficio, que con la falta de uso estarán mohosos y llenos de herrumbre, y yo te prometo que haremos una mujer perfecta y á tu gusto.»

Y con esto se despidieron, porque á don Juan le estaba esperando una morena magnífica, arrogante como una Juno, de caderas poderosas, boca llena de besos y ojos soñadores... pero que tenía el pelo negrísimo y brillante. ¡Desgracia mayor!...

IV

El sabio milagrero no era, como pudiera suponerse, un buho humano, que se pasase la vida encerrado en un laboratorio obscuro, lleno de retortas y telarañas. Era un sabio de buena sociedad, pulcro y distinguido en su persona y en su trato. Había corrido mucho mundo y muchas aventuras, y doblado ya el cabo de los cuarenta, se retiró á *la buena vida*, acogiéndose á la ciencia como á una querida fiel, y que siempre tiene algo nuevo que decirnos. En su elegante laboratorio, junto á las ventradas retortas de alargado cuello y los pergaminos escritos con caracteres exóticos, veíanse vasos de labor delicadísima, llenos de flores vistosas y aromáticas; junto á los aparatos de física ó de astronomía, convidaban á descansar mullidos asientos, en los que el cuerpo toma actitudes perezosas, demostrando todo esto al observador, que el bueno del sabio unía la vida muelle y regalona con la ciencia en inquebrantable consorcio. Sabía mucho y ocultaba más de la mitad de lo que sabía, para que sus amigos no acabaran de aborrecerle. Era dichoso á ratos, y con esto se contentaba.

No echó D. Juan en saco roto la promesa de su amigo, y varias veces le preguntó por el milagro; pero siempre le contestó el nigromante que andaba á caza de no sé qué misteriosa fórmula, sin la cual nada conseguirían.

Pasó tiempo y más tiempo. D. Juan viajó cosquistando hermosuras, como viajaba Alejandro conquistando ciudades. De vuelta de su gloriosa expedición preguntó al sabio por la fórmula.

Aún no la había encontrado...

Dejaron de verse una temporada. El sabio buscó á su amigo y lo encontró después de varios días, paseando solo, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja por las afueras de la ciudad.

No mostró D. Juan alegría al verle, ni siquiera le preguntó por el milagro consabido.

—¿Qué te haces?

—Nada.

—¿En qué piensas?

—En nada.

No hablaron una palabra más, y ya anochecido se despidieron, D. Juan serio y triste y el nigromante restregándose las manos de satisfacción.

Aquella misma noche hizo averiguaciones y le dijeron lo que él ya suponía. Que D. Juan desde hacía algún tiempo no frecuentaba el círculo de sus amigos; que gustaba de andar solo por paseos extraviados, él antes tan amigo de la bulla; que rondaba asiduamente cierta calle en la que vivía una D.^a Inés no del todo fea, y que le suponían enamorado, pero enamorado de veras de la tal.

—¿Conque enamorado? Esto marcha—murmuró el sabio y citó á su amigo en el laboratorio para la noche siguiente.

—Encontré la fórmula—le dijo cuando le vió entrar á la hora de la cita,—y cumpliendo lo prometido, voy á hacerte ver todas las que han sido y son asombro del mundo por su belleza. Tú vas escogiendo de cada una la cualidad que más estimes, y al punto surgirá ante tu vista la mujer de tus sueños.

Dicho esto, se ciñó un cinturón lleno de signos misteriosos, cogió una varita de oro y empezó á trazar con ella círculos en el aire, mientras pronunciaba lentamente y con voz hueca palabras incomprensibles.

Se oyeron las voces de un coro sin letra, sencillo y repo-

sado. El fondo hasta entonces obscuro del laboratorio comenzó á iluminarse y á los reflejos de una luz opalina y sonrosada se pudo ver un admirable grupo.

—Ahí tienes—dijo el nigromante señalando con la varilla—lo más hermoso que hizo Dios, que labró el escultor y que soñó el poeta. Junto á Cleopatra la Venus de Milo, junto á Friné Ofelia, junto á Aspasia Beatrice. ¿Qué quieres de cada una?

D. Juan miraba con indiferencia al adorable coro. Pero de repente sus ojos se encendieron y sus labios temblaron, porque en segundo término, obscurecida por la presencia de cien hermosas, con su naricilla incorrecta y su boca algo grande, vió á su Inés, á aquella D.^a Inés no del todo fea, de la que andaba enamorado.

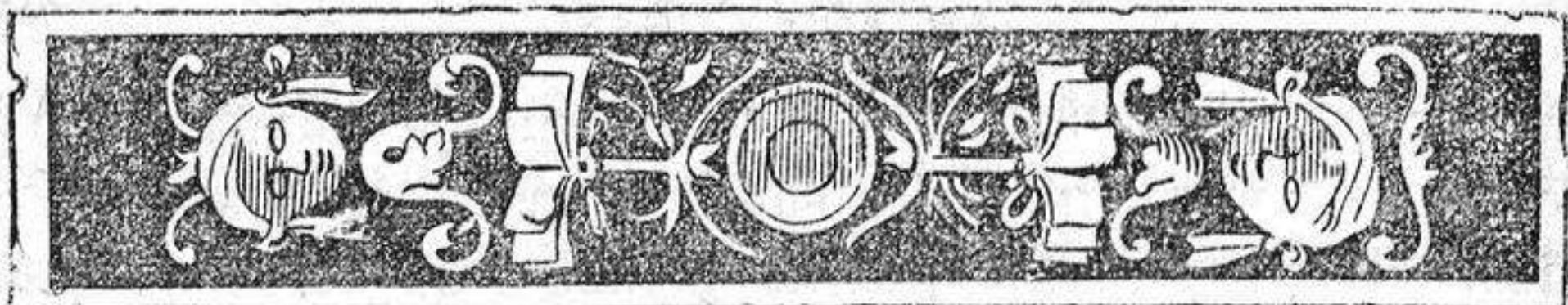
—Quiero para hacer la mujer perfecta—dijo sin mirar á tantas sublimes bellezas, por las que otros hombres habían hecho tantas sublimes locuras—el pelo de Inés, y la boca... de Inés, y los ojos... de Inés... ¡y todo de Inés!

El sabio rompió á reir estrepitosamente, gritando: ¡como lo dije! y de tal modo rió que la varilla se le cayó de las manos y la visión desapareció de pronto.

—Me pedías un milagro—le dijo á D. Juan cuando logró tranquilizarse,—y el milagro está ya hecho, aunque no sea yo su autor y aunque no haya consistido en hacer una mujer perfecta, sino en que á ti te lo pareciese. El prodigio que me pedías lo ha realizado por mí el amor, que es el que siempre lo realiza —¡Vete con tu Inés, la más perfecta de las hermosas!... Ya no eres temible para los padres ni para los maridos; perdiste tu talismán. Te has enamorado y eres una criatura inofensiva... ¡Así acaban todos los *Don Juanes*!

JOAQUÍN PAYÁ.





ANTAÑO Y OGAÑO

PÁGINAS SUELTAS

Si nos pudiéramos trasladar por arte mágico á los tiempos, no de antaño, sino hacia promedios del siglo presente, muy ocupado estarías, lector, preparando ó, mejor dicho, viendo preparar á tu parienta las colgaduras y el refresco obligado de cerveza y limón, azucarillos para endulzar agua, dulces y bartolillos, y con las unas va á engalanar tus balcones y con los otros á obsequiar á tus parientes, tertulios y amigos, si tenía la suerte que el Dios grande pasase por tu calle, con gran contento y alegría de la gente del bronce, que lo solemnizaba con la histórica cuajada y el indispensable baile, y el gozo de los chicos de ambos sexos, que con permiso de señora madre y del señor padre, ó de papá y mamá, como ya se decía en la época á que nos referimos, daban de mano á la gramática del P. Hornero ó la historia del padre Isla, y á la faena del dobladillo y punto de Flandes, para ocuparse con creciente afán de cortar aleluyas sin descanso ni sosiego, las que, colocadas en grandes cestos, se depositaban la noche antes en la cómoda del gabinete y en la consola de la sala, haciendo compañía á los monumentales ramos de lilas que á un mismo tiempo habían de caer sobre el palio, y recibir la expresión de gratitud del cofrade amigo que, ador-

nado con el vistoso frac de inconmensurable solapa, ó con su ostentosa levita, empuñaba suntuoso cetro de plata, sin olvidar el indispensable guante blanco ó de color de caña, que era de rigor, y el blanco pañuelo de batista ó de nipis que sirvió para sostener la vela rizada el día memorable en que se unió el celoso sacramental con su conjunta persona, la que al verle pasar arrima un cariñoso pescozón á los chicos que, locos de gozo, corresponden á la meliflua insinuación arrojando sobre el autor de sus días una lluvia de las históricas aleluyas del hombre malo y la mujer borracha, en tanto que la parienta dice para sus adentros de modo que la escuchen los de afuera: «No hay quien lleve la levita con tanta elegancia y fantasía como mi Pepe,» el que la dirige una intranquila y suplicante mirada, temeroso que el verjel atado con una cuerda que sostiene su derecha mano caiga impelido por el conyugal entusiasmo sobre su bien rizada é historiada cabellera.

Entonces, que no había más que un solo Dios, y á sus expensas se hacía lo bueno y lo malo, desde que alboreaba se preparaban los vecinos de la capital á celebrar el paso del Santo Viático, y los gritos de ¡aleluyas finas, *aleluyaaaas!* y *¡lilaaaas* de la Casa de Campo! eran los primeros anuncios de tan religiosa como celebrada fiesta; hoy, repitiendo aquello de á otros tiempos otras costumbres, hemos suprimido á Dios para convertirnos cada quisque en uno y hacer que nos adoren y adorar simultáneamente á otro que forma nuestro capricho, nuestra afición, nuestro orgullo, nuestra vanidad y nuestra envidia, y que al fin, como es y somos de carne y hueso, sale y salimos respectivamente por las de Pavía y nos da y damos á las primeras de cambio cada desengaño que canta el credo.

Por eso sin duda ha decaído esta costumbre y ya no se ostentan los pañuelos de Manila ni las colchas de Filipichí con que se adornaban los portales de las casas donde habitaba algún impedido, y que volvían á salir del fondo del cofre el día de la Cruz de Mayo, fiesta popular y característica con que se inauguraba el mes de las flores, que de galante y caballeresca, como la pinta D. Antonio Hurtado en su co-

media *La Maja* y en su leyenda del mismo nombre, se convirtió en chistosa, picante y un tanto desenvuelta y provocativa, como la relata Flores, y hoy, en vez de haber corregido merced á la luz de la civilización y á los adelantos del siglo los lunares que la empañaban, se ha hecho imposible, sin que lo hayan impedido los esforzados sostenedores de la ilustración popular, que apesar de las escuelas públicas gratuitas, las novelas por entregas, las reuniones políticas, los derechos individuales, las publicaciones de modas y los círculos al alcance de todas las fortunas, nuestro pueblo ha perdido su carácter peculiar; su ilustración se refleja en la oratoria del círculo ó de la taberna, en la asistencia á las vistas de causas, en la lectura de los sucesos del día y en aumentar la pedigüeñería sin justa causa, bien intimidando con la tea en las sombras de la noche ó á la luz del día, bien demandando limosnas no de muy buenos modos, con la lengua tan expedita como los remos, á vista, ciencia y paciencia de los transeuntes, que no encuentran ni la reprensión de las autoridades para los unos, ni los resultados benéficos de los asilos que sostiene la caridad inagotable y proverbial entre nosotros.

Sin embargo de esto, no te apures, lector amigo, que si no encuentras ya los *mayos*, ó sean los robustos pinos que, adornados de pañuelos, flores, frutas y golosinas, gallardeaban enfrente de la casa de la graciosa manola y la despierta lugareña, ahora verás cómo todo esto se luce en el contorneado cuerpo de la airosa madrileña, en los cestos de los maliciosos lugareños que venden las proverbiales rosquillas de la tía Javiera, y cómo los pitos, campanillas y otros excesos que ilustraban el bien perjeñado mayo, se presentan á tu vista en la romería de San Isidro, donde quiero llevarte con ropilla y ferreruelo, con casacón, chupa y redecilla, y con blusa, con marsellés, con americana, con fraque y con todos los atavíos femeninos, desde el tontillo y guarda-infante, vestido de medio paso, basquiña de sarga, rebocillo, sombrero á la *dernière*, pañuelo á la cabeza y montera manchega, y ya en calesa ó calesín, tartana de baúl, carroza, carro, ómnibus, tres por ciento, simón, tranvía y *landeau*, allá llegaremos.

Vuelve atrás la vista, pero muy atrás y figúrate en los altos de San Isidro, escuetos, áridos, sin que los fúnebres acompañantes cementerios que le rodean existieran, ni se alzara otro edificio que el de su capilla, elevada en honor de nuestro santo patrón, sobre la peña donde brotó el agua que calmó la sed de Juan de Vargas, la que, según el testimonio de Mesonero Romanos, se diferencia poco de la actual.

Antiguo es el origen de las romerías, y no hemos de echarla de eruditos á poca costa, repitiendo lo que todo el mundo sabe, una vez que basta y sobra para nuestro propósito que nuestros lectores recuerden que es tradicional esta fiesta, y que desde Felipe II, ó antes, es día de grato solaz para el pueblo madrileño el 15 de Mayo.

Figúrate, lector de mi alma, aquel campo erial, bañado por el sol, sin más sombra que la que tú haces, sin más agua que la que vergonzosamente se desliza por el pudoroso Manzanares que, como ha dicho un poeta contemporáneo, «hay que hacer un hoyo para mojar un tobillo;» figúrate, repito, aquel desierto, poblado en semejante día por puestos de bebidas, aloja y barquillos, y de toda clase de comestibles, que de seguro no tendrían que envidiar en cantidad y calidad á los que hoy toman tierra en aquellas ídem, con satisfacción del Municipio, que cobra bien (cosa que sabe hacer con primor y con rigor) cada pie de terreno.

Figúrate á los vendedores de entonces, que aunque no pagaban impuesto municipal, imponían su averiada mercancía con más prudencia, con menos gritos y con más salero que hoy, aunque eso de la sal española tiene herencia y tradicional representación en el pueblo madrileño.

Fíjate bien en el pobre desvergonzado y procaz, que cojeando por el día, y milagrosamente sano por la noche, te ensordece con sus gritos, te entristece con sus lamentos, y emplea en su demanda desde la palabra más *gráfica* hasta la acometida más brusca, dando á entender que es el legítimo ascendiente del que hoy figura en la inmensa pléyade de la industria mendicante.

Repara en aquella despierta muchacha, pizpireta y revol-

tosa, que va y viene y hace señas á un apuesto galán, benemérito de la cofradía de los *Lindos* de aquella época; mírale cómo se acerca al mismo tiempo que avanza una dama, que el *rostro en el manto esconde*, y con un ojo mira al galán y con el otro á la dueña, que haciendo cruces y genuflexiones al pasar por el santuario, al par que se santigua con la derecha, con la izquierda invita á que se acerque un soldado fachendoso, que ejecuta con cautela y maliciosa precisión las órdenes de un bizarro capitán de los tercios de Flandes, que mira de soslayo y con mal reprimidos celos al galán, que le corresponde con descarada altivez. Fíjate bien, y verás cómo avanzan el soldado, el capitán, el galán, la dama y la dueña alargando la mano á escondidas para recibir algo á las claras, se reúnen guiados por distintos afectos, y de aquella unión produce el rompimiento; la nube estaba cargada, la tormenta estalla, las tizonas relucen, los alguaciles y los familiares de la Santa husmean carne muerta, el alcalde de casa y corte avanza lentamente, y un abate bien pintado, compuesto, entra y sale por los corros, se acerca á los coches, y la noticia vuela, hasta que llega de boca en boca, comentada y descompuesta, al mentidero de San Felipe, como ahora llega en tiras de papel continuo de casa en casa, para bifurcar, como entonces en los aristocráticos paseos y las suntuosas moradas de próceres y magnates, donde se comentaban á gusto del consumidor.

Aquella algazara, aquel ir y venir, aquellos gritos y aquel incesante clamoreo, acompañados de músicas, pitos, campanillas y alegres y *expresivas* canciones, las puedes ver reproducidos á fines del siglo pasado y principio del presente sin más que cambiar la ropilla del *lindo* por la historiada casaca del currutaco, el vistoso arreo militar del capitán de los tercios por la llamativa casaca del guardia de Corps, sustituyendo á la muchacha despierta entrometida por la manola de Lavapiés ó de las Vistillas, al soldado desharrapado y maltrecho por el atildado manolo, á la dama encubierta por la doncella recatada que mira de soslayo, dejando á la dueña en todo su esplendor conversando con el padre pedigüeño de San Francisco, con el santero y el peregrino que abre paso á la

ronda del corregidor, cuya presencia es recibida con muestras de exagerado respeto y con sus puntas de veneración, la que no evita las riñas y peleas que fueron siempre la comidilla ó el resultado de alguna conspiración encubierta entre los partidarios de Godoy y los afectos á Jovellanos, muy propia de aquellos seráficos tiempos.

La animación es creciente y no se extingue ni con el tiempo ni con las circunstancias, y llega hasta nosotros presentándote las mismas personas con las mismas tendencias, con iguales aspiraciones, sin disfraz, con franqueza y diciendo á voces que las costumbres de hoy son el telón descorrido de las de ayer, y verás en los amantes de ogaño, lo mismo que los de antaño, persiguiendo al descubierto, más que la belleza física y moral de la mujer, el dote que tiene y oculta, ó el que sin tener confiesa.

Al padre ó al hermano ó al tutor que en tiempos atrás dejamos envueltos entre las sombras, meditando á *Secreto agravio secreta venganza*, midiendo con el compás de la ambición las cualidades metálicas del novio, sin curarse de que éstas salgan fallidas y que el horizonte brillante pintado por sus risueñas ilusiones se convierta en triste realidad. La criada marisabidilla y lenguaraz, la maja de rumbo descocada y provocativa, el asistente ladino y respetuoso á la par que altanero, convertidos como por encanto en la doncella de labor confidente de la señorita ó en la peinadora que toma el pelo y las propinas del aspirante á marido, en soldado bisoño con menos lengua y más gramática parda que el veterano de los tiempos viejos y en el ayuda de cámara patilludo y encorbatado que en la misma bandeja de plata que entrega los memoriales del pretendiente, ó las cartas del amante, lleva ocultas sus pretensiones de hombre público, aun cuando sea de octava clase, ó las de marido si la ocasión se presenta, que por algo y para algo cambió el azadón por los guantes, la zamarra por el frac, las alpargatas de cáñamo por las atildadas botas de becerro mate y el descomunal sombrero ó la gorra de pellejo por el hongo de la última moda ó la galoneada gorra con su correspondiente corona.

Se echa de menos en el cuadro el fiel trasunto de la dueña

y del lego pedigüeño ó del rodrigón que con incisivo gracejo pintaron Quevedo en sus inimitables sátiras, Cervantes en sus *Novelas ejemplares* y Tirso en sus intencionadas comedias; búscalos, que poco trabajo te costará encontrarlos, disfrazada la una de institutriz española, inglesa, rusa ó china, sombra de su educanda, que la enseña lo que no debe saber, que la ayuda las más veces á caer y que en los combates de amor está á la que salta por si puede aprovecharse de lo que sobra, y en el bohemio á la moderna, cosmopolita social que en todas partes vive, que nunca hace falta y siempre estorba y que, esgrimiendo magistralmente el sable, vive de lo que le dan, gasta de lo que pide, se viste de lo que se tira, y así va tirando sin cubrirse la cara con ningún antifaz y siendo señor de todas las haciendas, á cuya sombra vive criticando y odiando á todos los que le favorecen.

Todas estas figuras las verás iluminadas por un sol resplandeciente, una temperatura primaveral, y Dios quiera que así sea, porque si el sol se nubla, la temperatura cambia y las nubes se desgajan, puede muy bien suceder que, como no hace muchos años, pague los vidrios rotos el santo protagonista de la función.

Pero si esto no sucede, verás el cuadro de género más característico que puede darse, adornado del histórico botijo, las legendarias rosquillas, el estridente pito, la abigarrada caricatura de barro, las fondas, figones, tabernas y tugurios donde se come al por menor, se bebe al por mayor y se paga por partida doble, es decir, donde se come mal, se bebe peor y se paga mucho, sin que esto entibie la alegría, el gozo que se refleja en todos los semblantes, que están diciendo á voces «éste es un pueblo feliz,» y efectivamente lo es y lo ha sido siempre, porque siempre supo, sin darse cuenta de ello, barajar las dos tendencias antitéticas y opuestas, que significan su carácter, la envidia y la intolerancia, las que ya por el año 61 hacía notar el notable escritor D. Eugenio Ochoa en su bien escrito libro *París, Londres y Madrid*.

Notas que reflejan su carácter en la frase «Tengo lo que me basta, y necesito mucho más de lo que tengo,» que á su vez se retrata en una indiferencia ó quizás un sufrimiento de

todo aquello que le atañe directamente y una efervescencia incomprensible en lo que verdaderamente no le afecta de un modo directo, convirtiéndonos á todos los españoles por un lado en víctimas propiciatorias de los que explotan estas dos tendencias y en tiranos de nosotros mismos, que no sabemos sacudir el yugo que nos imponemos, con el que, como hemos dicho antes, sabemos contemporar, pero no sabemos vencer, y así lo prueban como testigo de mayor excepción los dos prismas al través de los cuales se puede apreciar nuestro pueblo en general.

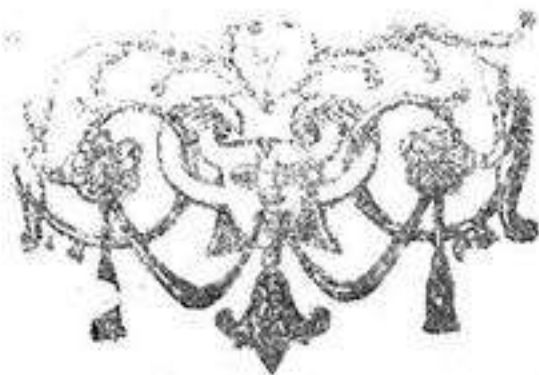
Una parte de él sufrida, resignada y paciente á prueba de abusos de todo género, de imposiciones de todas clases, de ilegalidades de toda especie, que se resignan con la escasez, que no espera más que á poder vivir con un mediano pasar, aficionada al trabajo, á la economía y al ahorro; y la otra intolerante, altanera, ambiciosa hasta el extremo, rindiendo un intolerable culto á la holgazanería y haciéndose protectora de la otra, cuyas virtudes se apropia y diviniza, pero de la que no hace caso, y vistiéndose con su honrado ropaje, la critica y ridiculiza, extremando su protectorado hasta el punto de pretender sea aquélla la que ampare y proteja sus bastardas aspiraciones, y sólo en momentos excepcionales se unen y coinciden en una misma idea, no siendo por lo regular y por desgracia las soluciones que de esta unión resultan las más beneficiosas para el país, desviándose al realizar el pensamiento común del camino que se trazaron al iniciarle, consecuencia lógica de que éste no es hijo suyo, sino inspirado por extrañas influencias, que saben lo fácil que es traer á ese terreno á los que, blasonando de altanería, independencia, valor, abnegación, justicia, igualdad y legalidad, se dejan guiar por el primero que se les acerca, el que cuida siempre de tenerlos á oscuras y no moldean su inteligencia con el buril de una sana doctrina, que produce un recto juicio y un imparcial criterio.

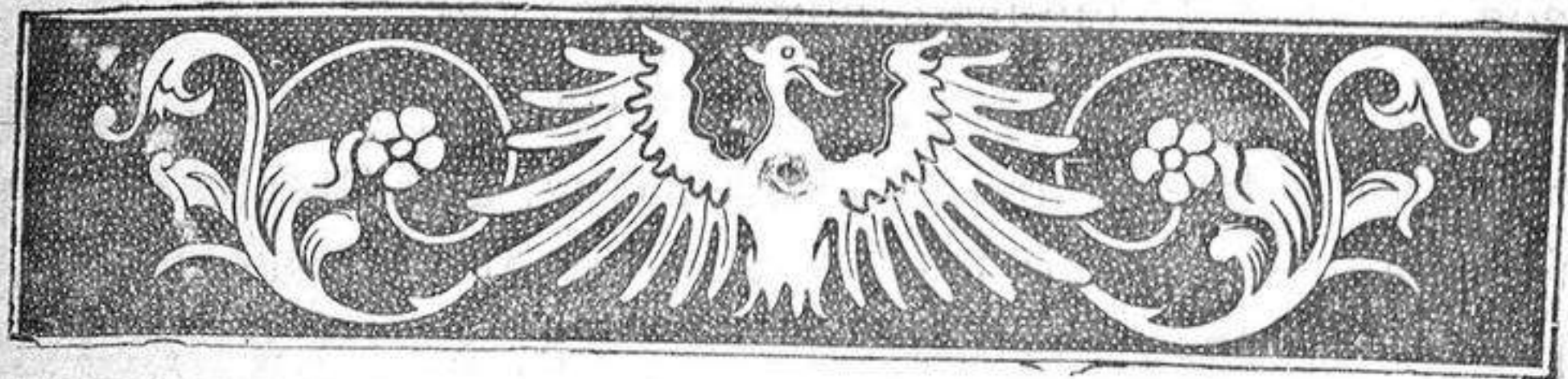
No sé, complaciente lector, si habré defraudado tus esperanzas apuntando estas reflexiones al considerar que nuestras costumbres conservan siempre el mismo germen, y desde los movimientos populares de D. Juan II, las Comunidades en la

época de Carlos V, los de Oropesa reinando Carlos II, el de Esquilache en el de Carlos III, hasta el 2 de Mayo de principios del siglo, dicen lo que somos y que no somos felices porque no queremos, y no queremos porque no podemos, y no podemos porque los defectos morales, como los físicos, cuando son nativos se corrigen, pero no se curan.

Y si quieres que por fin y postre de estas líneas te dé un dato más que confirma esta opinión, te diré que no he incluido en el relato de este mal perjeñado artículo la procesión cívica al monumento del Dos de Mayo, porque me ha parecido ridículo que nos acercásemos á él hablando en francés, dominados por la moda francesa, bebiendo burdeos cuando las fronteras se cierran para nuestro valdepeñas, y entonando *sotto voce* á voz en grito la Marsellesa como desahogo patriótico nacional.

RAMIRO.





EL ARTE INDUSTRIAL EN ESPAÑA ⁽¹⁾

BREVE OJEADA HISTÓRICA DEL PROGRESO ARTÍSTICO EN ESPAÑA

I

No entra en nuestro propósito trazar la historia del mobiliario antiguo, reseña que nos apartaría de nuestro objeto y que ha sido estudiada con gran detenimiento por personas competentes (2), habiéndole consagrado recientemente su atención el ilustrado catedrático D. Francisco Giner (3), que ha descrito con lucidez el que se usaba en los tiempos pasados, á saber: en el antiguo Oriente, en Grecia, Roma, período bizantino, románico y de los siglos posteriores; pero no podemos prescindir de trazar á grandes rasgos un rapidísimo bosquejo del desenvolvimiento artístico nacional, que está tan íntimamente conexionado con el progreso de las artes industriales á que se contrae este estudio.

(1) Véase la pág. 128 de este tomo.

(2) *Tableau historique des costumes, mœurs et des usages des principaux peuples de l'antiquité et du moyen age*, par Robert Spallart.

Dictionnaire raisonné du mobilier français, par E. Viollet-le-Duc.

Dictionnaire de l'amueblement et de la décoration depuis le XIII siècle, par Henri Havard, 4 tomos.

Muebles y tapices, por F. Miquel y Badía. Barcelona, 1879.

Melani, *Decorazione industriale artistica*. Milano, 1889.

(3) *Estudios sobre artes industriales*, Madrid, 1892.

Hay una región que fué en la antigüedad la tierra de promisión del arte y su verdadera patria. La Grecia tuvo la fortuna de recoger todos los acentos armoniosos dispersos por el Oriente, y fundiéndolos en el crisol de su radiante inspiración, consiguió erigir un templo á la hermosura en su pristina pureza.

Todo contribuía á hacer al pueblo heleno esencialmente artista, la belleza de la raza y de la naturaleza, la educación distribuída entre los juegos de la palestra y los ejercicios de la inteligencia, las instituciones políticas y las poéticas fábulas de su mitología, alcanzando las artes bellas tal esplendor, que la forma clásica de las obras maestras de Fidias se considera como la perfección humana de la expresión plástica, y el sentimiento de las proporciones fué tan profundo en la arquitectura, que lograron hermanar en la pureza de líneas del Partenón el encanto de la gallardía con una suavidad armoniosa, reveladora de la grandeza de aquella raza.

El cetro de la civilización pasó á Roma, nación que, constituida sin influjo extranjero, se formó un carácter moral y civil peculiar, siendo su mayor aptitud la de la administración y gobierno; copió los monumentos griegos, pero careciendo del exquisito sentimiento estético del pueblo heleno, sustituyó los primores del gusto y del genio con el afán de ostentación, halagador de los sentidos, propio de su soberbia, sin que llegase á elevar el espíritu á las regiones de la especulación y de la ciencia pura, ni á consagrar á las artes delicadas el culto entusiasta que alcanzaron en las riberas del Egeo. Cuando creció en poderío, subordinó todos sus actos al afán de conquista y de dominación; creó la jurisprudencia, y para comunicarse con tan vastos Estados, desarrolló las obras públicas, cuyos vestigios admiramos aún en los puentes y acueductos romanos. Deslumbró á pueblos menos cultos con monumentos que revelaban grandeza y fausto, á cuyo efecto transformó la arquitectura griega con la amalgama y superposición de los órdenes, é introdujo en sus construcciones la bóveda etrusca. Su larga dominación en la península ibérica se manifiesta no sólo por los restos

de los caminos y miliarios romanos, sino también de los anfiteatros, termas, urnas, estatuas, arcos, lápidas y joyas extendidos por diversas regiones, y que de algún tiempo á esta parte se van recogiendo cuidadosamente en el Museo Arqueológico Nacional y en los provinciales.

II

Á los vivos resplandores del cristianismo cayeron los ídolos gentílicos, pero tan fausto suceso coincidió con la irrupción de los bárbaros que invadieron el suelo de Europa, cual alud devastador que arrolló ciencias, artes y cultura, sumiendo al Occidente en la tenebrosa noche de la Edad Media; de modo que la breve dominación de los visigodos en España no fué un período propicio para el desarrollo del arte arquitectónico, tanto por el atraso que produjo en la cultura aquel formidable cataclismo, como por efecto del fraccionamiento y de las guerras religiosas; pero el cristianismo, con su benéfico influjo, iba amansando la fiereza de los sucesores de Wamba, y no cabe duda de que á los modestos baptisterios y cruceros enclaustrados de la época goda hubieran sucedido en tierra española formas progresivas en el desarrollo del arte, porque el genio vigoroso de las razas del Norte era el llamado á fecundarlo con su exuberante originalidad, iniciando la regeneración en las formas toscas é informes de su primitiva rudeza, para elevarse sucesivamente á las manifestaciones más idealistas de la comunión cristiana; pero la nueva invasión de los sectarios de Mahoma ahogó en nuestra patria aquellos primeros destellos.

El progreso artístico se refugia tras largo eclipse en el Imperio Bizantino y el Califato. El primero se esfuerza por emanciparse de las tradiciones romanas, rompe al efecto las reglas de Vitrubio, adopta las bóvedas para cubrir las naves de las iglesias y encuentra una nueva expresión del arte en las cúpulas esféricas y en la decoración fastuosa de los pueblos orientales, levantando el grandioso templo de Santa Sofía, tan superior á las basílicas romanas.

Cuando termina la conquista de los árabes, convierten los Abassidas á Bagdad en la Atenas del Oriente, y más adelante, bajo el espléndido cielo de Andalucía, dejan pruebas bien palpables del grado de cultura que alcanza en tierra española su civilización, en los baños, oratorios, escuelas, hospitales y hospicios (1), que constituían una institución piadosa para socorro de los desvalidos; en las *madrisas* que sostenían á fin de dar sólida educación á los niños pobres, así como en las calles pavimentadas, los jardines que refrescaban el aire en las plazas públicas, los paseos margenados de árboles, en donde el pueblo se regocijaba; en su sistema de riegos, en los esbeltos minaretes, el encantado palacio de Ruzafa con sus fuentes esculpidas en jaspes con figuras de animales y cisnes de plata, y los originales alcázares de su brillante arquitectura, en los que lograron crear, con el empleo del ladrillo, del estuco y de los azulejos, las ricas filigranas y preciosos alicatados de su fantástico arte ornamental, cuyos vestigios admiramos todavía en Granada, Sevilla y Córdoba.

En cambio, como iconoclastas que eran los islamitas, no pudieron dejarnos muchas obras de arte de pintura y escultura copiadas de la efigie humana, limitándose en esta materia á hacer toscas imitaciones de animales dañinos, como escorpiones y serpientes adoptados á modo de amuletos, pues aun los leones de la Alhambra significan marcado relajamiento de los ritos religiosos (2). D. R. Contreras observa, sin embargo, al discutir la procedencia de las pinturas de la Sala de Justicia de la Alhambra, que en los país es de Oriente estaba admitido el retratar á adivinos y recitadores que abundaban en las cortes de los califas, y que en Granada se labraron algunas esculturas de hombres y animales y se fundieron bronces, pareciendo extraño se impusieran el veto de no pintar lo que de mil maneras esculpían.

Como prueba del desarrollo que adquirieron en aque-

(1) El restaurador de la Alhambra, D. Rafael Contreras, afirma en su notable obra *Estudio descriptivo de los monumentos árabes*, que en ningún país del mundo vióse desarrollo tan grande en menos tiempo.

(2) L. Viardot. *Las maravillas de la escultura*. Traducción de D. E. Ochoa.

llos tiempos las artes industriales, haremos algunas breves indicaciones. Los moriscos cultivaron con éxito la cerámica, que procedente de Persia la introdujeron en la Península antes que en ninguna otra nación europea. Calatayud y Málaga (1) fueron los primeros centros de fabricación, cuyos productos conservaron el estilo oriental, con tono azulado y hermosos relieves de brillo metálico, perdiéndose el secreto de composición; de allí salieron las placas esmaltadas para la decoración interior de los edificios, así como los platos grandes llamados aljofainas de tonos blancos y rojos y reflejos cobrizos, cuyos ejemplares se conservan en Granada, admirándose en la Alhambra el magnífico jarrón hispano-morisco de forma elegante, decorado con caprichosos antílopes y preciosos arabescos en colores castaño y azul y de suave barniz metálico sobre fondo amarillento. Puede asegurarse que fué obra española el desarrollo de tan bella industria, y el estudio de los barnices opacos y de las medias tintas que revelan los ejemplares de Granada, demuestra que fueron los precursores del efecto artístico que más adelante causó tanta admiración con los esmaltes de Palissy. Los platos malagueños de aquella época son tan estimados por los aficionados, que alcanzan actualmente en París los precios de 800 á 2.000 francos por cada pieza (2), y el nombre de mayólica con que se conocían las fuentes pintadas de colores y reflejos metálicos es una corrupción de la palabra mayórica ó procedentes de Mallorca (3), que se aplicaba á sus productos de loza vidriada en las costas italianas.

La confección de mosaicos de pequeñas piezas constituyó una industria tan importante como delicada, según lo demuestran los preciosos ejemplares de bellísimos barnices de colores que decoran los edificios de origen árabe, habiénd-

(1) La primacía de Calatayud respecto de Málaga la ha demostrado don Juan Facundo Riaño en su libro *Spanish Arts*, en el cual, así como en el de *Cerámica, joyas y armas*, de D. F. Miquel y Badía, se hallarán pormenores de esta materia.

(2) *Le home*, par R. Delafontaine.

(3) D. Alvaro Campaner y Fuertes sostiene que no se fabricó en Mallorca la loza hispano-morisca, sino la de tierra cocida muy fina y bien trabajada.

dose perdido esta manufactura hasta los tiempos modernos, para convertirse en los toscos azulejos destinados á usos más vulgares.

La orfebrería, que era de carácter bizantino, adquirió notable desarrollo, así como la fabricación de collares y brazaletes de oro, el cincelado de adornos, las incrustaciones de metales y los esmaltes. La preciosa empuñadura de la espada que se conserva en el Generalife y los cincelados de los cascos, almojares, capacetes, estribos y hebillas que de vez en cuando se descubren en Andalucía, demuestran, según el Sr. Contreras, los adelantos de este difícil arte, y la cerrajería se señala por dos rarísimas arcas de hierro para conservar caudales, que se encuentran en Granada, ejecutándose todos estos trabajos con los escasos elementos mecánicos que entonces poseían. El bronce se fundía en piezas de bastante magnitud, haciendo esculturas de grandes dimensiones, de formas humanas y animales perfectamente modelados. Hay en el Museo Arqueológico Nacional una lámpara ejecutada en Granada en tiempo de Mahomed III, de forma piramidal y preciosos calados.

Los árabes plantearon también en España la industria de tejidos de seda, que destinaban á los vestidos de las mujeres, á cubrir divanes y al comercio con los cristianos; los corpiños y jubones de fustán, bordados de colores y recamados de oro, los caftanes de seda y los caireles formaban parte de los hermosos vestidos de aquellos tiempos.

Los muebles eran prodigios de paciencia y de habilidad, con embutidos de nácar y concha y taraceas de metales preciosos. Los cueros llamados tafiletes y cordobanes, por la ciudad de su procedencia, se usaban en los vestidos, en los arneses, asientos de los divanes, así como en forrar las paredes, y por su bello relieve y dorados continúan siendo de elegantísimo aspecto, como lo prueba su celebridad y empleo en palacios modernos, como el de Rothschild en París, aunque suponemos que estos productos procedan de la industria moderna de aquella capital.

Fabricaban papel de algodón y tejidos de brillantes colores; la palma, la pita y el esparto hilado cubrían los suelos

y zócalos de las casas modestas. El arte de la librería tomó extraordinario desarrollo, considerándose como nobles los oficios de librero, encuadernador y copista, y por último, los constructores de edificios formaban sociedades que guardaban sus secretos científicos para el exclusivo provecho de los afiliados, siendo muy sensible que no hayamos utilizado debidamente en provecho de las artes españolas los reflejos de ese poético mundo oriental, con el que, por desgracia, estuvimos en forzoso contacto durante tantos siglos.

III

A medida que íbamos arrojando á los agarenos tras de titánicas luchas, desde la empinada cordillera pirenaica hacia las playas mediterráneas, época de cruentas guerras religiosas entre la cruz y la media luna, extendidas desde el Oriente al Occidente, se desenvolvía el arte arquitectónico cristiano en sus diversas manifestaciones, con caracteres propios y privativos, sin ningún linaje de mezcla ni conexión con las tradiciones de los pueblos conquistadores; apropiado á aquellos tiempos de fe y abnegación y de profundo sentimiento religioso, presentándose la vigorosa renovación de la arquitectura, iniciada en la lombarda y románica, pero que adquirió su verdadera expresión en la forma ojival, ofreciendo la catedral gótica, con la elevación de sus naves, las apuntadas ojivas, las esbeltas columnas, los arcos botareles, los calados imafrentes y agujas y el predominio de las líneas verticales, un sentimiento hondo de armonía y aspiración hacia el cielo que refleja la exaltación religiosa, alimentada por la antorcha de la fe é inspirada en las sublimes visiones del éxtasis.

Erígense durante la Edad Media, por arquitectos anónimos, los prodigios artísticos de León, Toledo, Burgos, Barcelona, Tarragona y Sevilla, sin más escuelas para sus inspirados artífices que el aprendizaje de cantería y de la imaginaria, que se apodera de los prolongados derrames de las portadas para alojar severas figuras de apóstoles, reservando

el pilar divisorio para la imagen de la Virgen. En el siglo XIV la escultura en piedra adquirió gracia y ligereza y se extendió á la talla en madera, creando admirables obras en follaje, tracerías y adornos ojivales, y en el ocaso de la Edad Media los preciosos retablos y suntuosos mausoleos daban renombre á nuestros artistas, que demostraron su talento en extranjeras tierras, entre ellos Juan de la Huerta, autor del sepulcro levantado al Duque de Borgoña en la cartuja de Dijón (1).

Simultáneamente al desarrollo del arte gótico, iba refinándose el gusto en la sociedad cristiana, pero han quedado escasos vestigios del mobiliario anterior al siglo XV, apesar de lo cual, Viollet-le-Duc ha sabido reconstruirlo con suma habilidad, presentando diseños de las moradas señoriales desde el siglo XII al XV, y así como en España se anticipó el lujo de los musulimes al de los indígenas, así también las expediciones de los cruzados hacia el Oriente, á la par que desarrollaban las transacciones comerciales, despertaron en Francia la afición á la suntuosidad de las casas y á los tapices de Persia; de modo que los cofres y muebles románicos fueron reemplazados por otros más ricos, adornados de imaginaria y de hermosa talla ojival, por sillones rígidos de alto respaldo y por camas cuya riqueza realzaban las cortinas bordadas con oro y plata; y desde el siglo XIV tomaron bajo su protección los reyes de Francia la fabricación de tapices.

En medio de las interminables luchas de la Reconquista española, la Iglesia cristiana sirvió de baluarte á los restos de la antigua ciencia, y no solamente creó el plantel de artistas y artífices que levantaron nuestras hermosas catedrales, sino que los monjes cultivaron las artes industriales del herrero, del orífice, tallista, tejeder y librero, y puede asegurarse que á los conventos y á los gremios se debe su salvación en aquel prolongado naufragio, hasta tanto que se vigorizó el poder real. La Historia General de España que está publicando la Real Academia de la Historia, en los

(1) *Les Musées d'Espagne*, par L. Viardot.

tomos relativos á *Los pueblos germanos y la ruina de la monarquía visigoda*, *La España cristiana durante el fraccionamiento del Imperio musulmico* y el de los *Reyes cristianos desde Alfonso VI hasta Alfonso XI*, contiene preciosos grabados de urnas sepulcrales, efigies, cascos, coronas, cruces, cálices y otras joyas que revelan el estado de las artes españolas en aquellos tiempos. Pero á medida que avanzaba la gloriosa obra de la restauración, los vencedores fueron apropiándose los adelantos de la raza subyugada, en las sederías, la guadamacilería y la cerámica, probando esto último los productos de la fabricación de Valencia en el siglo XV, cuya marca consiste en el águila heráldica, emblema de San Juan, patrón de la ciudad, y la flor de lis grabada en el reverso, y la asimilación que se revela en los trabajos de bronce de las puertas de las catedrales de Córdoba y Toledo, ejecutados en estilo mudéjar por artífices moros. Estos recursos, unidos á los de la industria cristiana, iban levantando palautinamente las artes españolas de su antiguo atraso, desplegándose gran lujo en las postrimerías de la Edad Media en los trajes, en las fiestas, en las mansiones señoriales y de personas acaudaladas; y adquiría también vuelo el arte de los orífices y plateros con las magníficas custodias que empezaron á fabricarse por aquella época para algunas de nuestras catedrales.

PABLO DE ALZOLA Y MINONDO.

(Continuará.)





SERVENTESIO DE CARDINAL

(TRADUCCIÓN) (1)

Nuevo serventesio yo quiero trovar,
para que en el día del último juicio
lo escuche, en disculpa del humano vicio,
Aquel que del lodo nos quiso formar.
Si por pecadillos me va á castigar,
mandándome al seno de la diablería,
le diré:—Evitadme tan vil compañía,
perdón, Dios clemente, bueno es perdonar.

Yo nací en un siglo de ruines y bajos,
y pasé trabajos largos y violentos,
¿y es lógico y justo sigan mis tormentos?
Justo es que terminen aquí mis trabajos.
Al oír los ángeles tales desparpajos,
acaso se admiren de franqueza tanta;
pero á la justicia, que en Dios les encanta,
iré yo derecho sin buscar atajos.

Ni cálculo tiene, ni amor ni clemencia,
quien pierde las almas que puede salvar;
que á todos el cielo nos debe alcanzar,

(1) Con este serventesio del famoso trovador Cardinal, Juvenal de la Edad Media, según algunos críticos, nos proponemos inaugurar una serie de traducciones poéticas de distintas literaturas, desde la egipcia hasta la quichua y desde la gallega hasta la hispano-celta. Nuestro objeto es formar una antología lírica universal.—M. G.

en vez de expulsarnos con dura sentencia.
Las liaves de Pedro, su fe, su indulgencia,
decid, ¿de qué sirven? De nada, por cierto:
igual es que tenga cerrado ó abierto
el atrio que guarda con santa paciencia.

¡Que á nadie se cierren las puertas del cielo!
No es corte cumplida, ni plena victoria,
en tanto que algunos están en la gloria,
que giman los otros en fúnebre duelo.
Tacaño es el príncipe, mezquino su anhelo,
si tiene un inmenso, brillante palacio,
que á todos bien puede coger en su espacio,
y cierra las puertas con rígido celo.

Que Dios al demonio coja y desherede,
y verá cuál suben, libres y amorosas,
á las altas cumbres las almas dichosas,
sin que ni una sola por el valle ruede.
Amnistía á todos concedernos puede.
Si le sobran premios, ¿á qué dar castigos?
Librados, Dios santo, de los enemigos,
y hollada en el polvo la injusticia quede.

Yo en Vos deposito toda mi esperanza,
Señor, juez y árbitro de mi oscura suerte,
y espero que dulce llegará la muerte,
con la fe en la eterna bienaventuranza.
Si vuestro divino perdón no me alcanza,
volvedme á la nada de do fuí sacado;
sin haber nacido no hubiera pecado,
que al mal y al desorden la vida nos lanza.

He sufrido tanto desde niño tierno,
y gocé tan poco siendo mozo y hombre,
que atroz injusticia será que os asombre
prolongar mis penas allá en el infierno.
Libradme ¡oh María! del cruel averno,
que siempre oye el Hijo la voz de la Madre;
y los hijos todos y todos los padres
con San Juan disfruten del amor eterno.

M. GUTIÉRREZ.



GOLIAT ⁽¹⁾

IX

NUEVO GIMNASIO MONROVAL

Al llegar al colegio comprendió Carlos que tenía mucha razón Arístides en lo que le había dicho el día anterior.

Empezaron por alojarlo en un cobertizo de madera que había en el patio y que servía de dormitorio general. Aquello estaba muy sucio; los lavatorios, los baúles y la ropa de los muchachos andaban esparcidos por la habitación en el mayor desorden, y las puertas y ventanas carecían de vidrios, de modo que el frío y el viento se colaban por todas partes. Tampoco el techo tenía cielo raso, y en las noches de lluvia había mil goteras que inundaban el cuarto.

Carlos se propuso en un principio limpiar un poco aquello, pero como no era cuestión de poner á los alumnos á manejar la escoba, y en la casa sólo había un mocito gallego para servir á la mesa, tuvo que dejar las cosas en el mismo punto que las hubo encontrado, aunque le causaba mucho asco semejante abandono. Y no era esto lo peor, sino que desde el oscurecer empezaban á salir de los rincones del patio milla-

(1) Véase la pág. 86 de este tomo.

res de ratas que entraban en el cobertizo armando singular estrépito y encaramándose por las camas de los muchachos, que, cansados de estar en las clases y de correr durante las horas de recreo, dormían á pierna suelta y sin preocuparse de nada.

Había hasta unos veinte alumnos, hijos todos ellos de extranjeros avecindados en el país desde mucho tiempo, dueños de algunas leguas de terreno allá en el campo, ó propietarios de almacenes de bebidas y comestibles en los suburbios de Buenos Aires. Los tenían allí para librarse de estorbos y poder atender mejor sus múltiples ocupaciones. Los muchachos, apesar de ser indómitos y traviosos, daban verdadera lástima. Se les daba de comer muy poco, dormían mal, y en un sitio tan ventilado y tan húmedo que estaban expuestos á atrapar á lo mejor una pulmonía, y finalmente, el patio era demasiado pequeño y no podían correr ni gritar tanto como ellos hubieran querido.

Carlos era muy condescendiente, y por esto se le subían á las barbas, como suele decirse. Su carácter bondadoso no servía para estar siempre con el semblante serio. En cambio otro compañero suyo los castigaba cruelmente, pidiéndoles después dinero para cigarros. Era éste un verdadero *atorrante*, como se dice en el país. No tenía cama, ni baúl, ni más ropa que la que llevaba puesta. Apesar de que no cumplía con su obligación y de que procuraba echar todas las cargas sobre el pobre Carlos, gozaba de la amistad del director, siendo quizás esto debido á que Mr. Trouchu era de la misma cuerda.

Jamás había visto Goliat hombre más singular que el tal director. En un principio, el joven dábale los buenos días y procuraba suscitar diferentes conversaciones cuando se quedaban solos en la mesa; pero al ver que no le contestaba sino con monosílabos, encerróse en la mayor reserva y se propuso estudiar á aquel hombre que encubría sus vicios con una máscara de hielo.

Mr. Trouchu, después de terminar las clases, dejaba el colegio abandonado á los pasantes y no volvía hasta el día siguiente, pálido y ojeroso, pero siempre impasible. Sucedió

muchas veces que se marchaba sin dejar dinero á la cocinera, y llegaba la hora de sentarse á la mesa los alumnos sin que hubiese nada dispuesto.

Carlos había comparado este colegio con el gimnasio Monroval Descotire, descrito por Daudet. Hasta para que la ilusión fuera completa había allí un Jack y un Madu.

Desde el primer día había llamado la atención de Goliat un niño de cinco años que se llamaba Fernando y al cual cual tenían entre ceja y ceja los otros chicos del colegio. Aquella criaturita poseía una imaginación vivísima y sabía leer y escribir perfectamente. Ya hacía mucho tiempo que estaba en el colegio, adonde le había llevado su madre, dejándole al cuidado de Mr. Trouchu. Aquella buena señora, que según supo Carlos más tarde era una bailarina, marchóse contratada al poco tiempo á las provincias, sin volver á acordarse de su hijo. Mr. Trouchu no hacía más que escribirle, amenazándola con poner á Fernando en la calle, y ella inventaba mil disculpas ofreciendo mandar inmediatamente el dinero de las mensualidades atrasadas. Quien sufría las consecuencias de todo esto era el pobre niño. Llevaba el pelo largo, la ropa desgarrada y los pies diminutos metidos en enormes zapatos que le había regalado un muchacho mayor que él. El infeliz dormía en un catre viejo, sin sábanas y sin colchón, y muchas veces amanecía en el suelo, porque el catre estaba roto y al menor movimiento todo iba rodando. Comenzó á ponerse pálido y triste y á quejarse de fuertes punzadas al corazón; entonces agarraron el catre y lo llevaron á uno de los cuartos más oscuros de la casa, y allí estuvo el infeliz rapaz días y días, sin que nadie se cuidase de su salud, ni fuera ningún médico á verlo. Únicamente la cocinera entraba de higos á brevas con una taza de caldo. Carlos también sentía profunda compasión por aquel ser tan desgraciado y lo colmaba de caricias.

Al fin, un día recibió Mr. Trouchu carta de la bailarina mandándole dinero y anunciándole que una amiga suya pasaría á recoger el niño para llevarlo una temporada al campo. Inmediatamente dió orden el director de que acompaña-

sen á Fernandito á una peluquería para que le cortasen el pelo y además le comprasen medias y zapatos.

¡Qué inmenso gozo sintió el colegial al verse vestido con el traje nuevo! ¡Y qué sorpresa y qué asombro cuando le dijeron que venían á buscarlo! ¡Él, que ya creía que se iba á morir en el cuarto oscuro!

Carlos tenía comparado muchas veces á Fernando con Jack, y en cambio, el hijo de la cocinera, con su rostro bronceado y sus grandes ojos negros, le recordaba á Madu el desgraciado reyezuelo de Dahomey.

Era muy excelente muchacho aquel *chinito* y estaba en el colegio para servir el mate á la señora y el café á monsieur Trouchu.

Los negocios de éste iban bastante mal, y al llegar el fin de cada mes, se veía acosado por todos sus dependientes que le reclamaban sus salarios. No obstante, él mandaba los recibos á los padres de los discípulos con dos ó tres días de anticipación, para cobrar el dinero y jugarlo en los frontones ó en las carreras de caballos.

Goliat estaba disgustadísimo y no sabía qué hacer. Se encontraba como el primer día de haber llegado al país, sin dinero y sin conocimientos. ¿Adónde iba en semejantes circunstancias? ¿Se pondría á trabajar materialmente? Ojalá pudiera, pero no estaba acostumbrado ni podía ya acostumbrarse. Además, érale tan necesario alimentar la inteligencia como alimentar el cuerpo; por lo tanto, donde no hubiese libros y periódicos, y no se pudiese hablar con personas medianamente instruídas, era hombre al agua. Experimentaba también una tristeza infinita al acordarse de su madre. ¡Qué dolor no habría sentido la pobre al saber la muerte de su esposo! ¡Madre de su corazón, qué sola y abandonada la habían dejado! ¡Y él, su hijo, sin poder consolarla, sin poder mandarle la cantidad más insignificante para que atendiese á sus necesidades! ¡Estaba visto, era un hombre inútil para todo!... Llegaban todos los días á América gentes de los confines más remotos sin saber hablar siquiera, y al poco tiempo se les veía ufanos y felices, y él, con haber leído tanto, con haber viajado tanto y con haberse quemado

las cejas estudiando mil tonterías, no ganaba para ir viviendo. Casi estaba por seguir los consejos que Arístides le había dado. Bien cierto era lo que le había dicho, y aún se había quedado corto al hablar mal de los maestros. Ya estaba cansado del colegio. Buscaría otra colocación, se presentaría á todo el mundo, á ver si lograba abrirse paso y ganar lo bastante para traer á su lado á su madre idolatrada.

X

PEREGRINANDO

Llegó el verano, y la mayor parte de los niños se fueron al campo á pasar los días estivales montando á caballo á través de la extensa pampa.

El colegio se quedó desierto, y Mr. Trouchu se vió obligado á cerrarlo. Goliat se alegró mucho, y marchóse con su baúl y su catre á casa de un conocido.

La época iba empeorando y el malestar era general; así es que, aunque Carlos comenzó desde luego á visitar á sus conocimientos con objeto de encontrar nueva colocación, recibió las mismas disculpas que la primera vez. Arístides continuaba aconsejando á nuestro héroe, pero éste hacía orejas de mercader, porque tenía muy presentes los últimos consejos de su padre. Procuraría trabajar, aunque sólo fuese para ganarse el sustento. La vida del jugador, á la corta ó á la larga, tenía un fin funesto. Prefería pasar hambre, á que las gentes hablasen mal y lo señalasen con el dedo. Estaba dispuesto á desempeñar los papeles más humildes.

¡Qué oscuro porvenir se presentaba ante sus ojos! ¡Solo, abandonado, sin un padre que le sirviese de guía, sin una madre que enjugase sus lágrimas en los días de sufrimiento, sin un amigo que le ayudase á subir aquel calvario! ¡Estaba solo, completamente solo en aquella ciudad inmensa! ¡Qué rudas batallas se libraban á cada paso á su alrededor! ¡Cuánto héroe desconocido caía en el combate! ¡Qué poco caso hacían los unos de los otros, y cómo se tiraban á degüello para

salir triunfantes! ¡Y qué odiosa se hacía la vida con aquel luchar continuo!

Carlos tornábase en extremo pesimista, y no hacía más que pensar en cosas tristes. Tenía siempre la imagen de su padre delante de los ojos, y lo veía en el lecho de dolor con su frente ancha surcada de arrugas, sus blancos cabellos y su actitud resignada y melancólica. Se acordaba también con mucha frecuencia de aquel día luctuoso en que había ido á dar sepultura al coronel. ¡Ojalá los hubieran llevado á los dos juntos, y así se ahorraría tanto sufrimiento! ¡Con qué placer debía uno hundirse en el fondo de la huesa después de haber sufrido tanto!

La situación comenzaba á ser verdaderamente desesperada. Pasaba muchos días sin probar bocado, y las pocas veces que comía, era gastando unos cuantos centavos en cualquiera de esos fondines que tanto abundan en Buenos Aires. Comía apresuradamente, sin mirar lo que metía en la boca, y tratando únicamente de llenar con algo su estómago exhausto. Los mozos de cuerda, carreros y peones que llenaban las otras mesas cercanas á la que ocupaba nuestro joven, dirigíanle miradas burlonas, sospechando quizás su situación apuradísima; pero Carlos tan impávido, y sintiendo únicamente en el fondo de su alma el no poder concurrir todos los días al mismo sitio. Nunca había sabido lo que era pasar hambre hasta entonces, y nunca se hubiera creído capaz de resistir cuatro días con pan duro y agua de la fuente. Su pobre estómago estaba dando pruebas de una gran fortaleza, pero ya comenzaba á resentirse. Carlos sentía un espantoso desfallecimiento y un dolor constante en la cabeza, y comprendía que, de continuar de aquel modo, concluiría por ir al hospital ó por morir de hambre. Decidióse, pues, á trabajar en cualquier cosa, porque ante todo era preciso comer para sostener la vida.

Habíanle dicho que la colocación de camarero ó *mucamo* no era mala, y fué á pretender á una casa. Salió á hablar con él una señora joven, á la cual debió agradar el aspecto del muchacho, porque inmediatamente le dijo que se quedase sin pedirle recomendaciones ni certificados de su con-

ducta. La única condición que le puso la simpática señora fué que se afeitase el bigote, aquel bigotito engomado y lindo que era el orgullo del pobre Carlos.

—Bueno, señora, me afeitaré el bigote—contestó el joven alzando la mano instintivamente para acariciarse las guías.

—Entonces esta tarde á las dos le esperamos. La *mucama* le pondrá á usted al corriente de todo.

—Está bien, señora.

Á las dos presentóse de nuevo Carlos en la casa, y desde aquel momento comenzó á recibir órdenes de la doncella. Por el pronto le hizo lavar el suelo de una habitación, después de darle las instrucciones convenientes. Este trabajo, sencillísimo para otro que estuviese acostumbrado, hizo sudar la gota gorda á Goliat. Daba lástima ver al infeliz muchacho disfrazado con un delantal que le llegaba hasta los pies y manejando con verdadera furia el jabón y el cepillo. Había decidido reirse de sus propias torpezas, pero lo hacía con unas ganas...

Entrególe después la *mucama* una verdadera pirámide de fuentes y platos finísimos para que los limpiase, y cada vez que el infortunado tenía que llevarlos de un lado para otro, iba rogando á Dios que no se le hiciesen añicos.

Había en la casa una negrita que parecía mostrarle mucha afición.

—¿Cómo se llama usted?—le dijo de repente.

—Rafael—contestó Carlos, queriendo ocultar su verdadero nombre.

Á la negrita le causó mucha gracia que se llamase Rafael, y se echó á reir como una loca.

Después llegó el cocinero y le preguntó si era francés.

—Español—contestó Carlos, y esto bastó para que el émulo de Brillat Savarin, que era gabacho, no le volviese á dirigir la palabra.

También andaba por allí un señor muy bien vestido que luego resultó ser el cochero de la casa.

El portero subió más tarde, y al ver á Goliat le dirigió la palabra:

—¿Qué tal, le gusta?... ¿Piensa quedarse?... Los señores son muy buenos.

El portero era el único sirviente español que había en la casa, y sea por esto, ó porque también había sido el que con más amabilidad tratara á Carlos, establecióse entre los dos una corriente de simpatía.

—Tenga usted paciencia los primeros días hasta que se vaya acostumbrando; después lo va á pasar muy bien.

El galleguito tenía interés en que se quedara Carlos de compañero en la casa. Habían ido más de veinte á pretender la colocación en aquella mañana, y no había dejado subir á ninguno más que á él.

En cuanto á lo de quitarse el bigote, le dijo:

—No se lo quite. También á mí me dijeron lo mismo y yo me hice el tonto. Estaría bueno que yo anduviese afeitado como un padre de almas ó un cómico de la legua; me iba yo á desprender *así no más* de estos pelillos rubios que son el encanto de mi muchacha.

Llamaron á la puerta, y el simpático mozo se despidió apresuradamente de Goliat diciéndole con la sonrisa en los labios:

—Ya hablaremos.

Por fortuna, aquella noche se libró nuestro protagonista de servir á la mesa. La señora estaba un poco indispuesta y no había querido salir de su cuarto.

Á la hora de comer se reunieron los sirvientes en torno de una mesa. El cocinero colocó la comida enmedio y cada cual se sirvió lo que quiso. Apesar de ser tanta gente, no se veía más que un pedacito de pan para todos, una copa para beber agua.

El cochero provocaba la hilaridad de todos con palabras de doble sentido; la negra no hacía más que fijar sus ojazos de buey, ya en Carlos, ya en el portero; y Carlos comía poco y observaba en silencio aquella mesa de criados de casa grande. Y resultó que todos concluyeron de comer y él se quedó allí, sentado á lo señor, sin acordarse de que era el mucamo, hasta que el cocinero le hizo volver á la realidad con un grito.

—¡Eh, mozo! Si usted es mucamo, debe de saber su obligación. ¿No ve que hay que limpiar los platos?

Carlos sintió que una oleada de indignación le subía al rostro al verse tratado de aquel modo, y tuvo tentaciones de marcharse en el acto; pero como acababa de comer, no quiso que dijese que sólo había ido á llenar la tripa.

—¡Vengan los platos! Y otra vez no me grite usted tanto, ¿me entiende?

Limpió los platos y después les tocó el turno á los cuchillos, y Carlos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, los echó en el vertedero y los cubrió de agua. La mucama sorprendióle en semejante operación y exclamó sin poder contenerse:

—Pero ¡hombre! ¿cómo se limpian los cuchillos en España?

—Pues yo le diré á usted; eso va en gustos.

—Bueno; aquí se limpian así.

Y colocando los cuchillos sobre una mesa, empezó á frotarlos uno por uno con polvos y gamuza.

La negra comprendía el aturdimiento de Carlos y se aprovechaba de las circunstancias.

—¡Rafael! ¿Me quiere ir por esto? Rafael, ¿me quiere ir por aquello? Rafael, hacen falta limones: ¿quiere ir á buscarlos?

Rafael ó Carlos obedecía aun sintiendo su dignidad ultrajada; pero como aquella negra podía sacarlo de más de un apuro con su experiencia, procuraba conservar su amistad.

—Bien—dijo al fin la mucama,—mañana procure usted venir temprano. Ahora puede marchar cuando guste.

Carlos se quitó el delantal y lo colgó de un clavo con un gesto muy expresivo.

Al bajar las últimas escaleras vió que la negra le saludaba desde arriba, recomendándole al mismo tiempo que echase bien la llave.

—Hasta mañana, Rafael.

—Hasta mañana—contestó Carlos, decidido á no volver más.

XI

EN LA PENDIENTE

Toda aquella noche la pasó Carlos pensando en si debía volver á desempeñar el oficio de mucamo.

No podía acostumbrarse á la idea de ser menos que un cochero, ó un pinche de cocina, ni tampoco podía tolerar que le mandase una negra aprovechándose de su aturdimiento y de su ignorancia. Para otro cualquiera estas cosas no hubieran tenido ninguna importancia; pero á él, que había pasado toda su vida rodeado de los más solícitos cuidados, se le hacía muy cuesta arriba el tener que desempeñar tan bajas funciones. Al diablo, pues, la escoba y los cuchillos, y la negra, y quien le había metido á él en la cabeza la idea de ponerse de criado. ¡Se moriría de hambre!

Pero no; allí estaba Arístides para darle buenos consejos. ¡Bah! Había resistido hasta el último momento, había llamado á todas las puertas, se había humillado ante todo el mundo y no había conseguido nada; ensayaría otros medios y tocaría otros resortes. Rogaría á Arístides que lo pusiese al tanto en el arte vivir. Se haría jugador. Al fin y á la postre no estaban justificados sus escrúpulos. Un jugador con suerte, es un héroe agasajado y recibido en todas partes. Por jugador no dejaba de ser hombre honrado, y además, bien sabía Dios que lo hacía obligado por las circunstancias y por no morirse de hambre.

—Me alegro que te vayas haciendo razonable—dijo Arístides al enterarse de los proyectos de su amigo.

Carlos comenzó á jugar y á tener suerte, y de pronto se vió rodeado de amigos y admiradores.

—¿No te lo decía yo?—exclamaba Arístides á cada paso.

Nuestro héroe no estaba contento; tenía grandes remordimientos y procuraba aturdirse.

Una noche, tanto él como Arístides empezaron á ganar, á ganar, enmedio del asombro y de la estupefacción de to-

dos. Al salir de la casa de juego, llevaban detrás una cohorte de adúladores.

—Á cenar todo el mundo, caballeros; ¡yo convidado!—dijo Arístides.

—¡Viva Arístides! ¡Salud al jugador afortunado! ¡Á cenar, señores, á cenar, que nos invita el gran Arístides!—gritaron aquellos calaveras llenos de regocijo ante la perspectiva de una cena opípara.

Después de comer estaban todos borrachos y se encaminaron á uno de esos templos del amor mercenario, que tanto abundan en ciertas calles del *petit* París, París sud-americano.

Las ninfas esperaban á los faunos ataviadas con trajes de colores. Cada cual buscó su pareja, y Carlos, que se había sentado en un rincón apesadumbrado y triste, dejó que una de aquellas mujerzuelas comenzase á acariciarle.

De pronto se sintió mareado y hubo de salir al patio á tomar el fresco, y estando allí oyó unos sollozos y una voz áspera de mujer dentro de una de las piezas que tenían su entrada por aquel sitio. Picóle la curiosidad, y prestó oído atento, no tardando en comprender que detrás de la puerta se desarrollaba en aquel momento una escena conmovedora.

Se escuchaban las voces de dos mujeres; una hablaba con tono suplicante, y la otra le contestaba con amenazas. Las dos se expresaban en alemán, pero Carlos las comprendía perfectamente.

—Me habéis engañado... dejadme salir... Primero la muerte antes que aceptar vuestras proposiciones... No me importa verme sola; alguien se compadecerá de mí... ¡No! no os canséis... ¡jamás! ¡jamás!... Dejadme salir si no queréis que me mate ahora mismo.

—¡No! No has de salir... ya te irás convenciendo poco á poco... Tú serás la niña mimada, te pondrás los mejores vestidos y verás satisfechos tus menores deseos al instante. ¿Acaso no es mejor lo que te propongo que el estar trabajando día y noche, como tú pensabas? Vamos, tranquilízate, que no te oiga la gente, si no va á creer que hemos cometido un crimen.

En esto, aquella mujer, que era la dueña, abrió la puerta y se encontró con que Carlos estaba escuchando.

—Lo sé todo—le dijo éste en alemán.—Sé que tenéis encerrada á una muchacha contra su voluntad, y que la habéis traído engañada. Prometo callarme si me dejáis entrar á verla. Si queréis dinero, ahí tenéis esa cartera llena. Yo me encargaré de domesticar á esa fierecilla con palabritas dulces.

La Celestina se quedó toda confusa al oír á Carlos; pero reponiéndose al instante, dijo á nuestro joven, tomando al mismo tiempo los billetes que éste le tendía:

—Pasad, pasad, señor; pero me temo que no vais á conseguir nada de esa estúpida.

—Bueno; dejadnos solos.

La dueña hizo lo que le mandaban, y se puso á contar á la luz de un mechero de gas los billetes que Carlos acababa de darle.

Entró Goliat en la habitación donde la pobre muchacha se encontraba, y ésta, al verlo, se puso de pie derramando abundantes lágrimas.

—¡Por Dios, señor! ¡Por Dios, tened compasión de mí!

—Tranquilizaos—repuso Carlos.—No tengáis miedo; vengo en vuestra ayuda.

—¡Ah! ¿Será posible? ¿Es cierto lo que me decís?

—Muy cierto. Acabo de oír todo lo que ha pasado aquí dentro hace un instante.

—Entonces ya sabéis que no estoy en esta casa por mi voluntad, y que me han traído engañada.

—Lo sé, pobre niña, y por eso quiero ayudaros. Ahora decidme si estáis dispuesta á hacer todo lo que yo os mande.

—¡Oh! sí; porque creo que no me mandaréis hacer nada malo.

La muchacha, ya más confiada, se fué acercando poco á poco á Carlos. Éste contemplaba con admiración á aquella hermosa joven, tan alta, tan bien formada y tan rubia.

—Entonces dejad de llorar, y disponeos á salir de aquí mañana mismo. Yo os doy palabra de respetaros. Procurad

mostraros más contenta, y haced creer á la patrona que continuaréis en la casa. Ahora, adiós; hasta mañana.

Carlos tendió la mano á su protegida, que se la estrechó con timidez. Enseguida se dirigió á ver á la dueña.

—¿Qué tal la entrevista?—le preguntó ésta con muy buen semblante.

—Me parece que al fin la muchacha concluirá por vencerse. Cuídemela usted bien, que quiero tener la satisfacción de rendir ese ejemplo de virtud. Si os ha parecido poco el dinero, pedid más, que procuraré entregároslo inmediatamente. Mañana improvisaremos una cena, á fin de que la niña se vaya acostumbrando á alternar con la sociedad. Conque, lo dicho y hasta mañana—y después añadió en alta voz para que lo oyeran sus compañeros, muy entretenidos en retozar por el dorado salón con las alegres ninfas:—Ya lo saben ustedes, señores, quedan invitados para venir mañana á cenar en compañía de estas beldades. Mañana me toca á mí el convidarlos. Buenas noches.

—¡Bien! ¡Muy bien!—gritaron todos al mismo tiempo, y luego continuaron sus juegos y locuras al compás de una marcha guerrera que tocaba Arístides en el piano.

XII

IDA MICROVICH

Ida Microvich, que así se llamaba la infeliz muchacha encerrada á su pesar en aquella casa de perdición, quedóse más conforme después de haber tenido con Carlos la entrevista que ya hemos referido.

Ninguno de los hombres que había conocido hasta entonces le había inspirado la confianza que Carlos. No sabía qué pensar de aquel joven, pero de todos modos sentía hacia él cierta simpatía. Quizás llevado de sus buenos sentimientos quería salvarla de aquella situación horrible. Ella estaba dispuesta á hacer todo lo que le mandase.

No podía dormir pensando en su salvador; á pesar de

esto, se encontraba más tranquila que antes, porque al menos, ya contaba con una persona que se interesase por su suerte. ¡Cómo la había engañado aquella endiablada mujer!... ¡Y qué cándidos habían sido sus padres al entregarla á una persona que apenas conocían!...

Ya hacía un mes que la tenían encerrada allí, un mes que le había parecido un siglo. Desde el vapor la llevaron á aquella casa y entonces fué cuando comprendió su inmensa desgracia. ¡Cuántos deseos traía ella de trabajar honradamente y qué desengaño tan grande al verse rodeada de ramerías! Al principio no podía darse verdadera cuenta de lo que le pasaba, porque en su país natal no había tal corrupción de costumbres. Admirábanle muchísimo los vestidos lujosos y extravagantes que se ponían sus compañeras y no cesaba de admirar, medio ofuscada, las grandes lunas de los espejos, las pinturas deshonestas de las paredes, las arañas de cristal y los muebles que ocupaban todas las habitaciones.

Para ella, que jamás visto otra cosa que las humildes chozas de su aldea, todos aquellos objetos eran de un valor imponderable.

Al fin cayó la venda de sus ojos y lo comprendió todo; la pérfida Josefina también se quitó la máscara con que se había encubierto hasta entonces y le habló claro. Todo aquello del taller de modista que ella había dicho en su país era mentira; podía ofrecerle, no obstante, casa, vestidos y alimentos si quería quedarse. Allí iba á estar muy bien.

Ida quedóse atolondrada al oír semejantes palabras, y luego comenzó á llorar amargamente.

La dueña de la casa creyó en un principio que la muchacha concluiría por enjugar sus lágrimas y ser una de tantas, pero se engañó por completo, porque Ida estaba cada vez más decidida á conservar su virtud. Ni las promesas, ni las amenazas, ni las súplicas lograron hacerle cambiar de propósito. Más de un conocido de Josefina se había propuesto gozar de los encantos de la pobre Ida, empleando para conseguirlo, ya las palabritas dulces y las deslumbradoras promesas, ya la fuerza brutal y las amenazas, pero Ida defendíase con dientes y uñas y hacía huir á los libertinos.

Josefina estaba ya cansada de ella y tenía mucho miedo de que se matase, como había dicho tantas veces, y por estas razones dejó en plena libertad á Carlos para que pudiese obrar y se la llevase de casa, si éste era su gusto. Después que se viese sola y abandonada en el mundo, ya iría á llamar á sus puertas para que la admitiese por compasión.

Á las nueve de la noche presentóse Carlos en casa de Josefina, acompañado de todos sus amigos, como habían convenido el día antes. Había jugado otra vez y la suerte había vuelto á favorecerle.

Trajéronles comida en abundancia, y se pusieron á cenar en medio de una gran algarabía.

El ama dió orden de que se cerrasen las puertas y de que no se dejase entrar á nadie.

Ida se hallaba sentada al lado de Carlos, cediendo á los deseos de éste. Estaba muy triste y le causaba un malestar grandísimo el presenciar las escenas que tenían lugar alrededor. Las otras mujeres, en cambio, estaban en su elemento, y no hacían más que gritar y verter los licores sobre el mantel.

—Ten paciencia un momento—dijo Carlos á Ida aprovechando la confusión; después añadió en voz alta:

—Vamos á brindar con champagne; comienza tú, Arístides.

Arístides, que estaba hecho una cuba, habló por los codos, y después hablaron los demás. Las bacantes, con el cabello destrenzado y las mejillas encendidas, no cesaban de beber, y algunas de ellas estaban ya durmiendo debajo de la mesa.

—Seguidme—dijo de pronto nuestro héroe á Ida, dirigiéndose á la puerta.

El mozo encargado de abrirla dormía profundamente, sentado en una silla. En el trasiego de los licores, algunos tragos habían pasado á su estómago; así es que al pobre diablo se le había ido el santo al cielo.

Quitóle Carlos la llave que tenía en la cintura y abrió la puerta.

—¡Vamos!

Ida dió algunos pasos temblando de emoción y salió á la calle. En la esquina estaba un coche esperándolos.

Montaron, dió Carlos una orden y el auriga sacudió el látigo haciendo salir los caballos á todo escape.

Al estar Goliat sentado en el carruaje al lado de Ida y ver á ésta tan triste, le dijo con tono cariñoso:

—¡Qué! ¿Tenéis miedo? ¿No os inspiro bastante confianza?

—¡Oh! sí; usted me parece un hombre muy honrado, pero no obstante, tengo miedo, porque, dígame usted, ¿qué va á ser de mí débil y sola en esta ciudad tan grande?—exclamó Ida, mirando á través de la ventanilla del coche las calles larguísimas y las interminables hileras de faroles.

—Por eso no os preocupéis; yo seré vuestro hermano, y si no queréis aceptar la amistad que os ofrezco, mañana mismo iremos á ver al cónsul de vuestro país para que él os proteja.

—¡Qué bueno sois!—exclamó Ida, dirigiendo una mirada de cariño á Carlos.

De pronto se paró el coche delante de un hotel, en donde penetró nuestra pareja.

Al llegar á una de las habitaciones del piso principal, dijo Carlos á su protegida:

—Aquí tenéis vuestra habitación hasta mañana que decidamos otra cosa. Dormid tranquila.

Ida tendió una de sus manos á Goliat, que la estrechó apasionadamente.

—¡Adiós!

Carlos, al sacar á Ida de casa de Josefina, lo había hecho llevado de sus humanitarios sentimientos y sin otro interés que el que inspira una buena acción; así, pues, no es de extrañar su noble comportamiento.

XIII

SIN ESPERANZA

Al día siguiente pasó Ida á ocupar la habitación de Carlos, que éste convirtió en un nido de amores, porque lo que no habían conseguido rendir el oro ni las amenazas lo había alcanzado él, sin pretenderlo, con una buena acción.

Ida se enamoró de nuestro héroe y decidió seguirle. Carlos, ebrio de gozo al ser dueño de aquella hermosa criatura, se propuso ganar mucho dinero para rodearla de todo género de comodidades; pero comenzaba á eclipsarse su buena suerte, y casi todas las noches volvía á casa presa de horrible desesperación.

Allí estaba Ida para consolarlo.

—No te disgustes, no te desesperes. Abandona el juego y busca una colocación; yo puedo trabajar también, y no nos vamos á morir de hambre. ¿Qué importa que ganes un día si siempre andas sobresaltado? Deja el juego, Carlos, que te puede acarrear grandes desdichas; sigue mis consejos—decía Ida á su amante.

—Tienes razón, Ida de mi alma, es preciso cambiar de conducta. Sólo la necesidad ha podido arrastrarme á llevar este género de vida. ¿Pero dónde voy á encontrar colocación, y si la encuentro y me veo obligado á separarme de ti, no te parece que éste es un sacrificio imposible y que ni tú ni yo tendremos fuerzas para sobrellevarlo?

—¡Oh, no! Yo no quisiera separarme de ti, porque te amo mucho; pero no sé qué negro presentimiento me dice que va á ser necesario. Tu salud comienza á resentirse, el pan nos falta, y á tu lado no hago más que aumentar tus sufrimientos; es preciso, pues, que yo me decida á trabajar.

—No digas eso; si no fuera por ti, ya me hubiera muerto de desesperación y de tristeza. Verdad es que si me pongo de mal humor muchas veces, es porque la mala suerte me persigue y te veo pasar todo género de privaciones cuando

yo quisiera que nada te faltase. ¡Qué desgraciado soy! ¡Haberte encontrado para mi consuelo en este valle de amarguras y tener que perderte!

Carlos se quedaba sumido en el mayor desconsuelo al hacerse esta consideración, y repetía una y otra vez:

—¡Tener que perderte cuando eres el encanto de mis ojos y la alegría de mi alma! ¡Tener que perderte y quedar otra vez abandonado! ¡Cómo se complace el hado adverso en desgarrar una á una todas las fibras de mi ser! ¡Á qué horrible suplicio está condenada mi vida entera! ¡Qué inmenso báratro de desdichas, qué mar sin orillas, qué agria montaña, qué carnicero combate, qué erial cubierto de abrojos, qué ergástula de míseros esclavos es este mundo deleznable! ¡Qué horrible pesar tengo por haber nacido!

—No te aflijas, no te desconsueles; muéstrate sereno ante esa avalancha de desdichas que pretenden agobiarte. Yo seré tu compañera y te ayudaré á llevar el peso de la cruz. Somos jóvenes, y aunque de nuestras almas se van desprendiendo marchitas las ilusiones, quizás vuelvan á florecer en mejores tiempos. Tú conoces mejor que nadie cuán grande es mi desgracia y cuán grandes son mis pasados sufrimientos; pues bien, en medio de estas tristezas he tenido la inmensa satisfacción de ser amada por un hombre tan bueno como tú. Tú debías saberlo tan bien como yo, Carlos mío; la vida es una cadena de felicidades incompletas y espantosas desdichas.

Carlos experimentaba un consuelo inmenso al oír hablar á Ida de este modo, y le pagaba besándole con cariño.

—¡Quién fuera rico para hacerte feliz! ¡Qué hermosa eres! Déjame que te acaricie... ¡Qué conmoción de suprema dicha experimento en todo mi ser al besarte en los labios! ¡Parece que la sangre corre encendida por mis venas y que se desprende el espíritu de la carne! Díme, ¿no experimentas tú la misma alegría? Contéstame... Díme que me quieres mucho y que eres feliz al recibir mis caricias... ¡Quién fuera rico para flotar un barco ligero como el viento y cruzar en él los mares azulados! Visitaríamos los países del sol, el Asia ataviada con chales de Cachemira y ricas pedrerías, recorre-

ríamos Europa y África, y también iríamos á mi patria, que es uno de los países más hermosos del mundo.

Estas escenas de amor se repetían con bastante frecuencia, pero pasada la exaltación del momento volvía á atormentar á los enamorados la negra realidad. Era preciso trabajar y separarse uno del otro y sudar gotas de sangre para proporcionarse un mísero sustento. Tenían que renunciar á todo: al amor, á la felicidad, á los afectos más tiernos, y hasta tendrían que privarse del sol y del aire y vivir en perpetua reclusión como otros muchos infelices.

¡Quién fuera pájaro para volar y hacer su nido en la copa de los árboles y encontrar su alimento y el de sus hijos en medio de los campos! ¡Hasta los animales de la creación son más afortunados que el hombre!

Carlos no podía resignarse á pasar su hermosa juventud sin gozar de ella. Quería ser libre y no esclavo; pero por desgracia en América, donde ya se ha abolido la esclavitud del negro, se juega y se especula con el esclavo blanco. Los vencedores de ayer han venido á ser los vencidos de estos tiempos. Carlos era uno de estos últimos y tenía que resignarse á seguir su suerte.

—¡Maldita suerte! ¡Maldita una y mil veces!—exclamaba desesperado.

Al fin, aquella lucha constante, aquella zozobra del espíritu y aquella vida de fuertes emociones concluyeron por resentir su débil organismo.

—¡Me alegro!—exclamó Carlos con amargura.—Así concluiremos de una vez esta triste vida.

Y sin vacilar un punto dirigióse á un hospital, caminando con dificultad y agarrándose á todas partes, porque se iba muriendo.

Ida lo dejó allí, tendido en una cama que había entre otras muchas, todas ocupadas, y se volvió á casa sollozando.

CONSTANTINO PIQUER.

(Continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

Magnífico, piramidal efecto están produciendo en el país las imprevisiones de un Gobierno desatentado y los incalificables abusos, permitidos y provocados por un parlamentarismo de sainete que haría reír á mandíbula batiente si no hubiese costado á España tantos millones, tantas lágrimas y tanta sangre. Parece mentira que se juegue así y se permita jugar con las instituciones más respetadas.

Tenemos un Congreso convertido en una máquina de palabras incoherentes, oliendo á estación de parada, á cuadra de cuartel y á enfermería, hablando, riñendo y alborotando allí sin parar y sobre todo lo humano y lo divino, durante varios días y varias noches, nuestros famosos padres de la patria. ¡Qué espectáculo! No es ya extraño que el médico Esquerdo se encuentre allí como en su casa y tan á su gusto como en el manicomio de Carabanchel. ¡Si al menos se hartasen de una vez de hablar esos sempiternos, incansables y presumidos artistas de la palabra!... Pero no; es manía, es locura, y no hay quien ataje ese río desbordado de malas pasiones que todo lo inunda y llena de légamo y basura.

Permítasenos tan justos y naturales desahogos, cuando hasta los periódicos más sensatos é imparciales han reprodu-

cido sus impresiones de última hora en los siguientes términos:

«Ó el reglamento se reforma de modo que el Parlamento funcione y no sea un escenario de charlatanes que puedan discurrir cien horas sobre las pesquerías de Annobón, sobre la topografía de las Vascongadas, los dialectos regionales, los juegos florales de Barcelona y sobre toda esa serie de extravagancias en tono socarrón y humorístico, ó hay que prescindir de un órgano, no de la representación del país, sino de la demencia nacional. Y como el mundo moral y político tiene leyes tan fatales é inflexibles como el mundo físico, si las Cortes por sí no rectifican su concepto y su vida, cualquier ente desconocido, cualquiera fuerza imprevista restablecerá el equilibrio, impidiendo que desgobiernen á la Nación los que tienen el deber de dirigirla y mejorarla. Eso lo ve todo el mundo; lo que ha pasado no puede ni debe reproducirse, ni España ha caído tan bajo que se resigne á estar supeditada á una perturbación tan honda, producida por ese *delirium tremens* de la oratoria desbordada y de la pasión de comités, de grupos y del amor propio de dos docenas de individuos, cualquiera que sea la fracción ó partido á que pertenezcan.»

Empezamos esta crónica por donde debíamos haberla terminado, á seguir el orden natural del tiempo; pero han sido tan graves los sucesos y han preocupado de tal manera la atención pública, que no podemos prescindir de fijar ante todo la vista en lo que más sobresaliente aparece en el campo de la política.

Consignemos, pues, en breves palabras la triste historia de lo sucedido.

La demasiada extensión del preámbulo del proyecto de ley relativo al aplazamiento de las elecciones municipales, leído y votado en el Senado, no nos permite publicarle íntegro, debiéndonos limitar á reproducir la parte dispositiva, que dice así: «Artículo único. Los Ayuntamientos que, renovados á tenor de los arts. 44 y 45 de la ley municipal vigente, habrían de constituirse el día 1.º de Julio próximo venidero, se constituirán el 1.º de Enero de 1894. El Gobierno

de S. M., atendiendo á los preceptos de la ley orgánica municipal á la sazón vigente, señalará las fechas y plazos en que hayan de tener lugar las operaciones electorales, á fin de que los Ayuntamientos queden constituídos en la forma que aquélla determina para la fecha fijada en el párrafo anterior.»

Quedaban solamente tres ó cuatro días para discutir este proyecto en el Congreso de los Diputados, y quedaban sólo tres ó cuatro días por la terquedad del Gobierno en no querer declarar graves algunas actas de diputados que realmente lo eran, terquedad ó egoísmo que había retrasado en una semana la constitución del Congreso. Era conocido el propósito de apelar al obstruccionismo que abrigaban los representantes de la coalición republicana, y el Gobierno, que tenía que sacar á flote la ley, hizo que el Congreso se declarase en sesión permanente.

Desde aquel momento empezaron las escenas más deplorables.

La minoría coalicionista del Congreso se reunió enseguida para estudiar el plan que había de realizar al combatir el proyecto de aplazamiento de las elecciones municipales. Se tomaron los siguientes acuerdos:

Primero. Presentar varias enmiendas al dictamen de la Comisión.

Segundo. Oponerse resueltamente á la prórroga de la sesión.

Tercero. Apelar á todos los recursos reglamentarios que el desarrollo del debate proporcionase.

Se elevaba por momentos la temperatura política. Los republicanos caldeaban la atmósfera más de lo conveniente, y el Gobierno, al observar que los grupos que rodeaban el Congreso eran más numerosos que otros días, reforzó la guardia del palacio de la Representación Nacional y de la Presidencia del Consejo de Ministros y tomó otras precauciones oportunas.

La sesión del Congreso principió también con cierto calor, y la minoría republicana empezó á cumplir los acuerdos que había tomado. El Sr. Azcárate preguntó al Sr. Ministro

de la Gobernación en qué razones se fundaba para decir, en el preámbulo del proyecto aplazando la renovación de concejales, que había sido falsificado el censo, porque si esas razones estaban contrastadas, resultaría que las Cortes elegidas por aquél no tenían la legalidad de origen, que es condición indispensable de su existencia. La pregunta era hábil é iba derecha al bulto, y el Sr. Ministro de la Gobernación no supo dar respuesta cumplida y satisfactoria para el señor Azcárate.

En vista de esto, el Sr. Pedregal anunció una interpelación, y como no le satisficieron las palabras del Ministro negándose á admitirla en el acto, quiso presentar una proposición incidental preparada al efecto.

En aquel instante el Presidente suspendió la sesión para que las secciones se reunieran y nombraran las que deben empezar sus trabajos en seguida. Se ha querido censurar lo hecho por el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, pero la justicia reclama que no prospere la censura. La reunión de las secciones forma parte integrante de la constitución de la Cámara.

Terminado esto, y abierta de nuevo la sesión, planteó el Sr. Pedregal el debate, colocando los primeros jalones de la lucha entre el Gobierno y la minoría republicana, con motivo del proyecto de ley aplazando las elecciones.

Como es natural, en el salón de conferencias, en los pasillos del Congreso, en todos los círculos políticos, era tema obligado la solución que podía tener el penoso asunto que la Cámara discutía. Tres soluciones se presentaban como las únicas factibles, aunque las tres ofrecían graves inconvenientes, pero en grado desigual: primera, dar el punto por suficientemente discutido y proceder á la votación; segunda, suspender las elecciones por decreto; y tercera, dejar que se verifiquen las elecciones retrayéndose los monárquicos y consintiendo en que los republicanos hagan lo que gusten, pues luego se ha de anular lo hecho.

De las tres soluciones parecía la peor la última. Sobre esto, excepción hecha de algunos ministeriales, había completa unanimidad.

Los republicanos—decían las personas más prudentes—tienen hecha en todas partes la designación de interventores y candidatos. Conociendo la *tessitura* en que están se puede suponer que, dueños de las mesas, volcarán en las urnas el censo entero, y que merced á tamaños *pucherazos* harán aparecer como republicanos á casi todos los electores de España.

El efecto teatral será grande fuera del país y aun dentro, y contra la anulación de las elecciones y para las protestas doblemente estrepitosas que entonces harán será aquel efecto un arma formidable. Así, este recurso del Gobierno será legalmente el más fácil; políticamente, el más desdichado.

Queda la solución de terminar el asunto en el Congreso. Para ello habrá que violentar algo el desdichadísimo reglamento de la Cámara; pero con eso y con todo, esta solución era la que tenía más partidarios.

«La opinión pública, que ha visto cómo han abusado de ese reglamento los republicanos—decía un hombre político de la situación,—no puede extrañar que la mayoría use una vez de su fuerza. Ciertamente que esto origina protestas; pero también las originará el decreto ó la anulación de las elecciones.

La retirada de la minoría será un mal; pero dada la actitud revolucionaria en que con sus obstruccionismos se ha colocado esa minoría, el mal no es tan grave cual lo sería de otra manera.

Además, la actitud revolucionaria fuera del Parlamento, por la retirada de éste, no implica mayor peligro, porque todo el mundo sabe que los republicanos, aunque acudan á las Cortes, no abandonan las vías de fuerza, y si no hacen más por ella es porque no pueden.

De modo que respecto de ellos, esta solución de que hablo no es más grave que las otras; y para la gran masa de opinión del país, para aquella con la cual necesitan contar los Gobiernos, es la que puede producir impresión menos mala.»

Con lo expuesto hemos dado cuenta al lector de los diversos pareceres que se formulan sobre el asunto.

*
* *

Se redoblaron las precauciones en los alrededores del Congreso, por haber recibido las autoridades noticia de que los republicanos tenían el propósito de acudir en mayor número para demostrar sus simpatías á los diputados de la minoría coalicionista y como acto de protesta al proyecto del Gobierno. Como los guardias de seguridad y los agentes de vigilancia no permitían que nadie se detuviese en la vía pública, los pacíficos manifestantes se paseaban, comentando con viveza los incidentes de la sesión, de la cual recibían noticias con frecuencia; y cuando entraban ó salían de la Cámara los diputados de la unión republicana, los que formaban los grupos tributábanles ovaciones y les recibían con vivas.

Decíase que los manifestantes recibían instrucciones de los diputados republicanos. Cuando era más numeroso el gentío en las puertas de la Cámara salió el Sr. Carvajal, y los grupos le acogieron con aplausos. El Sr. Carvajal dirigióse á la calle de Alcalá, y por la de Sevilla y Carrera de San Jerónimo se encaminó al Congreso, seguido de muchos republicanos que le aplaudían. Viendo que aquello se convertía en una verdadera manifestación, adoptó el partido de tomar un coche y desaparecer de aquel sitio.

«¿Habrá elecciones?» preguntaban al Ministro de la Gobernación los diputados ministeriales. Y el Ministro repetía: «Estas minorías obstruccionistas no se han enterado todavía del proyecto, apesar de que mis explicaciones creo que han sido bien claras y terminantes.

El proyecto que se discute, una vez que sea ley, interrumpirá las operaciones electorales que se verifican con arreglo á los arts. 45 y 46 de la ley municipal vigente; y como la obstrucción no rebase la fecha del 30 de Junio, cuanto se haga ahora será nulo. Si el proyecto es ley antes del 14 de este mes, no se efectuará el acto de la elección; si el proyecto se aprueba después de la mañana del día 14, las elecciones se efectuarán, y en ningún caso apelará el Gobierno á disponer el aplazamiento de las mismas por decreto.»

Los amigos más íntimos del Gobierno, hablando tal vez por inspiración de éste y por propia cuenta también, calificaban con bastante dureza la retirada de los conservadores.

Ellos—decían—alentaron al Gobierno á que se embarcara en este buque, y cuando lo han visto en alta mar corriendo un temporal tremendo, no sólo no le lanzan un cable de salvación, sino que contribuyen á que la tempestad sea más violenta.

Nadie ignora—añadían los ministeriales aludidos—que antes de presentarse el proyecto hubo negociaciones secretas entre el Gobierno y el jefe de los conservadores; todo el mundo sabe que éste alentó al Ministro de la Gobernación á que en una ó en otra forma acometiera la empresa de aplazar las elecciones, considerando que esto era una medida de gobierno buena para todos y especialmente para los monárquicos. Contando con su aquiescencia, pues, y con su apoyo, otorgado de un modo tácito, el Gobierno abordó el problema. ¿Cómo han respondido luego los conservadores, y especialmente su jefe, al compromiso contraído? Haciendo al Gobierno más daño que los propios republicanos; abandonándole y dejando que éstos lleven ya treinta y cuatro horas descargando golpes terribles contra la monarquía y contra el sistema parlamentario.

Contra estas quejas y censuras contestaban los conservadores diciendo que su jefe nunca dijo que apoyaría al Gobierno, sino que no dificultaría la aprobación de la ley, como dió de ello pruebas la minoría conservadora del Senado.

Nosotros—añadían—no nos hemos comprometido á ser cómplices del Gobierno en otra cosa que no fuera dejar pasar el proyecto; pero nunca podíamos ni debíamos aceptar la responsabilidad de los procedimientos que ha puesto en práctica para obtener este resultado. Además, que si se hubieran trocado los papeles y nosotros hubiésemos intentado lo que ahora por medios tan torpes y violentos intenta el Gobierno, el Sr. Sagasta y el partido liberal en masa se habrían aliado á los republicanos y á los carlistas, provocándonos conflictos de orden público.

Los mismos conservadores declaraban que si alguna persona autorizada se lanzase á decir en el Congreso que directamente había impulsado el Sr. Cánovas del Castillo al Gobierno á proponer la suspensión de las elecciones munici-

pales, y mucho menos á hacerlo en tal ó cual forma determinada, inmediatamente acudiría allí el jefe del partido conservador á poner las cosas de todo punto en claro. Añadían que no había habido negociaciones de ninguna clase, sino simplemente dos preguntas hechas al Sr. Cánovas del Castillo en encuentros, por su parte casuales, y á las cuales había aquél respondido con extrema franqueza y lealtad, y aun procurando evitar al Gobierno las dificultades que se le han creado.

En resumen, los conservadores no ofrecieron absolutamente nada más que abstenerse de embarazar la marcha que bajo su exclusiva responsabilidad adoptase el Gobierno, y esto es lo que hacían al no concurrir á las sesiones, porque, de concurrir, como estaban siendo y por necesidad habían de ser objeto de constantes alusiones, su intervención en los debates los habría prolongado sin remedio, coadyuvando así á la obstrucción que hacían los republicanos.

En honor de la verdad, hay que decir que la conducta de los conservadores no ha podido ser, en todo este conflicto, más correcta, y que no pueden hacerse comentarios que les sean desfavorables.

Por fortuna para el Gobierno, los conservadores piensan más en el interés de la monarquía y del sistema constitucional y parlamentario que en sus propios intereses particulares, y guardan una actitud digna y reservada, que no merecen por cierto sus adversarios; pero que es la conveniente para un partido formal y serio, que funda su valer y su importancia en los principios que sostiene, y no fía su porvenir á las algaradas, á las ligerezas y á los apasionamientos.

**

La vacilante actitud del Gobierno se ha reflejado en el resumen de la discusión del Mensaje hecho por el Sr. Sagasta en el Senado.

Se redujo el discurso del Presidente del Gabinete á pasar revista á lo que ha dicho cada uno de los oradores de la oposición, sin tomarse el trabajo de combatir sus opiniones y

demostrar la razón que asiste al Gobierno. No hay nadie como el Presidente del Consejo de Ministros capaz de decir menos cosas en más palabras, cuando le conviene.

Verdaderamente, y considerando bien lo que nos cuentan de los Consejos de Ministros, y lo que se indica de que cada departamento se convierte en un *cantón*, no hay derecho para pedirle al Sr. Sagasta detalles, porque acaso no los conozca, y sería ponerle en un compromiso si se le exigieran explicaciones sobre los proyectos de Hacienda, de Guerra, de Gracia y Justicia, de Fomento y de Marina. Cierto es que durante el Gobierno conservador, cuando hablaba el Sr. Cánovas del Castillo, solía adelantar opiniones y manifestar propósitos sobre todos los asuntos pendientes, en nombre de los Ministros, demostrando la unidad de pensamiento y de criterio; pero eso dirá el Sr. Sagasta que á nada conduce, y que cada palo aguante su vela, y cada Ministro diga lo que le acomode, cuando le llegue el turno.

Quedamos, pues, perfectamente enterados; la discusión del Mensaje nos deja con las mismas oscuridades y con iguales dudas.

Cuando los gobernantes no tienen criterio fijo y son poco previsores, ven surgir á cada paso dificultades y conflictos. Esto sucede al actual Gobierno de notables: nada ha previsto, ni la cuestión de tiempo, ni la urgencia de ciertos proyectos, ni la imprudencia que resultaría de aglomerar toda clase de reformas. Así sucede que hoy día de la fecha, cuando quedan poco más de cuarenta hábiles para celebrar sesión hasta el 1.º de Julio, época en que han de empezar á regir los presupuestos, están sobre el tapete para discutirse la ley de aplazamiento de las elecciones, el Mensaje á la Corona, las reformas de Hacienda, de Gobernación, de Gracia y Justicia, de Guerra, de Fomento y de Marina, además de los presupuestos generales de la Península y los de Ultramar.

Todo eso ofrecería materia de discusión bastante para dos ó tres legislaturas. Los proyectos de Guerra presentados por el General Cassola dieron motivo á larguísimos debates; las modificaciones introducidas algunas veces en Gracia y Jus-

ticia ofrecieron extraordinarias dificultades; las leyes de contabilidad presentadas en los últimos años, que fueron tres, ninguna llegó á salir de las Cámaras; las reorganizaciones de la administración provincial y municipal son asuntos de grande empeño y de solución difícil. Todo esto y algo más, como por ejemplo la ley de Tesorerías, se aspira á que quede aprobado en mes y medio.

Pero dejemos por el momento las muchas consideraciones y las numerosas tristezas que se agolpan y afligen al que se para á contemplar la actual situación política. Por el momento tenemos ya un Ministerio cadáver. La conversación de la próxima crisis se ha hecho general, y como dato muy isgnificativo debe anotarse que los mismos ministeriales son los que más hablan de mudanzas en el Consejo de la Corona.

Los periódicos oficiosos recogen ya lo más serio de todos los rumores, y afirman y comentan lo siguiente:

Que la crisis se planteará una vez terminada la discusión del Mensaje, saliendo D. Venancio González por motivos de salud. Que con el Ministro de la Gobernación saldrán otros dos Ministros. Que al resolver la crisis desaparecerá la interinidad de la cartera de Estado.

Nombres para sustituir á los Ministros salientes se citan tantos como pretendientes hay para las carteras; lo único que se da como seguro es que entrará en el Gabinete un posibilista, suponiendo que la crisis haya de resolverse una vez discutido el Mensaje.

En una palabra, los acontecimientos se precipitan y la crisis, que estaba preparada para el mes de Julio, se anticipa dos meses.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ⁽¹⁾

Nei sogni, racconti e novelle, por F. POMETTI.

En pocos años ha alcanzado éste envidiable nombre de novelista, y acaba de publicar en la casa editorial Galli de Milán un precioso tomo con ilustraciones varias conteniendo doce estudios, de género psicológico casi todos ellos, que bastan para acreditarle de perfecto conocedor del humano corazón y de hábil cuentista; una dulce tristeza, un ambiente realista pero bañado en incienso ideal impregna tales relaciones. Citaremos como ejemplo la titulada *Stava María*, donde hay atractiva concordancia entre el canto y palabras de dicho himno con la escena que se desarrolla al pie de un confesonario. Pometti adora *el recuerdo*, y de él saca sus mejores composiciones.

M. DE P.

* * *

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

La Psychologie des idées-forces, por ALFREDO FOUILLÉE.—París, Félix Alcan, editor, 1893.—En 4.º, dos tomos de XL-365 y 415 páginas.—Precio de la obra: 15 pesetas.

No cabe duda de que esta obra es la más importante de cuantas se han publicado hasta ahora en Francia acerca de la psicología general. Trata, colocándose en un punto de vista nuevo, de todas las grandes cuestiones psicológicas que están á la orden del día: sensaciones, sentimientos, naturaleza y causas del placer y del dolor; la emoción y sus signos; el apetito y el instinto; la inteligencia y sus operaciones; la génesis de las ideas, sobre todo de las grandes ideas reguladoras del pensamiento y de la conducta; origen y desarrollo de la voluntad, su liberación progresiva por la acción de la idea; alteraciones y desdoblamientos de la personalidad, hipnotismo y alucinaciones telepáticas; influencia recíproca de lo físico y de lo moral, etc., etc. El autor sigue un método rigurosamente científico. Su punto de vista propio es que los hechos psíquicos y las ideas en que se resumen no son simples signos inertes ó reflejos, sino el fondo mismo de la realidad que nos constituye. Son verdaderas condiciones de cambio en nosotros y fuera de nosotros, factores de la evolución, y en ese sentido, «fuerzas,» cuyo papel es de suma importancia.

*
* *

Science et Religion, por T. HUXLEY, miembro de la Sociedad Real de Londres, C. del Instituto de Francia.—París, J. B. Baillièrre et fils, editores, 1893.—En 8.º, 396 páginas: 3,50 pesetas.

Pertenece este volumen á la muy acreditada «Biblioteca Científica Contemporánea,» y trata en él su autor, célebre naturalista inglés, de varios puntos de interés, entre ellos de los siguientes: Ciencia y Moral, Realismo científico y pseudo-científico, Ciencia y pseudo-ciencia, El agnosticismo. Es innegable que, aun cuando son muy discutibles las opiniones

de Huxley y con frecuencia equivocadas, no se puede prescindir de leer su producción para estar enterados de las corrientes filosóficas de esta época en determinada escuela.

*
* *

Biblioteca manual de Derecho español. Contribución industrial y de comercio.—Madrid, 1893.—En 8.º, 168 páginas: 2 pesetas.

Se ha enriquecido con este tomo la acreditada Biblioteca que dirigen los muy entendidos abogados D. León Medina y D. Manuel Marañón. Contiene el reglamento y tarifas aprobadas por Real decreto de 11 de Abril de 1893, seguidas de un índice alfabético de los industriales y comerciantes incluidos en las mismas; la ley de 30 de Junio de 1892 reformando la contribución industrial, el Real decreto de 23 de Febrero de 1893 sobre investigación de esa misma contribución, y otras varias disposiciones complementarias vigentes.

*
* *

Otras publicaciones.

Historia general de España, por la Real Academia de la Historia. Cuadernos 141 á 145.—Entre las hermosas láminas que contienen, citaremos: retrato de D. Buenaventura Moreno y de D. Leandro Fernández de Moratín. Prosigue la descripción de los reinados de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, que ofrecen mucho interés por las muchas noticias que por primera vez se publican ahora.

«Sermón que en la fiesta cívico-religiosa de San Andrés, patrón de Manila, predicó el año 1892 en la Santa Iglesia Catedral el muy Rdo. P. Evaristo Fernández Arias, del Orden de Predicadores.» Manila, en 4.º mayor, 26 páginas.—Oración elocuentísima en la que abundan los conceptos profundos y las ideas originales.

Obras escogidas de Edmundo de Amicis.—Los editores Espasa y Compañía, de Barcelona, han repartido los cuadernos 41 á 50 de esta elegante publicación. Termina el tomo titulado *En el Océano* y comienza el tomo *Marruecos*. Por la hermosura de las láminas, lujo de la impresión é interés excepcional del texto, pocas producciones son tan dignas de calurosos aplausos.

Teoría de los abonos minerales aplicada á la nutrición y desarrollo de las plantas, por Aniceto Llorente. Folleto de 76 páginas.—Muy justamente fué premiada esta Memoria del docto catedrático del Instituto de Burgos, pues expone el asunto con mucha claridad y concisamente.

La cuestión social en España.—Trabajo de gran interés escrito por el sabio jurisconsulto D. Apolinar de Rato, en el cual trabajo abundan las observaciones atinadas que deben tener en cuenta los gobernantes.

Valisoletanos ilustres, por D. Juan Ortega Rubio. Tomo de 128 páginas en 4.º, lujosamente impreso, con los retratos y biografías de Zorrilla, Núñez de Arce, Cano, Santos Álvarez, Muro, Ferrari y otros hijos insignes de Valladolid.—El autor ha sabido evitar muchas de las dificultades que ofrece este género de producciones, y lo que llama modestamente «bocetos» son, en verdad, figuras de cuerpo entero.

La evolución y la revolución, por Jaime Martí-Miquel. En 8.º, 255 páginas, 3 pesetas.—Como dice el autor, su libro es una protesta contra los prohombres de las agrupaciones republicanas.

Los grandes autores. Colección hispano-americana. Ramón de Campoamor. Barcelona, rambla de Cataluña, 123. En 8.º, 220 páginas. Una peseta.—El editor de la acreditada «Biblioteca del siglo XIX» nos da en un precioso volumen quince de los poemas más notables de Campoamor y varias doloras. Precede un prólogo ingenioso y discretísimo de nuestro compañero el laureado vate Melchor de Palau.

Acabamos de recibir el *Suplemento I*, que corresponde al mes de Abril último, del catálogo de los libros de malacología y conchiología que forman parte de la biblioteca del ilustre naturalista y renombrado médico D. Joaquín Gonzá-

lez Hidalgo. Asombra considerar la suma de inteligentes y pertinaces esfuerzos que se han menester para reunir una biblioteca conchiológica que contiene 947 escritos con 204.931 páginas de texto y 15.308 láminas, de ellas 9.771 coloreadas. González Hidalgo es uno de nuestros compatriotas que gozan mayor autoridad en el extranjero. Á bien que es un sabio de verdad que ha trabajado mucho y con acierto, y no uno de esos que se abroquelan tras la intriga y los elogios mutuos, *suenan* á todas horas y no producen nada, contentándose, cuando más, con hacer extractos de publicaciones extranjeras.

Le surchauffeur de vapeur système E. Schwœerer por M. Augusto Doumerc.—En las Memorias de la Sociedad de ingenieros civiles de Francia se ha publicado, y después en folleto aparte, un extenso artículo en el que se da cuenta del ingenioso y utilísimo invento del sabio ingeniero de Colmar Sr. Schwœerer, tan afamado por sus trabajos industriales y científicos, y el cual ingeniero fué secretario particular y amigo predilecto del gran Gustavo A. Hirn. Llamamos acerca de aquél la atención del público, y muy especialmente de los ingenieros industriales y dueños de fábricas.

Repertorio de jurisprudencia española en materia criminal. Undécimo apéndice de más de 300 páginas, 6 pesetas.—Comprende multitud de fallos del Tribunal Supremo, muy bien ordenados.

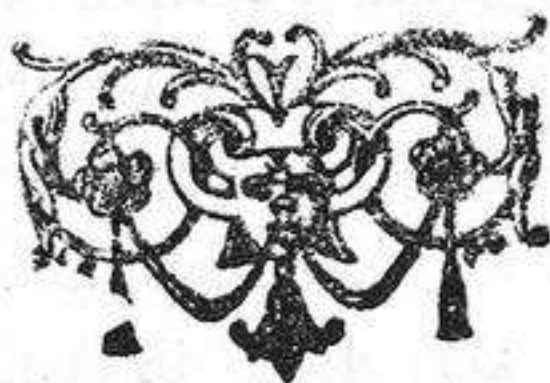
Nuevo reglamento para la imposición, administración y cobranza de la contribución industrial y de comercio, aprobado, con carácter provisional, por Real decreto de 11 de Abril de 1893, 1,50 pesetas. Comprende también las tarifas y modelos.

El juego y su penalidad en derecho constituyente y positivo. Estudio crítico por D. Ramón Sánchez de Ocaña, 1,50 pesetas.—Contiene además un apéndice con toda la legislación vigente y la doctrina establecida por el Tribunal Supremo en esta materia.

Los tres libros anteriores los da á luz la competente *Revista de los Tribunales*, y se hallan de venta en el centro editorial de Góngora.

Noticia de las aguas minero-medicinales de Frádegas (Antas, provincia de Lugo) azoadas y sulfurado-sódico sulfhídricas. Llamamos muy especialmente la atención acerca de este manantial de aguas minerales, que puede competir con las renombradas de Panticosa y que no goza aún de la popularidad que merece. Su propietario, D. Julio García, ha procurado que los enfermos que allí acudan disfruten de todo género de comodidades.

A.



MADRID, 1893.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934.